FRAY MOCHO



"MARTA"

Pastel de Hyldara Pérez de Llauró

N.° 686

El Ahorro Gratuíto

de que son portadores nuestros fósforos

El procedimiento patentado que empleamos para proteger los Bonos, es garantía absoluta para que todos ellos sean hallados exclusivamente por los consumidores de nuestros fósforos.





ha favorecido hasta ahora

4.092 consumidores *por un importe de*

35.950$ *pagados según lo certifica la Caja Nacional de Ahorro Postal.*

Certificado

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

CERTIFICASE QUE LOS BONOS DE AHORRO DE LA "COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS" PRESENTADOS PARA ACREDITAR EN LIBRETAS DE AHORRO A PARTIR DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1924 AL 30 DE MAYO DEL CORRIENTE AÑO, SE DESCOMPONEN SEGÚN DETALLE AL FRENTE.-

BONOS PRESENTADOS			
Meses		Nº	Importe
En Diciembre	1924	55	$ 1.045
" Enero	1925	301	" 3.390
" Febrero	"	434	" 4.175
" Marzo	"	763	" 7.155
" Abril	"	1090	" 8.960
" Mayo	"	1449	" 11.225
TOTALES.-		4092	$ 35.950

Se extiende el precente certificado, a pedido de la Compañía.

Buenos Aires, junio 1º de 1925.-

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL — CONTADURIA GEN

100.000$ *es la suma de los Bonos* **de 100-50-10 y 5$** *para depositar en la Caja Nacional de Ahorro Postal que circulan permanentemente.*

No confundir nuestras marcas con similares.
Revisen bien las cajas antes de tirarlas.

Compañía General de Fósforos Lima 239 Bs. Aires





FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 16 de junio de 1925 — Núm. 686

La hazaña de un humorista

EL "quid" del humorismo está en decir con la mayor gravedad posible el más cómico disparate. La voz debe ser sonora, el ademán pomposo y ceñudo el gesto, tan de personaje que el interlocutor, ingenuo, al oír los desatinos y absurdos y observaciones que dice, mirará al humorista con asombrados ojos y boca abierta. El humorista no debe sonreír siquiera, por el contrario, si el oyente osa poner en duda lo que él dice, debe fulminarlo con la mirada primero y después, si la duda persiste en el otro, convencerlo a golpes. De aquí que es condición del humorista, no la gracia, sino la fuerza. El payaso no es humorista al decir las necedades con que alborota a su concurso de niños; pero sí es humorista el sacedorte que, desde el púlpito, hace correr escalofríos por la médula de los hombres que lo escuchan, y pronosticar el fin del mundo abrasado por la cólera celeste del Padre Eterno. No hay libro más humorístico que la Biblia, y eso que es un libro amenazador, terrible; ni hay pueblo más lleno de humor que el inglés, pueblo grave y fuerte.

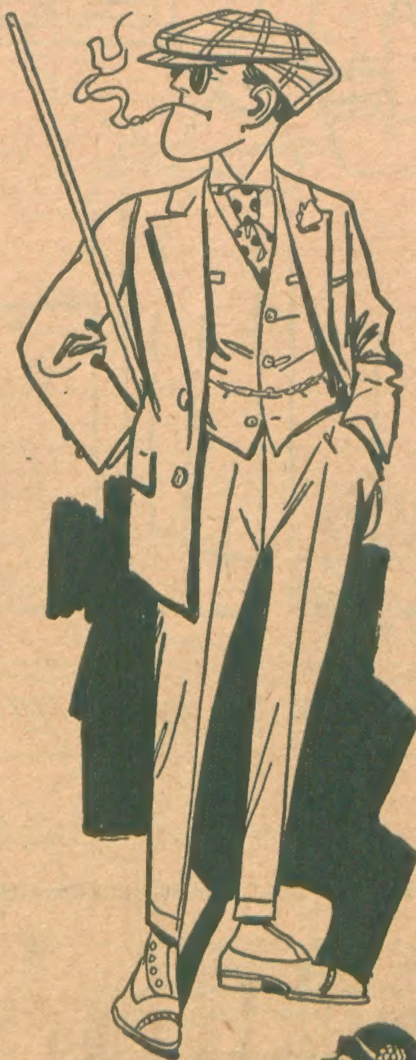
Es también patrimonio del humorismo la serenidad. Los nerviosos y expansivos no pueden ser humoristas porque son bulliciosos, y el silencio es otra de las cualidades del humorista.

Resumamos: Seriedad, fuerza, serenidad y silencio; todas condiciones personales mías. Puedo ser un humorista—me dije—y lo fuí, mejor aún, ya lo era. Cientos de anécdotas me acreditaban como tal, sólo debía hacer conscientemente lo que hasta entonces había hecho por instinto, es decir, debía robustecer con los esfuerzos de la voluntad, los impulsos de mi naturaleza. Debía emplear mis retaguardias en los combates de mi humorismo contra la necedad, la tontería, la vulgaridad y el candor de los hombres. Vencería forzosamente.

Todas estas reflexiones me las provocó un hecho insólito que vino a transformar mi vida y a convertirme de estudiante pobre y laborioso en burgués holgazán y rentista: gané cien mil pesos en la jugada de la lotería del quince de febrero de 1923; tenía yo entonces treinta y cinco años y cursaba, desde hacía diez, el quinto año de Derecho. Mi primer acto fué renunciar a ser abogado, aunque malograra así una carrera precoz y brillantísima. Mi segundo acto, no fué casarme, porque entonces hubiera empleado mi humorismo contra mí, lo cual no entra en sus cánones; mi segundo acto fué cobrar el dinero que tan dispendiosamente me había regalado la diosa Fortuna.

Un hombre que gana una lotería, no es un hombre como el común de los demás hombres. Puede asegurarse que es un hombre señalado por el dedo divino; siempre lo había creído así, siempre había mirado con veneración a esa clase de hombres, y ahora yo, yo en persona, yo Nicomedes Paniagua, me hallaba entre esa clase de seres privilegiados. ¡Yo me veneré a mí mismo!

Un hombre que se venera a sí mismo y que apoya esa veneración en



cien mil pesos colocados en cédulas, ya se harán cargo de que es un hompre capaz de actos grandes y bellos. Yo estaba obligado a acometerles; yo no debía, como hasta entonces, vivir una vida vulgar de bestia mansa; yo debía tener aventuras. yo debía ser un hombre hazañero, pese a la institución policial que, en este menguado siglo y en una ciudad tan prosaica como Buenos Aires, se opone a toda aventura y coarta los bríos de los forjadores de hazañas.

Monologué:

—No importa. Yo, Nicomedes Paniagua; yo, hombre serio, fuerte, sereno y silencioso; yo humorista, ser privilegiado, ganador de cien mil pesos en la lotería, debo tener aventuras, debo acometer hazañas.

¡Y tuve mi aventura y forjé mi hazaña!

Era un día tibio aquel 1.° de marzo. A las 5.45 de la tarde, luego de haber comido, salí de casa. Mi indumentaria era de propósito extravagante, saco y pantalón de brin blanco, botines amarillos de ancha suela, tocábame con una abultada gorra a cuadros, cimbreábase un bastón elegantísimo en mi diestra mano y concluía mi "toalet", aditándole algo de misterioso, unos lentes azules con los que podía observar impunemente.

Ya tenía forjado mi plan aventuresco; sentíame, en aquella tibia tarde de verano, tan seguro de mí como Napoleón lo estaría antes de Austerlitz o César antes de Farsalia. Subconscientemente, había algo en mí, una voz llena y viril que me aseguraba:

—Nicomedes, humorista Nicomedes, hoy harás la hazaña, "tu" hazaña.

Y oía esa voz como la oirían de seguro Napoleón o César:

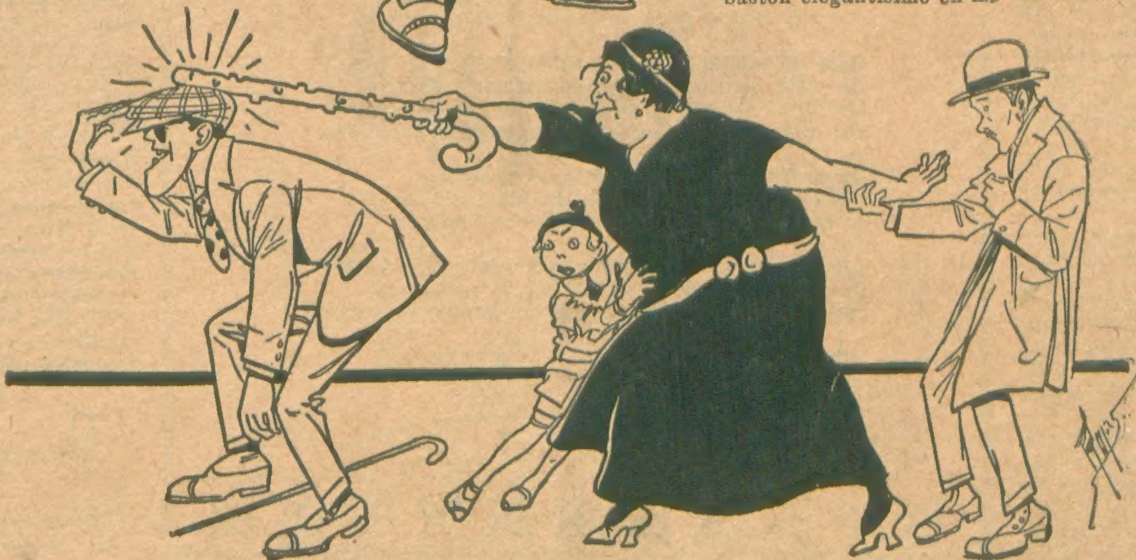
—Napoleón, hoy derrotarás a dos emperadores.

—César, hoy te harás el amo del mundo.

Me estiré dando toda su longitud al metro sesenta y siete centímetros que poseo. Mi diestra hacía bailotear el elegantísimo bastón que trazaba circunferencias, espirales, parábolas e hipérboles imaginarias; mi siniestra mano iba colocada en el bolsillo de mi pantalón de brin. Varios transeúntes miráronme con asombrados ojos. Satisfecho sonreí. Había conseguido la primera parte de mi objeto, que es el de todo humorista de verdad: llamar la atención, hacer que ojos estupefacientes lo admiren, crear la atmósfera propicia de lo que constituye su triunfo difinitivo: el escándalo.

Escrutadores, mis ojos, echáronse calle adelante a manera de dos pilletes brincadores y curiosos. Debían encontrar un hombre simple, uno de esos hombres vulgares, pacientes y laboriosos que constituyen la especie de los "ciudadanos pacíficos" tan estimada de los gobiernos. Ese hombre sería mi victimado, en él experimentaría mi hazaña de aventurero, con la impasibilidad del cirujano joven que corta la carne de un cliente gratuito de hospital.

Mis ojos descubrieron a mi hombre; y tras él me fuí yo, a grandes trancos, arrogante y muy seguro de mí mismo, desafiador y ufano... Pronto le dí alcance.



Era mi víctima un hombre maduro ya, pequeño, canijo; sus ojos delataban su simplicidad: eran unos ojos azulillos, mansos, de pequeña pupila, insignificantes... Todo en mi hombre delataba al infeliz, al hombre sin voluntad ni iniciativa: sus hombros caídos, su andar torpe, sus ademanes laxos. Y era un cobarde, puah!, si se veía al pobre sin valor físico, incapaz de rugir, se veía en aquel esqueleto mal vestido que marchaba colgado del brazo de su mujer, una mujerona obesa, hombruna, que pisaba firme. Adelante iba un niñito. El valor de aquel hombre, pues,



quedaba reducido a una cantidad doblemente negativa. Nulo de por sí, al tener esposa quitábale una unidad, y otra quitábale su hijo. Desde un punto de vista algebraico, el valor de aquel hombre era menos dos. Siempre el valor de los hombres disminuye por el número de propiedades. ¿Posee mujer?, disminuye; ¿posee hijos?, disminuye; ¿posee dinero?, disminuye; ¿posee honores?, disminuye. Lo único que aumenta su valor es la posesión de la gloria.

Comencé a seguir a mi víctima. Estábamos en la calle Entre Ríos esquina Independencia; marchábamos hacia el norte. Me puse a su lado, mirándolo de reojo, protegido por mis lentes azules. Mi hombre, como buen insignificante, no era observador y no reparó en mí; mas yo sí reparé algo en él que, francamente, me molestó sobremanera: su bastón. Era un grueso y nudoso bastón, una masa más bien, arma terrible en otras manos, porque en las de aquel infeliz pendía a modo de una cosa muerta... La observación última tranquilizóme, recobré la seguridad de mí mismo y proseguí mi aventura, dispuesto a llevar a cabo mi hazaña.

Emparejados anduvimos buen trecho. Al llegar a la esquina de Belgrano, comenzó a adelantármele; plantéme en la de Moreno y en napoleónica actitud, lo esperé, arrogante... Mi hombre pasó junto a mí, sin verme.

¡Aquello me incomodó, demonios! ¿Era yo acaso un ser insignificante para aquel insignificante? ¡Ah, pero repararía en mí aquel hombrezuelo, vaya si repararía!

Volví a apresurar el paso. Plantéme en la otra esquina, en actitud impertinente ya; revoleaba mi bastón a fin de que repararan en mí; pero el niñito fué el único que me miró con asombrados ojos. Mi hombre y su esposa me cruzaron, sin mirarme siquiera. ¿Hasta cuándo se prolongaría aquello? ¿O es que aquel infeliz necesitaba que le diera un trompicón en las narices para que reparase en mí, ya que el exotismo de mi indumentaria y mis actitudes y gestos provocantes no eran suficientes a sacarlo de su quietud de agua mansa?

Comencé a marchar adelantándome pocos metros a la pareja, junto al niño. Este me miró temeroso; di vuelta la cabeza y vi con satisfacción que la mujer también me miraba un tanto temerosa y un tanto agresiva, con gesto de hembra a la que se le amenaza el cachorro. Quedé satisfecho y proseguí marchando, puestos mis ojos en el niño, que me observaba a hurtadillas.

Oí entonces a la mujer gritar, con una voz entre chillona y áspera; pero con acento imperativo, como acostumbrada a ordenar, gritó:

—Ven, Fermincito, dame la mano.

Que la mujer era decidida, lo era. De vez en vez, aunque con inquietud y al soslayo, lanzábame unas miradas furibundas que se estrellaban contra la impasibilidad de mi rostro y más aún contra la inexpresión de mis lentes azules. Aquellas dos manchas que ocultan mis ojos, los ojos de su enemigo, la desconcertaban. El niño, fuertemente cogido de su mano derecha, mirábame también. Sólo el hombre, colgado de su brazo izquierdo, daba muestras de no haber reparado en nada.

Así, ellos delante y yo detrás, observándonos, desembocamos en la Plaza del Congreso. A aquella hora morada y en aquel día vernal por lo tibio, la Plaza hallábase atiborrada de gente. Digna escena de mi aventura: cuánto más en el corazón de Buenos Aires se verificara, más espectadores me admirarían!

Los esperé del otro lado de la Plaza. Pasaron junto a mí; el hombre sin mirarme, la mujer cortándome con sus ojos hechos brasas de odio, el niño con un pavor tembloroso.

¡Pero aquel hombre de los ojillos color de agua muerta, qué era?, ¿por qué no me miraba? Inexplicable su actitud, en verdad. ¿No había reparado en mí o adoptaba el disimulo como arma?... Ya lo vería por qué, fanfarronadas aparte, no soy yo hombre de inquietarme por un astuto.

Seguílos observándolos, inquietándoles con mi hierática presencia.

Un mendigo, enfrentándose al hombre, le pidió limosna. La mujer sacó una moneda del chaleco de su marido. El había dejado hacer sin ejecutar un movimiento, fijos sus ojos en la cara del mendicante. Fué entonces que tuve la sensación clara de lo que ocurría; fué entonces cuando se hizo la luz en mis cavilaciones, la percibí clara y neta: ¡El hombre era ciego!

La mujer, con el ciego del brazo y el niñito adelante, había tomado por la calle Montevideo. Ya era de noche, la calle silenciosa y casi solitaria, formaba contraste con el bullicio de la Plaza. Aquel contraste atemorizó más a la mujer seguramente, porque al ver que yo seguía tras ellos, tomando el grueso y nudoso bastón de manos del hombrecillo, lo empuñó con ademán viril, mirándome provocativamente.

Yo, a unos pasos detrás, permanecí indiferente. ¡Qué impertubabilidad más admirable la mía! ¡Impertubabilidad de heroe! ¿Por qué, dioses importunos, me hicisteis vivir en época tan menguada como el siglo xx y en ciudad tan pacífica como Buenos Aires? ¡Ah, si yo hubiese estado en Troya; ah, edades homéricas para siempre perdidas en la nébula de los siglos!

Llegábamos a Bartolomé Mitre y mi pareja con su chicuelo delante tomaron ésta última calle, rumbo al este. Presentí que el final de mi aventura se aproximaba; lo presentí con aquel don vatídico que nos caracteriza a nosotros, los hombres sindicados por el índice del Destino... La mujer en aquel instante me miraba con fijeza en tanto cruzaban de la acera sud hacia la norte. No dubité un segundo y, descaradamente, crucé en pos de ellos...

Necesitaba amedrentar a aquella marimacho con una estrategia no indigna de un Federico II o de un Alejandro el Grande. Decidí maniobrar; comenzaría por un despliegue de fuerzas. Apresurando el paso los alcancé.

Ella, al verme, detúvose francamente agresiva, con el bastón en alto; pero yo pasé adelante, hice una aspiración profunda a fin de que mi tórax se hinchase, enarqué las piernas, entreabrí los brazos y caminé lentamente: así podría apreciar la mujer aquella, en toda su amplitud, mi fortaleza física; de ese modo daríase cuenta exacta de la inutilidad de toda resistencia de parte suya; sola, con un ciego y un niño a quien proteger, amedrentaríase.

No había caminado cinco metros en mi atlética actitud, cuando sentí que algo pesado, pesadísimo, había caído violentamente sobre la parte posterior de mi cráneo. Perdí el conocimiento...

Al recuperarlo, halléme cara al cielo, un profundo cielo azul constelado de estrellas; cara al cielo halléme, sobre las duras piedras del pasaje.

Me sentía pesado y torpe; de buena gana hubiérame quedado allí, pero la dureza del suelo me hizo incorporar. Recogí mi bastón y casi como un androide, mecánicamente, eché a caminar. Salí del pasaje; pensaba dirigirme a pie hacia algún restorante porque sentía un hambre incómoda; pero al llegar a la calle sufrí un leve vértigo, y me decidí a llamar un automóvil que pasaba.

Ya en el automóvil, comencé a pensar sobre mi aventura. ¿Qué había pasado? No lo podría determinar. ¿Habría sido robado por ventura? Me palpé. Pronto di con mi reloj; no, no había sido robado. Consulté la hora: ¡las diez! ¿las diez de la noche? Mi aventura había terminado a las seis y media a más tardar. ¡Demonios! ¿habría durado casi cuatro horas mi soponcio? Un amargor me subió a la boca. Y no sé porqué hube de pensar en la mujer aquella, la víctima de mi persecución; pensé en su aspecto hombruno, en su actitud desafiadora, en sus ojos negros, acuchilleantes. Y ahora recordaba un pequeño detalle que me pasó inadvertido: sus manos, unas manos anchas de nudosos dedos. Y al pensar en sus manos, recordé el bastón que empuñaban, un bastón fuerte y grueso, de buena madera con toda seguridad. Calculé que habría costado de veinte a veinticinco pesos.

Como un dolorcillo inexplicable se dejó sentir en la región postrera de mi cráneo, quitéme la gorra. ¿Eh?... Estaba manchada de sangre, sangre negra, coagulada ya... Me desmayé...

Y ahora estoy en un largo salón, rodeado de hombres con delantal blanco que pronuncian palabras incomprensibles.

—¿Qué es esto? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué me ocurre?

¡Caballeros—me dan ganas de gritarles—tienen ustedes el honor de asilar a Nicomedes Paniagua, el hombre que ha acometido una hazaña que no desdeñaría el propio Don Quijote, el manchego glorioso: la hazaña de escribir una narración de trece carillas de menuda y apretada letra, y sin argumento! ¡Admiradme!

Lo copia y reproduce

Ernesto Morales

Dib. de Rojas.

EN LA SUCURSAL 22



—Este telegrama no tiene firma.
—No importa. Es para mi marido y ya conoce mi letra.



Palabras a Rubén Darío

(Para "Fray Mocho" del libro "Ocre", recientemente aparecido)

Bajo sus lomos rojos, en la obscura caoba,
tus libros duermen. Sigo los últimos autores:
otras formas me atraen, otros nuevos colores
y a tus fiestas paganas la corriente me roba.

Gozo de estilos fieros — anchos dientes de loba.
De otros sobrios, prolijos — cipreses veladores.
De otros blancos y finos — columnas bajo flores.
De otros ácidos y ocres — tempestades de alcoba.

Ya te había olvidado y al azar te retomo,
y a los primeros versos se levanta del tomo
tu fresco y fino aliento de mieles olorosas.

Amante al que se vuelve como la vez primera:
Eres la boca dulce que allá, en la primavera,
nos licuara en las venas todo un bosque de rosas.

Alfonsina Storni



O uno u otro

Por

Horacio QUIROGA

—¿Por qué no te enamoras de nosotras?

Zum Felde miró atentamente uno tras otro a los cuatro dominós que habiéndolo notado solo, acababan de sentarse en el sofá, compadecidos de su aislamiento. Zum Felde colocó su silla frente a ellas. Pero como hubiera respondido que posiblemente no sabía qué hacer, un dominó concluía de lanzar aquella pregunta con afectuosa pereza. Bajo el medio antifaz corría en línea fraternal la misma enigmática sonrisa.

—Son muchas—repuso él pacíficamente.

—¡Oh, no esperamos tanta dicha de ti!

—No podría de otro modo. ¿Cómo adivinar a la que luego ha de gustarme?

—¿Es decir, la más linda de nosotras?

—...que no eres tú, ¿cierto?

—Cierto; soy muy fea, Zum... Felde.

—No, no eres fea, aunque alargues tanto mi apellido. Pero creo...

—...¿te refieres a mí?—observó dulcemente otra.

Zum Felde la miró en los ojos.

—¿Eres linda, de veras?

—No sé... Zum Felde. Realmente no sé... Pero creo que de mí te enamorarías tú.

—¿Y tú no de mí, amor?

—No; de ti, yo—repuso otra lánguida voz.

Zum Felde se sonrió, recorriendo rápidamente con la mirada, garganta, boca y ojos.

—Hum...

—¿Por qué *hum*, Zum Felde?

—Por esto: tengo un cierto miedo a las aventuras de corazón mezcladas con antifaz. Y si ustedes entendieran un poco de amor, me atrevería a contarles por qué. ¿Cuento?

Los dominós se miraron fugazmente.

—Yo entiendo un poquito, Zum Felde...

—Yo tengo vaga idea...

—Yo otra, Zum Felde...

Faltaba una.

—¿Y tú?

—Yo también un poquito, Zum Felde...

—Entonces cuento. Hace dos años, yo cortejaba a una señorita muy mona que parecía bastante inclinada a gustar de mí. Había hablado poco con ella, de modo que no conocía bien mi voz. Esto es muy importante para la historia. En vísperas de carnaval tuve que ir a Mendoza por asuntos comerciales, pensando—es decir, estaba seguro—permanecer allá un mes. Eso me era tanto más duro cuanto que confiaba en el carnaval para definir mi situación con ella. Aunque tenía motivos para creer que me quería—en una palabra, ustedes saben que no es prudente alejarse de una muchacha muy festejada, en comienzos de amor. Con todo, hallé ocasión, antes de irme, de hablar con ella y comunicarle mi desastrosa ausencia. Y me fuí, muy confiado.

Pero resultó que el hombre que vendía su viñedo cambiaba en un todo de idea, y tras una serie de telegramas con la casa, tuve que volver a la semana de haberme ido. Supe que esa misma noche la cuñada de mi futura novia daba una tertulia de amplio disfraz, y se me ocurrió en seguida de ir disfrazado y probar su cariño.

Así lo hice. La observé durante una hora conversar, bailar con aire bastante aburrido y gran satisfacción mía. Al fin me acerqué a ella; respondió sin placer ninguno, supondrán bien, a las cuatro o cinco zonceras que le decía la máscara. Al principio había temido que me conociera por la voz; pero estaba tan segura de que yo me encontraba en Mendoza recorriendo viñedos, que no tuvo la menor desconfianza. A más, ustedes saben que el antifaz completo cambia mucho el timbre de voz.

Muy pronto, sin embargo, dejé las bromas de lado e insistí en que bailara conmigo. Como realmente me gustaba mucho, no tenía que esforzarme en ser galante. Poco a poco fué perdiendo la desconfianza que le producía el disfraz, y comenzó a hallarse más a gusto a mi lado. Al fin accedió, si no a bailar, por lo menos a pasear un momento conmigo.

Pero el momento fué bastante largo. Durante él la cortejé con todo el cariño que pude. Ella se reía a ratos, y aunque mirando sin cesar a uno y otro lado de la sala, no perdía una sola palabra mía. A la media hora me dejó. Pero cuando más tarde volví a invitarla, vi, por su afectación en no verme cruzar la sala hacia ella, que me esperaba.

—¿Estás seguro, Zum... Felde?

Mucho. En dos palabras: Cuando por tercera vez paseamos, tuve la convicción de que yo le gustaba. Es decir, que le gustaba la persona enmascarada que le hacía el amor; no yo, porque yo estaba en Mendoza. Desde entonces no la he visto más. Y aquí tienen ustedes por qué desconfío de combinaciones de antifaz y amor. ¿Les interesa la historia?

Ni un dominó se movió; las bocas conservaban su persistente sonrisa.

—Sí, bastante—respondió al rato una voz.—¿Es decir que tuviste celos de ti mismo?

—No, de mí no; del otro.

—¡Pero eras tú! Si ella te había querido a ti, porque eras tú, con el segundo amor al otro, que eras tú mismo, te probaba bien que te quería a ti solo.

—Muy bien dicho, pero ese es un razonamiento de mujer. Un hombre lo hace también, pero no lo acepta. Y después de todo—concluyó mirándolas tranquilo—ninguna de ustedes es ella, ¿creo?

Las cuatro sonrisas se acentuaron ligeramente.

—Sospechamos que no, Zum Felde...

Este decidióse a abandonar el cuarteto, pues tenía deseos de fumar.

—¿Sabes lo único cierto de tu amor?—dijo una voz, al levantarse Zum Felde.—Que tú no la querías.

—¡Al contrario!—se rió él.—Porque la quería tuve celos y me retiré. Si no, hubiera proseguido alegremente la aventura.

Motivos sencillos

1.—EL COMPAÑERO DESINTERESADO

El tropero se alista... Tres fuertes yuntas de bueyes, en cuyos ojos serenos se refleja la tristeza, uncidos a los yugos esperan la voz de partida.

Cuando el tropero saluda a los que quedan en el rancho, echa sobre el hombro una larga picana d caña, nombra a sus bueyes de d en dos y parte, a paso lento, con la carga dorada del trigo que va a molino. Cien metros más allá espera, sentado sobre sus patas traseras, cerca de la tranquera, el perro.

Llega la noche... En torno de los viajeros, la obscuridad. Más allá, siempre la obscuridad. Un infinito de obscuridad... El tropero tiende los cueros en que habrá de descansar; los bueyes pasen tranquilos. El fiel compañero vigila, atento a todos lados, el hocico en alto, dilatadas las hornillas. Aguza el olfato, la vista, el oído, y todo porque el tropero se ha dormido...

2.—LA VOZ DE LAS ÁNIMAS...

Al fondo del puentecillo, chato y borroso, un campanario que fué blanco, se levanta sobre un templo rústico y húmedo que se antepone a un camposanto. Aquel campanario está poblado de palomas. Al anochecer, dos campanas de tañir sordo y vibración lentísima, modulan distintos sonidos. Tienen la tristeza de la hora, la agonía de un eco...

Cuando aquellas dos campanas suenan sus lentas notas, las ancianas prenden sus velas y doblan sus rodillas. En el fondo del pueblecillo repercuten los ecos de las campanas que las viejas bendicen porque sus abuelos les dijeron que eran voces de las ánimas...

3.—"CRUZ DIABLO..."

Pequeña, de contornos grotescos, es la piezuca de esta vivienda de campo. La cena se ha terminado, transcurriendo en silencio; a través de una lucecilla amarillenta y oscilante de una vela, se ha podido ver en torno de una mesa blanca, dos ancianas, una moza y un niño.

Sobre el rancho ha graznado una lechuza y la anciana ha dicho al persignarse:

—¡Cruz diablo!

La rapaz ave siguió su vuelo y, de trecho en trecho, nuevos graznidos que hacen pensar que el diablo huía de la señal de la cruz...

4.—BUEN AGÜERO

Llega un anciano a su silenciosa y humilde pieza construída de adobe, levantada sobre la loma de un campo desigual. Su hija le espera.

La esposa ha muerto hace muchos años, y desde entonces, su hija y él, han vivido en aquel lugar lejano, iluminado de sol y de luna, perfumado por flores y hierbas.

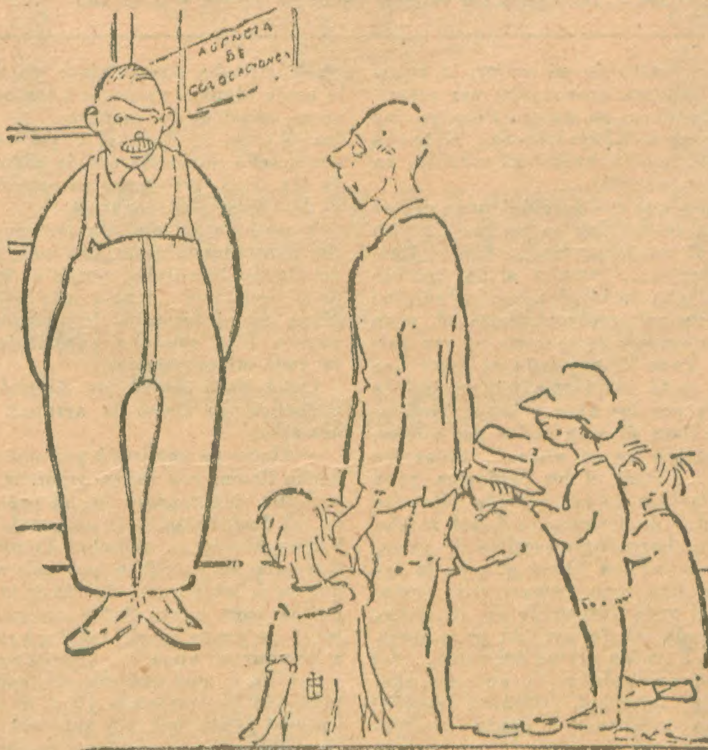
El anciano ha entrado y visto un gato negro que se oculta, huraño, bajo unos trastos. Le ha impresionado y pretende ahuyentarlo. Su hija, al verle agitado, le acaricia y dice:

—Es el buen agüero...

Él protesta y reclama la buena nueva o la expulsión de aquel animal ajeno, que quién sabe por qué y de dónde ha sido corrido. La hija resuelve un conflicto de su espíritu y refiere entonces la buena nueva: ya tiene un novio...

FÉLIX ESTEBAN CICHERO.

EN LA AGENCIA DE COLOCACIONES



El agente. — ¿Sabe usted multiplicar?
—Sí, señor... ¡Y ojalá no supiese!

La frutilla y el suicidio

Parece ser, según dice un estudioso norteamericano, que la frutilla, si se come antes de que haya madurado, induce a suicidarse. Según el descubridor de esta propiedad del sabroso fruto, ha hecho varios experimentos que prueban que la frutilla verde causa una depresión mental tan grande, que la idea del suicidio acaba por apoderarse del que come en abundancia esta fruta en tal estado.

Casi todas las frutas verdes, dice, son malas, con lo cual no dice nada nuevo; pues ya sabemos que las manzanas, las ciruelas, las uvas, los duraznos, etc., verdes, causan dolorosos desarreglos estomacales e intestinales, lo que indudablemente acarrea depresión mental.

La pereza

La pereza—dice Stevens—por el hecho de determinar el odio al esfuerzo, no permite llevar a buen término sino las empresas fáciles, las que no pidan ni tensión de espíritu, ni atención sostenida, ni mucho menos un trabajo constante.

Y ahora es preciso convenir que las obras que exigen tan poco sacrificio son casi siempre de orden inferior.

Su facilidad de ejecución, al ponerlas al alcance de todos, las excluye del dominio reservado a las legítimas ambiciones.



EL SACRIFICIO

Por Sofía ESPÍNDOLA

(Del libro "En los pliegues de las almas", próximo a aparecer)

—Si te sientes mal, no iré al baile, Augusto. Me quedaré contigo. Leeremos algunas de las poesías que más te gusten o charlaremos sobre los últimos acontecimientos sociales.

—No, vete al baile, querida. Te aseguro que me encuentro bien—contestó el enfermo acariciando la mano de su esposa.—Ve, diviértete, María Beatriz y no pienses en mí.

—Pero es que hoy... no sé... te encuentro más pálido que de costumbre. Tus manos arden... en tus ojos parecen bailar un conjunto de luces extrañas...

—Vamos amigo Carlos... Convence a esta caprichosa y dile que nunca me he sentido tan bien como ahora...

Carlos observó con pena la sonrisa forzada del enfermo. Decía que se encontraba bien, y los ojos lo traicionaban... esos ojos resignados que a fuerza de contemplar en el trayecto de la jornada, tantas ruinas y tantas flores marchitas, se habían acostumbrado a mentir felicidad, a bailar de gozo, ya que las lágrimas derramadas con frecuencia, provocan el ahito de los que con tanto amor, enjugaron las primeras perlas del corazón.

María Beatriz, acarició la cabeza de Augusto, agradecida. Permaneció unos minutos mirándolo pensativa. ¿Qué pensamientos bullían en esa cabecita bella? ¿Qué decían esos ojos entornados en la evocación de algo muy dulce y muy querido?

Sintiendo el peso de la mirada escrutadora de Carlos, María Beatriz tomó su capa de seda.

—Vendré temprano, Augusto.

Se inclinó para recibir el habitual beso de despedida, pero el otro, la estrechó entre sus brazos, con todo el ardor que pudo robar a su debilidad.

—¡María Beatriz!... ¡Querida mía! La besó febrilmente. Sorprendida por esa efusión a la cual no estaba acostumbrada. María Beatriz se dejó acariciar como una criatura.

—Dame un beso—dijo el enfermo cuando esa explosión de amor, lo dejó aniquilado.—Dame un beso y hasta luego.

—Hasta luego, Augusto.

Los dos amigos quedaron solos. Hubo un largo silencio. El enfermo, con la frente plegada, parecía aún ver la silueta gentil de aquella criatura tan bella sobre todo, tan llena de juventud y de vida...

Carlos se puso de pie y se dirigió a la ventana. La calle central bullía de gente. Las luces eléctricas, fulguraban como piedras preciosas. Débil llegaba hasta la habitación, el murmullo de la caravana compuesta de almas distintas, murmullo que subía como un vagido amenazador.

Carlos imaginó ver a ese cúmulo de seres humanos, desprovisto de careta, desnudo en sus sentimientos. El instinto, olvidando lo que la cultura y el roce social había impuesto, se manifestaba salvaje y furioso. Y sobre la acera, rodarían mujeres y hombres, en impetuosos arrebatos, mordiéndose, buscándose, matándose como fieras...

Un ahogado sollozo, le hizo volver la cabeza.

—¡Oh! Pero... ¿es que lloras?

Augusto lo miró con sorpresa, como si su amigo hubiera aparecido en ese momento.

—¿Eres tú?... Bien, siéntate. Quiero desahogar este dolor que me consume más que mi enfermedad.

Carlos obedeció. Entonces el otro prosiguió:

—María Beatriz tenía interés en concurrir al baile, porque en él encontrará a Rómulo Livian...

—¿Cómo? Tú... ¿sabes?

—¡Todo, amigo mío! ¡Todo! Pero no te exaltes... Y escucha. Me casé son María Beatriz, llevándole veinte años. Ella era el botón que recién se abría en la rama; yo la flor marchita que sólo espera un fuerte viento para caer moribunda. Quiero creer que me quiso, porque sobre mis cabellos blancos, estaban la dulzura y el cariño que teñían de oro mi cabeza y ponían brillo juvenil en mis ojos. Fuí feliz cinco años, hasta que caí enfermo. El cáncer es un mal incurable, lo sé, lo sabía María Beatriz que sacrificó noches velando mi dolor. Fué mi enfermera abnegada y mi esposa fiel y buena. Ya estaba resignado a mirar la vida como un cristal rajado, próximo a desmenuzarse, porque me sentía feliz, aún cuando sufría, si ella estaba a mi lado. Un día... un día uno de esos amigos malvados, derramó sobre el elixir de mi vida, el veneno de estas palabras:

—¡Tu esposa te engaña!

Las noches de fiebre y locura que pasé, fueron muchas. Enceguecido de despecho y de dolor, juraba matarlos... ¡yo que no podía sostener entre mis manos, una copa sin temblar! Espiaba el rostro de mi mujer, la miraba en los ojos, procurando ver estampada en ellos, su culpa. Pero su luz era siempre la luz serena, la buena luz que llegaba hasta mi corazón, en forma de estrella...

Un día que salió, revisé unas cartas íntimas escondidas en un cofre. Y en ellas leí mi desgracia... María Beatriz amaba... amaba a un hombre joven, lleno de ideales, con un camino de luces por recorrer. Para él, eran sus sueños, sus esperanzas... sus quejas... Para él, era todo el amor que jamás pudo inspirarle mi naturaleza gastada por los años y los sufrimientos... Para él eran todas sus mieles, todo el oro de su alma... todas las mieses... Para él los perfumes, para él los latidos de ese corazón vibrante de vida y de ternura... Lloré mucho sobre los borradores escritos de prisa, en los momentos libres que yo le dejaba, y que eran escasos por cierto. Toda mi vida despeñada en un minuto... toda mi fe perdida para siempre... Y en las cartas del otro... del que me arrebataba de un manotón, toda la felicidad. ¡Cuánta pasión! ¡Cuánto arrebato! ¡Cuánta amargura porque no era libre... porque no la podía llamar suya ante el mundo!

Cuando regresó sonriente (quizá de ver al otro), por un momento, una nube roja cruzó por mis ojos. Me acerqué, con las manos abiertas para cerrarlos en esa garganta nívea que el otro había besado tantas veces en sus transportes de amor. Pero la vi bella, hermosa... joven... y mis brazos cayeron inertes, y mi corazón quedó en suspenso. Destruir ese capullo que recién se abría a la vida, exprimir su esencia, cortar ese aliento sutil emanado del alma de Dios... ¡No! Y callé, callé mi dolor, estrujé mi corazón gritándole: "¡Cuidado! Que ella no sepa... ¡Cuidado con revelarle el secreto que has descubierto... porque quizá te abandone para siempre!..." Y el alma se sacudió toda. Antes de perder esa luz, ¡la única que alumbraba mi destino!, antes que no verla más, antes que no oír nunca su voz piadosa, preferí callar...

E inconscientemente, fuí su cómplice. Facilitaba sus salidas; yo mismo le hacía algunos encargos para que tuviera ocasión de tardarse, de verse con el otro... Porque... ¿sabes? tenía mucho miedo de que la dificultad de las citas, provocara su rebeldía... y decidiera abandonarme...

Y me hice sordo al clamor que ya se iba extendiendo cada vez más. Cuando alguno intentaba verter el veneno de la revelación, fingía más enfermo. Nada me interesaba la opinión del mundo. Ella, sólo ella, constituía para mí toda mi existencia.

Calló unos momentos Augusto. Su padecimiento físico le arrancó algunos ayes.

—Ahora te explicaré por qué te he hecho llamar con tanta urgencia. Esta comedia que represento, ha precipitado mi desfallecimiento corporal. Sufro mucho, Carlos... ¡mucho! Comprendo que ella se sacrifica por mí, siendo que su felicidad está detrás de la puerta de esta casa. Sufro enormemente... ¡y ya no puedo más! ¡Ayúdame a libertar mi alma!... ¡ayúdame!

—Pide lo que quieras, Augusto. Mi voluntad te pertenece. ¿Qué es lo que deseas? ¿Para qué me quieres?

—Para que me ayudes a matarme.

—¿Qué dices?

—Necesito desaparecer antes que el sufrimiento enloquezca mis facultades.

Su mano temblorosa, descubrió un revólver debajo de la manta que lo envolvía. El otro se lo arrebató.

—¡Dame eso!

—Carlos... mi buen amigo... necesito que me ayudes a morir. Has sido mi único amigo en la juventud y lo eres en la vejez. Mira... yo me pondré el revólver en el corazón, tú colocas tus dedos encima de los míos... y aprietas...

Carlos temblaba.

—¡No!

—He dejado una carta para María Beatriz, diciéndole que mi mal, me obliga a suprimirme. Nadie hay en la casa... Estamos solos...

Carlos lo abrazó.

—¡No debes sacrificarte! ¡Renuncia a esa espantosa idea!

—¡Imposible, Carlos! Mi vida sería un martirio. El cáncer me corroe las entrañas; el corazón está llagado por los sufrimientos morales... ¿Para qué sirvo? ¡Ya nada tengo en la vida! ¡Ya a nadie puede interesarle mi despojo humano! ¡Vamos Carlos... dame el revólver—y suavemente se lo quitó.—Mira... yo lo coloco así... ¿ves? Sobre el corazón. Ahora, aprieta...

Carlos acercó su mano. Pero en seguida la retiró.

—¡No puedo! ¡No puedo!

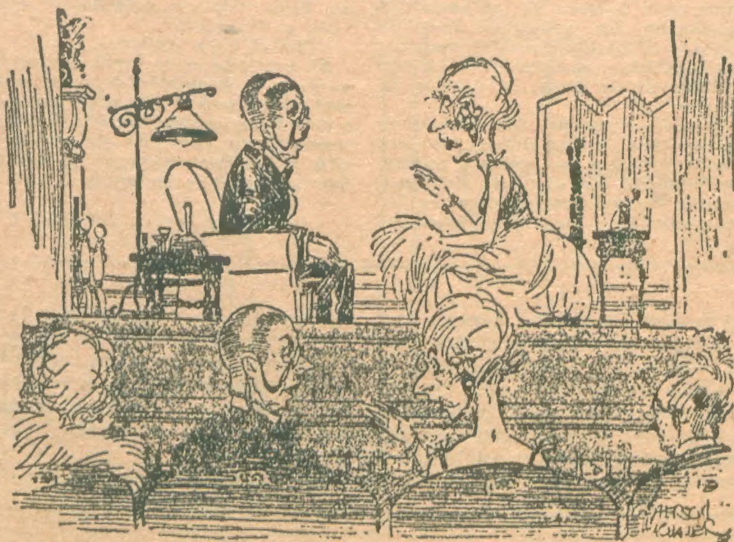
—Por Dios, Carlos... aprieta... Sufro mucho... Horas de martirio me aguardan en mi lecho de dolor... El cáncer se extiende cada vez más, y como un pulpo de filosos dientes, va comiendo mi carne... aprieta... La mano del enfermo se agitaba temblorosa. Pero los débiles dedos, no podían apretar el gatillo.

—¡Carlos! Era un grito angustioso, una súplica horrible. Entonces el otro, inconsciente casi por la terrible emoción sufrida, colocó sus dedos... y apretó.

Aún no se había extinguido la detonación, cuando Carlos huía por la escalera. Ya cerca de la puerta, vió que un "auto" se detenía. Se ocultó en la sombra del "hall". Poco después María Beatriz, subía la escalera.

Carlos, imaginándose la escena que se desarrollaría con la aparición del muerto, cayo sin fuerzas, sobre las losas del vestíbulo. Pero sintiendo aún la voz de Augusto que le decía: "Aprieta... aprieta"... reunió sus escasas fuerzas, y se lanzó a la calle como si huyera de un fantasma.

DESDE LA PLATEA



Los dos. — ¡Qué seres tan vulgares llevan los autores a la escena!

Pensamientos

La paciencia es la práctica de los santos, la prueba de su fortaleza; hace de cada uno de ellos su propio salvador y el vencedor de todo lo que puedan producir la tiranía o la fortuna. —*Milton.*

Bien derramada está la sangre del hombre por su familia, por sus amigos, por su Dios, por su patria, por sus semejantes: lo demás es vanidad. lo demás es crimen.—*Burke.*

Es preferible la muerte cuando el trabajo ha terminado, al nacimiento más favorecido del mundo. — *Jorge Macdonald.*

Para el edificio que levantamos, está lleno de materiales el tiempo; nuestro "hoy" y nuestro "ayer" son los ladrillos con que edificamos.—*Longfellow.*

¡Ama, pues, el trabajo! Si no lo necesitases para alimentarte, lo podrás necesitar para tu salud. Es saludable para el cuerpo, y bueno para el espíritu; impide que nazcan los frutos de la ociosidad.—*Guillermo Penn.*

La dulce misericordia es el verdadero emblema de la nobleza.—*Shakespeare.*

Desde la fragata "Sarmiento"

Tríptico de a bordo

Anteojos de puente.

En el mamparo de popa de casi todos los camarotes de a bordo, y en lugar visible, figura un distintivo que caracteriza a los oficiales de cubierta. Trátase de un arco de círculo obscuro que sobre la pintura blanca ha trazado el incesante movimiento pendular de los anteojos.

El anteojo binocular reemplaza al tradicional catalejo de antaño, que usaron los Brown y Buchardo en nuestra marina. Es, como se ha dicho, la mirada avizora que sondea las sombras de la noche, velando el sueño de los tripulantes, y se debió agregar —según se me ocurre ahora—que esos arcos obscuros pueden ser muy bien las ojeras de los ojos aquellos...

Hay anteojos pequeños y sentimentales; quien los usa parece llevar un carcaj terciado a la espalda. Pulcros y cuidados, son los preferidos por las damas que visitan la nave. Por eso, en más de un caso, los guarda con avara solicitud, en estuche, su dueño.

Cambian su foco rápidos y suaves —a bordo diríamos celosos.

Algunos tienen viejos y deslustrados los aros protectores de los oculares; la cubierta negra está salpicada de manchas blanquecinas, porque el agua salada le ha impreso sus huellas.

Otros son grandes, pesados y claros; los llevan en peso en la mano cual si fueran niños, de mirar sereno a quienes no empaña el miraje de la vida. Por ser artilleros tienen de las alzas su diafanidad.

Todos han asimilado algo de la personalidad de sus dueños; elegantes unos, marineros otros, de control aquellos... Son de a bordo y montan con ellos las guardias de puente.

Han visto en las noches de sombría tormenta las luces de los faros y en días brillantes las costas y las ciudades de mares lejanos.

Sus cubiertos prismas conservan la imagen del lugar querido, donde se enfocaron con mayor cuidado. Guardan casi todos un rostro amado que llora y una mano que se agita temblorosamente...

A cambio del llanto que viera, en los intersticios de los oculares tal vez una gota quedara prendida, que por sortilegio servirá al marino para desdoblar la imagen aquella.

Tales los anteojos—por antonomasia espejos del alma—que algunos llevamos al puente...

II

Viejos tiros.

Nobles y viejos tiros de mi espada, distintivos de guardia, mudos testigos de aurora y de trabajo, una vez más os llevaré conmigo...

Antes holgados y flamantes..., ahora ceñidos y quebrados... ¡Cuántos años han pasado desde que llegáramos a bordo!...

En los botes hicimos juntos nuestras primeras armas.

Con ellos fuí armado caballero y al igual del príncipe azul de los cuentos de amor y de luna, suspendida la espada, deslicéme por escalas de a bordo, por tiras de lancha..., por largos y angostos tangones...

¡Viejos y nobles tiros de mi espada!, fueron vuestros años mosqueteros esos primeros días de la vida en escuadra...

Príncipe en las cámaras de las embarcaciones; fuisteis luego reyes de las cubiertas bajas... En ellas escondimos modestos nuestra presencia.

Hijos mejorados de los tiros de antaño, no hirieron jamás el cuerpo de sus subordinados a la vieja usanza... No se enrollaron en mis manos ni para el golpe ni para la amenaza... Fueron en consecuencia fruto bendito de la época.

Ante el prestigio de lo que significaban, hombres buenos y sencillos se ponían a su paso de pie en pasadizos, soldados y baterías. Y ellos triunfaban ufanos porque conjuntamente a mi cuerpo abrazaban la causa sagrada del deber y la justicia...

En su nombre bajaron a dondo nunca luce el sol, mensajeros de disciplina y orden.

¡Cuántos coys se guardaron a su paso... cuántos mates suicidas se arrojaron al agua, cuántos cigarrillos se apagaron ante el frío respeto que inspiraban!...

Ceñidos y brillantes os exhibieron sobre el negro fondo de la "leva" los domingos y feriados, preso el pulgar de mi diestra sobre su canto, afirmada la mano izquierda en la presilla corta...

Tales los años modestos de ayudante de guardia, viejos y nobles tiros de mis guardias...

Sin presillas mis tiros, como buque sin palos, os mantuve al garete en uso familiar por carpas y comisiones hidrográficas; supisteis—aguantando los "briches" de la diaria faena—de teodolitos y estacas, de balizas y sondas...

Viejos y nobles tiros de mi espada, símbolos de aurora y de trabajo; esos fueron vuestros tiempos rústicos.

Volvisteis al mar y en guardias fuisteis jefes...

Mandabais ampliamente en las cubiertas principales... Subisteis a las cofas de todos los buques.

Año tras año se ensanchó el dominio de a bordo lo mismo que el de mi cuerpo. Os volvisteis estrechos y después de trece años de servicio sois opresores... Ya os encuentro pesados...

Lucisteis sable al cinto capitaneando compañías en tierra... Pero esos no son tus mejores lauros... Valéis dentro del marco de a bordo. No cuentan para nada en mi respeto los servicios aquéllos.

Cuando mi ascenso llegue y no los use así, desaparecerán para siempre de la percha de níquel. No serán burocráticos, ni serán de librea los que fueron de a bordo.

Repudio desde ya esos servicios. ¡Viejos y nobles tiros de mis días de guardia, no seréis profanados!...

Cuando el decreto de mi ascenso llegue yo quisiera en mi brazo la pujanza de un cíclope, para entonces, a modo de guía, lanzaros al espacio...

Elegid vuestro sitio de reposo... Allá en la alta cofa..., o en la pirámide de sondas y triángulos o en la perilla de este buque escuela donde os iniciasteis... Y cortando el aire como el viejo látigo del tiempo de Nelson, o como la escoba de los holandeses, seréis símbolo de trabajo al servicio de un ideal...

III

La fragata.

La antigua fragata de blanco casco, coqueta y orzadora, también merece un elogio sentimental y marinero.

Otros relatarán sus viajes, con frases para mí vedadas, pero en cambio no podrán quererla como yo la quiero...

Como hija de rancias marinas es castiza y añeja su nomenclatura; porque es linda y velera la besan los vientos alisios de todos los mares. Tal vez por coqueta le sople a veces violento el huracán...

Para comprenderla, hay que haber aspirado el aire que descargan las relingas de sus cangrejos y conocer el secreto lenguaje que es privilegio de los que han surcado a vela los mares.

Hay muchas fragatas en fotografías hasta varias telas que copian su porte. Algunos la creen más noble cuando tiene cazadas más velas.

A la que yo elogio no pueden copiarla, porque no la han visto, en medio de rachas de un viento que brama en las jarcias, mostrar la fiera silueta que impone silencio a los hombres.

Lleva entonces recalados los mastelerillos, y los masteleros—sin las vergas altas: juanetes y sobres.

Siendo el tiempo malo hay muy poca gente de rostros bronceados que le toman risos, porque los bandazos del mar arbolado mojan los penoles.

¡Qué bien se defiende de los temporales con velas de capa! Pone contra braceado el velacho y a popa en viento ceñido su estay de mesana.

Se aprende a quererla allá más arriba de los palos machos... En las arraigadas se toca su pecho y en los marcha-a-pie que guarnen sus vergas —porque ella es fragata—la abrazan los hombres más bravos...

¡Oh vieja fragata, cómo puede quererte quien no te comprenda! Yo en cambio sé toda tu historia, yo sé tu maniobra y conozco los nombres de todos tus cabos.

He visto subir a los puestos de tu arboladura, a los marineros a quienes más amas, porque ellos, cuando el viento es suave, con todas tus velas te visten de blanco—tu manto de novia...

Cierto día uno cayó de lo álto, golpeando su cuerpo contra la cubierta y viste tus hombres al pie del propao quitarse las gorras ante sus despojos...

Más tarde cuando las pitadas de los contramaestres llamaban "adentro y abajo", los fuertes gavieros estaban llorando y quien vió una vez esas lágrimas no puede olvidarlas.

Antes otro niño que salió sonriendo de los malecones, orgulloso un día de las singladuras, murió en el Pacífico.

Todas tus perillas por estar más altas, más hondo lo vieron cuando lo fondearon y la misma bandera que minutos antes flameara en el pico, también fué mortaja. ¡Qué sola esa tumba, qué inmensa y qué fría!...

Al caer la tarde pusieron las velas al pairo braceando las vergas, luego como un santo símbolo de paz y de muerte cruzaron tus palos.

Y al toque del angelus, la cruz del mesana se perdió a lo lejos tras el horizonte...

....

Aun hay quien te quiere y ciego te sigue. Tal vez por coqueta, mi linda fragata...

Teniente DOSERRES.

Anormalidades en el reino animal

Por el doctor BERGNER

Un portacoraza muy extraño

Bien se pudiera comparar a una piña el *pangolín*, cuyo cuerpo que alcanza casi un metro de largo, está cubierto de escamas duras imbricadas. Sólo el vientre y la parte interior de las patas quedan libres de estas masas córneas, que se han formado por una íntima fusión de pelos. Estas partes no necesitan de protección, porque en el momento del peligro el inofensivo animal se arrolla como un puerco espín, de manera que sus escamas cortantes se erizan como si fueran hojas de cuchillo. Son seres muy extraños estos pangolines, que viven en Africa e India en cavernas que ellos mismos cavan para sí y de donde por lo general no salen sino de noche. No son de ninguna manera tan torpes en sus movimientos como se pudiera suponer de un animal armado con coraza. Algunas especies saben andar en sus patas traseras o trepan con mucha destreza, valiéndose para ello de las garras de sus pies y de su cola. Otro característico sorprendente es que no tienen dientes, que no necesitan: porque estos animales son insectívoros y se alimentan principalmente de hormigas y termitos, cuyos nidos escarban y abren con sus largas uñas, para luego coger y deglutir la presa con su lengua larga y pegajosa.

El almiquí

Como todas las islas muy apartadas del continente se distinguen también las Antillas, islas conocidas con el nombre de India Occidental, por la singularidad de su fauna. Sobre todo llama la atención un animal que vive en Haití y Cuba y que los indígenas suelen llamar almiquí. Se parece mucho al musgaños y pertenece, como éstos, al orden de los insectívoros, mamíferos por lo general pequeñitos y hasta minúsculos. Pero el almiquí—o solenodon paradoxus, como los naturalistas lo suelen llamar—alcanza el tamaño de un conejo. Su piel de largas cerdas es de color moreno, mientras la cabeza y el vientre son blancos; pero el color de la variedad que vive en Cuba es más bien negruzco y tira a amarillo en las partes claras. Durante el día se esconden estos fisiproboscídeos—así es el nombre de esta familia de animales—y sólo de noche salen de sus madrigueras para buscar su alimento. Fuera de insectos el almiquí persigue también pequeños mamíferos, que, cual ave de rapiña desgarra con las bien formadas uñas de sus patas delanteras. Cuando se encoleriza — lo que sucede fácilmente — eriza sus cerdas y deja oír su voz penetrante, que recuerda ora el gruñido de un puerco ora el grito de un ave. Se dice que es muy fácil apoderarse de estos animales, que abundan en las sierras, porque, cuando se ven perseguidos, ocultan la cabeza con el delicado hocico, sin moverse del lugar, de modo que se puede cogerlos por la cola. No soportan bien el cautiverio.

El abanderado de los animales

Portabandeira (abanderado) llaman los brasileños al gran oso hormiguero melenado a causa de su cola enorme. Un animal tan extraño en sus formas como interesante en su modo de vivir, que no obstante su respetable tamaño —su longitud llega a nada menos que dos metros—se alimenta de hormigas, termitos, gusanos y otros bichos de esta índole. Y en efecto, bocados mayores no pudiera tragar, porque no sólo le faltan los dientes, sino su boca es extremadamente pequeña, apenas mayor que un pulgar. Toda la parte larga y tubiforme de la cabeza no es más que un estuche para la negra lengua, que diestramente se lanza fuera —¡hasta medio metro! — para apoderarse de la presa y retenerla con la saliva viscosa como en un atrapamoscas. Es, por lo tanto, un animal muy útil, pues las hormigas y termitos son una verdadera plaga. Es además muy inofensivo; pero cuando se ve acosado, se planta en las patas traseras y se defiende resueltamente contra el enemigo con las terribles garras de sus patas delanteras. Insensatamente los indígenas persiguen a este animal matándolo con golpes en la cabeza, porque su carne es muy sabrosa y de su piel se hacen mantas algo ásperas al tacto, pero de vistosa apariencia.

Un bufón narigudo

Cuan importante es el papel que la nariz desempeña en la fisonomía, eso lo comprende cualquiera cuando ve al násico de Borneo, cuyo imponente órgano olfatorio invita directamente a parangones con la eminencia facial del hombre. Pero, mientras una nariz bien desarrollada da a la cara del hombre un rasgo de vigor y energía, el exceso de esta protuberancia produce un efecto cómico en aquel mono pardo rojizo, sobre todo cuando mueve este "rudimento de trompa" para arriba o para abajo o lo alarga hasta lo doble, *trucs* que le envidiaría todo clown. El macho viejo, cuya estatura iguala la de un niño de tres años, cifra todo su orgullo en este "adorno" y lo protege cuidadosamente con las manos, porque su "media naranja" y los cachorros son chatos. Pero, el que arguyera que un animal de tanta nariz debe de tener el sentido olfatorio muy desarrollado, caería en error, pues este sentido está en plena transformación regresiva. Este mono selvático, a pesar de su nombre, no es un animal násico en el mismo sentido en que lo son los rumiantes y carnívoros, cuyo instinto se deja guiar casi exclusivamente por el olfato.

EL AMOR DEL DANTE

No conozco en el mundo amor igual al de este Dante. Es un cariño, un amor compasivo, tímido a la vez que vehemente: como el suspiro quejumbroso de las arpas eólicas; suave, muy suave, como el del inocente corazón de un niño. ¡Y luego aquel austero, triste y llagado corazón! Aquella su ansiedad por ver a Beatriz; su encuentro en el paraíso; su embebecimiento en la contemplación de la pureza de sus ojos transfigurados: de los ojos de tantos años purificada por la muerte, y de él tan lejos separada... Nosotros lo comparamos al canto de los ángeles. Entre las manifestaciones de amor, una tal vez de las más puras que jamás salieron del alma humana.

TOMÁS CARLYLE.

El abrigo de piel

PRIMER ACTO

(Desde hace días la señora de Petit-Badin parece aquejada de un mal misterioso. Ella, tan alegre y despreocupada, se ha vuelto de repente triste y taciturna. En vano el señor Petit-Badin trata de averiguar la causa de cambio tan radical y repentino.)

El señor Petit-Badin. — *¿Pero por qué no quieres decirme la causa de tu preocupación?*

La señora de Petit-Badin (con acento de gran desilusión).—*¿Para qué?*

El marido.—*Para que yo lo sepa, querida.*

La esposa.—*Puesto que tanto insistes en saberlo, te diré lo que tengo. Mejor dicho, lo que no tengo. ¡No tengo nada que ponerme; ya lo sabes!*

El marido (sorprendido). — *¿Que no tienes nada que ponerte? ¡Hija, me parece que no es precisamente de vestidos de lo que careces!*

La mujer (encogiéndose de hombros).—*¿Quién habla de vestidos? Lo que me hace falta es un abrigo, un abrigo de verraco de los Cárpatos, que es la piel de moda, lo que llevan este invierno todas las mujeres.* (Con amargura.) *Todas las mujeres, menos yo, naturalmente.*

El marido.—*¿Y cuánto vendrá a costar un abrigo de esos... de verraco de los Cárpatos? ¿Es muy caro?*

La mujer.—*¿Caro? Según lo que se entienda por caro. Nunca será cara para un marido que quiere a su mujer satisfacer un capricho suyo. Creo que por seis u ocho mil francos podría encontrarse algo aceptable.*

El marido (estupefacto). — *¿Seis mil... ocho mil... francos? ¡Pero, querida, tú no reparas!...* (Pausa.) *Mira, en la peletería de la esquina hay unos abrigos magníficos de nutria del Brasil, y yo creo que por seiscientos francos...*

La señora (desdeñosa).—*¿Nutria del Brasil? Pero, hijo, ¿tú sabes lo que es la nutria del Brasil? ¡Es conejo! No creo que pretendas que salga a la calle con un abrigo de piel de conejo para que se rían de mí hasta las criadas. Y, sobre todo, que hoy no se lleva nada más que piel de verraco.*

El marido.—*Sí, hija; pero ocho mil francos...*

La señora (con resignación de mártir). — *¿Te parece muy caro? Pues no vuelva a hablarse más de esto. Además, que yo no te he pedido nada. Todo se arreglará no saliendo de casa hasta el verano. Como comprenderás, no voy a ir haciendo el ridículo por la calle.*

ACTO SEGUNDO

(Una semana después)

El marido (entrando en casa con una caja voluminosa bajo el brazo). — *Querida, voy a darte una sorpresa.*

La mujer (sin inmutarse). — *¿Sí?*

El marido.—*Sí. Una gran sorpresa.* (Enseñando la caja.) *¿Qué hay aquí dentro para mi mujercita?... ¿No recuerdas lo que me pediste la semana pasada?... Tu abrigo de piel...*

La mujer (encantada). — *¡Ah! ¡Sí! ¿Mi abrigo de piel? ¿Te has decidido al fin?*

El marido.—*No te oculto que al principio me pareció un poco caro; pero nada es demasiado con tal de verte contenta. Por eso he pedido prestados unos miles de francos, y ya veremos cómo los pagamos. Me ha costado nueve mil francos.* (Abre la caja.)

La mujer (con extrañeza).—*Pero... ¿qué es esto?*

El marido. — *¡Tu abrigo...; tu abrigo de verraco de los Cárpatos!*

La mujer (desesperada).—*¿Y te has gastado el dinero en esto? ¡Qué hombres, señor! ¡No se enteran de nada! ¿Pero no sabes que el verraco ya no se usa desde hace unos días? Lo que se lleva ahora es la marta de Anatolia. Ya no se ve otra cosa, y estoy segura de que por doce o catorce mil francos...*

Telón.

Felices sin Colombina

Por Sara INSÚA

—¿Qué miras con esa cara de asombro?—me preguntó Margarita.—¿Es a mis vecinos?

A su vez se acercó a los cristales del mirador, uno de cuyos visillos había yo levantado, y siguió la dirección de mi mirada. Yo debía, en efecto, tener caro de asombro, porque fué lo que sentí ante el extraño espectáculo que a mi vista se desarrollaba.

En la casa de enfrente, un balcón abierto dejaba ver casi por completo una habitación pobremente amueblada—una vieja mesa escritorio, un estante no lleno de libros, varias sillas, un mueble que me pareció un clavicordio—y dos extravagantes personajes. Eran dos muchachos de unos veinte y veintidós años, respectivamente, los dos altos y delgados, los dos guapos, con unos ojos grandes y obscuros. Uno de ellos, que vestía un ajado disfraz de pierrot, rojo y negro, sin gorguera, puesto a horcajadas en una silla, apoyaba en el respaldo un grueso libro de texto, en el que leía atentamente. El otro, forrado en un arlequín amarillo, azul y negro, estaba sentado ante el clavicordio, y leía también, con los codos puestos sobre la tapa del teclado.

Lo que hacía más extraordinario este espectáculo era que estábamos a mediados de abril, acercándonos a Semana Santa.

—Oye—le pregunté a mi amiga,—¿es que son locos tus vecinos?

—¡Ca!—me contestó riendo.—Nada de eso. Es toda una historia. Voy a contártela, porque parece que te han interesado.

Acercó dos butaquitas, nos sentamos y empezó.

—Esos chicos son hermanos, ya te lo habrás figurado, porque se parecen mucho. El padre fué el eterno mala cabeza, que muere joven, dejando sin amparo a mujer e hijos. La madre es la mujer toda voluntad, que se propone sacar adelante a esos hijos, sin más medios que el que le proporciona el trabajo de sus manos. Es modista, pero cose sola; no ha querido llevar oficialas para que no le perturben a los chicos, que—menos mal—han salido buenos y la secundan. Ella trabaja veinte horas del día y descansa sólo cuatro; pero ellos barren y limpian la casa, encienden la lumbre y hasta lavan los pocos cacharros que usan, para que su madre no se estropee las manos. Ella, por darles carrera, se ha privado y se priva de todo; estudian Derecho los dos para gastar menos en libros, y hasta ahora en todas las asignaturas han tenido matrícula de honor. Y—no te impacientes, hija—ahora viene la historia de esos trajes de pierrot y arlequín. El Carnaval último quisieron disfrazarse. Era el primer capricho que tenían, la primera petición que le hacían a su madre. La pobre mujer, figúrate, deseaba complacerlos; pero la compra de la tela para los disfraces desnivelaba el orden de su presupuesto de gastos, y además el tiempo que le llevaría hacerlos representaba también una gran disminución de ingresos. Entonces tuvo una idea e hizo esta proposición a sus hijos: que pasado el Carnaval usasen los disfraces para andar por casa; de ese modo conservarían más tiempo la ropa y se recuperaba lo gastado. Ellos aceptaron, figúrate, y uno tuvo su pierrot y el otro su arlequín.

Como ponen en todo tanto optimismo y tan buena voluntad, se divertieron en la mascarada, eso ya es mucho, ¿verdad?; pero lo más admirable es lo que ha sucedido después. Vistiendo sus trajes de "pagliaccio" se han compenetrado tanto de sus papeles, que se creen realmente Pierrot y Arlequín. Sólo que un Pierrot que, cantando a la Luna, ríe en vez de llorar, y baila alegremente a los compases de las cancioncillas que Arlequín compone para Colombina, y canta acompañándose de su clave. ¿Quieres algo más extraordinario? Un Pierrot que hace versos alegres y que vive en perfecta armonía con un Arlequín, que hace también música alegre dedicada a una Colombina que no existe. ¿Sabes de qué me están dando tentaciones?... De adjudicarme el papel que falta en esta curiosa carnavalada de Cuaresma. Vestirme de Colombina, y abrir mi balcón...

—¡Por favor, no lo hagas!—le supliqué.—Ese buen humor de Pierrot y esa armonía entre él y Arlequín que tanto te maravilla se debe precisamente a que los dos sueñan con esa Colombina que, afortunadamente, no ha aparecido aún. ¡Dios quiera que no aparezca nunca! En cuanto surgiese ella entre los dos tomarían sus papeles "en serio", lloraría Pierrot y lo traicionaría Arlequín, y en esa casa en la que hay tanta pobreza pero tanta diafanidad en las conciencias, y tantas esperanzas, entraría la tragedia...

Margarita envió la mirada de sus ojos garzos a la casa de enfrente, y dijo con melancolía:

—¡Son tan guapos! ¡Tan interesantes! Sería un "flirt" muy divertido.

—Margarita, desecha esas inclinaciones. Un "flirt" tuyo con uno de esos muchachos constituiría una maldad. Coquetear con los dos, un crimen... Mira, ¿quieres hacer un bien? Enamórate, pero "de veras", de uno de los dos. Tanto Pierrot como Arlequín son más dignos de tus ochenta mil duros de dote que cualquiera de esos hombres que aspiran a ellos, quizá para evaporarlos innoblemente en unas cuantas noches de Carnaval.

El orgullo

Por Francisco de NION

Atardecía. El mar se coloreó súbitamente de malva, verde y rosa, y sobre la arena de la playa seguía el ritmo de las olas.

—¡Qué linda es!—me dijo Boisdragón señalándome con la mirada a una muchacha que atravesaba la playa.

Se trataba realmente de una joven encantadora. El tocado que llevaba sentada maravillosamente a su gracia, la completaba, la subrayaba. Se comprendía que aquella hermosa criatura estaba hecha para ir bien vestida. Recordé un momento y pude decir a mi amigo:

—Es miss Georgina Smollet, la heredera multimillonaria que ocupa la villa de Lianes, cerca del Grand Hotel.

—Ya lo sé—me respondió Boisdragón.—Me presentaron el otro día y bailé con ella en el casino.

La joven americana pasaba en aquel momento por delante de nosotros, y la saludamos quitándonos el sombrero respetuosamente.

—Sí, sí—repitió mi amigo;—es bonita. Y muy agradable también; tiene un ingenio delicioso, el ingenio de una francesa que tuviese dientes de inglesa. Temo haberme enamorado de ella locamente.

—Pues no tiene usted más que formar en la fila de pretendientes; con su nombre y su fortuna no se le puede acusar de ser un cazador de dotes. Ser marquesa de Boisdragón es cosa que viste en Nueva York lo mismo que en París.

—De todos modos, en cuanto a fortuna, la diferencia es enorme... Pero, ¡qué cosa más rara!, se me ha metido en la cabeza que yo la he visto antes de ahora, que le he hablado, que la conozco..., y no puedo acordarme de cómo ni cuándo.

—Pregúnteselo.

—Ya lo he hecho. Y lo más sorprendente es que cuando le hice esa pregunta se puso muy encarnada y hasta creí ver que sus ojos se empañaban de lágrimas... Y después me contestó, con bastante aspereza, que no se acordaba de haberme visto nunca... Ya están llamando para comer; vamos a ponernos los smokings.

Aquella misma noche observé que Guido de Boisdragón estaba seriamente enamorado de miss Georgina. En el casino, donde nos volvimos a encontrar, bailó toda la noche con ella, y supuse que la cosa iba por buen camino. Verdad es que no era fácil encontrar un hombre que reuniera como Boisdragón todas las cualidades de un perfecto caballero.

Reclamado por un asunto tuve que marchar a París al día siguiente, y cuando regresé me enteré de que miss Georgina Smollet era la prometida del príncipe Adriani, uno de los más brillantes jugadores de polo de la temporada. Mi sorpresa fué grande, pues me hallaba convencido de que a Boisdragón le estaba reservada esa bella conquista, y lamentaba el suceso por la pena que a él le habría causado, cuando lo vi entrar en mi cuarto.

Así que se sentó y hubimos cambiado las primeras palabras, he aquí lo que me contó, con voz velada de vez en cuando por un ligero estremecimiento:

—Sí; la cosa iba muy bien, y hasta muy de prisa, y yo me sentía más feliz que nunca, pues cada día descubría en Georgina nuevos encantos y perfecciones. ¡Cómo la amaba! Y estaba tranquilo. Es verdad que el príncipe Adriani iba a su casa con frecuencia y a diario la obsequiaba en el campo de polo pero a mí me pertenecía por las mañanas. Ibamos al golf y al tennis, los dos solos, como camaradas. Pero de pronto...

—¿Qué ocurrió?

—Una mañana, cuando de regreso nos dirigíamos al automóvil que esperaba a miss Smollet, vimos tres niñas, muy bonitas, que llegaron con sus raquetas, seguidas de una *miss* o de una *fraulein* cualquiera. De pronto pasó por entre ellas un perro. Como hacía calor, llevaba la lengua fuera y un poco de espuma le blanqueaba el hocico... Y he aquí que las niñas se asustan y que escapan gritando que el perro estaba rabioso. La institutriz alza la sombrilla, el perro quiere lanzarse sobre ella... y llega el instante de mi intervención, que fué rápida, pues bastó que yo me acercase al animal para que huyese. Las niñas y su acompañante se tranquilizaron. Pero cuando volví al lado de Georgina quedé estupefacto al encontrarla con las mejillas encendidas y los ojos llorosos, y de improviso tuve la sensación de que acababa de revivir una escena del pasado. Me vi en casa de mis primas, la de Lurtal, con María, Gabriela y Ana, asustadas por un toro que embestía contra ellas y que yo pude desviar fácilmente. Su institutriz, miss Mary, se desmayó en mis brazos. Yo nunca me había fijado en aquella muchacha insignificante..., y he aquí que de nuevo se presentaba ante mí, con todo el esplendor de una belleza joven y radiante, en la persona de Georgina.

Nuestras miradas se cruzaron; un relámpago surgió y miss Smollet dijo:

—Sí; soy yo; usted no me había reconocido. Hace dos años mi padre aún no había heredado de nuestro tío Smithson, y yo tuve que entrar en casa de sus primas como institutriz. Pero usted no se dignaba mirarme nunca. Yo no existía para usted, y sin embargo...

Se interrumpió porque el chauffeur abría la portezuela del automóvil. Pero la mano que Georgina me ofreció temblaba, y entonces comprendí que me había amado...

—Pues precisamente por eso...—dije yo.

—Usted no conoce el carácter ni el orgullo de las hijas de América. Vea la carta que acabo de recibir—me contestó mi amigo.

Y me entregó un papel que decía: "Mi querido Guido: En el momento de subir al auto quiero dejarle estas últimas palabras. Me marcho a Italia con el príncipe, con quien me casaré en Florencia pasadas las pruebas de polo. Ahora ya puedo decirle que Mary, la humilde y pobre Mary, la inglesita fea y mal vestida, como un día oí que le decía usted a Gabriela; la pequeña miss, le ha querido con amor muy profundo, muy oculto, pero completo, absoluto. ¿Por qué no lo comprendió usted entonces? Hoy no podría hacerme a la idea de que me quiere ahora, después de haberme desdeñado antes. El orgullo nos hace sufrir algunas veces... ¡Mi querido Guido, cuánto le hubiese amado Georgina si hubiera usted pensado un poco nada más en Mary!"

Boisdragón empezó a sollozar.

—Y a pesar de todo—dijo,—estoy seguro de que aún me quiere.



Plegaria del buen amor

Por sus ojos negros, serenos y puros
lámparas votivas que alimenta el Sol
para que iluminen mis pasos futuros,
¡líbrame de toda tentación, Señor!

Tengo el alma llena de sombras yacentes
y de lirios rotos lleno el corazón;
he llorado tantas lágrimas ardientes
que todo, por dentro, seco y sucio estoy!

Placeres y culpas, errores y daños,
fiebres de demonio y hazañas de halcón...
¡De todo han tenido mis mejores años!
¡De todo están llenos, ¡ay! menos de amor!

Ni una mano franca se posó en mi mano
cuando la esperanza, leal, la extendió...
Solo las que afilan garras de milano,
sola las que hieren le dieron calor!

Mas, al fin, se ha hecho la luz en mi senda
y hollando el silencio que la ensombreció
la voz que ennoblece mi orfandad horrenda
debe ser un eco, Señor, de tu voz!

La virtud que enciende su mirada franca
y el fulgor que endulza su sonrisa en flor,
ritman la pureza de una rosa blanca
y el hechizo de una ninfa de Watteau!

Pero tengo miedo de acercarme a Ella,
miedo de turbarla aún con mi fervor;
que Tú no la hiciste tan cándida y bella
para que ose el alma rozar su emoción!

Y pues todavía presiento inseguros
los pasos primeros de mi conversión,
¡por sus ojos negros, serenos y puros,
líbrame de toda tentación, Señor!...

Miguel de **ARZUBIAGA**.

La producción mundial de cobre

He aquí, en millones de toneladas, la producción de cobre en los principales países en 1923:

Estados Unidos, 660.000 toneladas; Méjico, 37.000; Canadá, 26.000; América del Sur, 194.000; España, 26.000; Otros países europeos, 44.000; Australia, 17.000; Africa, 52.000; Asia, 51 mil; Diversos, 8.000. Total, 1.115.000 toneladas.

Como se ve, los Estados Unidos son los que lo producen en mayor cantidad.



Viejos rincones olvidados

La casa de Balcarce

Por Germán GARCÍA HAMILTON



Un pintoresco rincón del patio.





Ventana de la habitación en que nació el malogrado poeta Florencio Balcarce.

calendario histórico,
...ar un nuevo aniver-
...día del nacimiento
...Antonio González
...el 13 de junio
...casa que aún
...con el núme-
...honra la
...vanto ...

ya la luz de tres centurias!...

En el rincón que cuadra al patio, a mano izquierda, álzase, sobre el cuerpo bajo del edificio, una pequeña habitación con ventana enrejada, donde, según la tradición familiar, nació el poeta Florencio Balcarce, muerto prematuramente en Europa, cumpliéndose así el triste presentimiento de aquella lírica despedida que comenzaba: "Adiós, Buenos Aires..."



Los especialistas han estudiado el problema del estigma de la vejez en la cara, y han hallado la manera de rejuvenecer el rostro haciendo desaparecer las huellas que imprimen los años.

Con unas pinzas, una aguja y un bisturí cortan por acá, estiran por allá y en pocas horas queda hecha la operación.

La mujer que hace veinte años era linda y a quien las arrugas habían afeado, sale de nuevo con su cutis terso, sin que la menor cicatriz indique que ha intervenido la mano del cirujano.

Largo sería entrar a descubrir la forma en que se realiza el milagro, bástenos decir que el resultado es admirable—al parecer—y que gracias a él se hacen desaparecer los siguientes defectos que afean una cara bonita.

Arrugas en la frente.
Huellas del ceño entre las cejas.
Arrugas del cuello.

Por hacer que desapareciesen de su cara tales huellas de la edad, la ya talludita Eva Tangnay pagó al operador 10.000 dólares, pero ha quedado convertida en una muchacha de diez y ocho a veinte años.

Los dibujos indican claramente, donde se hacen las incisiones y cómo se estira la piel para que desaparezcan los defectos y quede el rostro liso y rejuvenecido.

El grabado en que se ve a la operada, de frente, se explica así:

A, incisión para que desaparezcan las arrugas de la frente. B, ceño. C, papada. D, párpados hinchados. E, pata de gallo. F, bolsas bajo los ojos. G, arrugas del rictus. H, arrugas del cuello.

En el otro grabado:

Arrugas de la nariz, mejillas y mentón que desaparecen estirando la piel y cortando en los puntos A y B.

Como complemento damos un dibujo de las pinzas y la aguja plana, que no deja cicatriz.

Amado Nervo, en el aniversario de su deceso

Por Lorenzo SITANO

Y pudiendo ser rico,
...ra siempre ...ser poeta.
...pre "pangaré" el ca...do Nervo.
pangaré" ha nacido!...

Y en una de las últimas ...mayo del aquel invierno, Casiano ...la pequeña nunca del eterno desdén de...ntevideo, la ...na. Se jugaba fuerte aquel ...excelso, de ...cundo, ...dor de la pulpería ...cerebro fe... ...aba fuerte ...zón: Amado Nervo.

El insigne y admirable poeta mejicano, que cantara con primor, delicadeza y exquisitamente en estrofas divinas y sentimentales, en versos preñados de ternura, de belleza y de paz, ardorosos y apasionadas a las veces, pero dulces y deliciosos siempre, la inmortalidad del alma, precisamente él que tanto comprendió las crudezas del deleznable barro humano, dejaba de existir placenteramente con una dulce sonrisa en los labios, el brillo

...cables regiones de las ex... los grandes ideales, lejos muy lejos de la gente, y entregándose a la suprema belleza, que supo expresar armoniosamente en estilo delicado como una flor, límpido como un manantial e ingenuo como una planta.

"¡No hay bonanza tardía ni existencia que acabe sin cumplir su destino!", decía el sereno poeta. ¿Cumplió su destino él que pudiendo ser rico prefirió hacer versos, enamorarse de la luna blanca, toda blanca, adorar la belleza y el arte, contar las estrellas, mirar a lo alto, extasiarse ante lo divino y lo inconmensurable, soñar con dulces esperanzas, forjarse consoladoras ilusiones, remontarse a las cumbres excelsas del vivir y redimirse de la baja condición terrena?

Amado Nervo fué todo alma, todo espíritu, toda nobleza, toda sinceridad. Su vida ha sido una eterna florescencia de ideal y de ensueño. El vigor con que siente la naturalidad de las cosas, le permite expresar la sensación exacta de color y de armonía, con una belleza incomparable. Amado Nervo supo apartarse siempre francamente de todas las torpes pasiones humanas, de las bajas inclinaciones materialistas de la época, de sus deseos inconfesables, sin dar pasto jamás a la bestia interior que todos llevamos. Muchos corazones delicados y sensibles vibrarán siempre a través de la belleza musical de sus versos primorosos y tiernos y muchos labios repetirán sus hermosas canciones puras e incontaminadas, pletóricas de amor, de bondad y de dulzura.

la fronda ... despereza,
lanzaré a los cuatro vientos
la canción de la pereza.

Sutil lasitud creadora
del conocimiento humano;
fértil "far niente" de Newton
echado bajo un manzano..

Gruesa realidad revelan
las colmenas laboriosas.
(Las abejas comunistas
son indignas de las rosas).

La hormiguita presurosa
va como un burgués cretino,
desdeñando los paisajes
por buscar el vellocino.

Ni siquiera tiene tiempo,
afanada en alzar grano,
de escuchar a la cigarra
que canta todo el verano.

Aunque tenga la hormiguita
un tesoro de oro en barra,
yo prefiero la divina
miseria de la cigarra.

. . . .
. . . .

Proclamando la excelencia
del ensoñar negligente,
en son de airada protesta
contra el trajín de la gente,

hoy que el Sol en los sembrados
hunde sus áureos estoques,
me iré a tumbar a la sombra
de los viejos alcornoques;

y tendido largo a largo
sobre proficuos sopores,
soñaré mientras trabajan
mis colmenas interiores...

Luis María GRANÉ.



El orgullo

Por Francisco de NION

Atardecía. El mar se coloreó súbitamente de malva, verde y rosa, y sobre la arena de la playa seguía el ritmo de las olas.

—¡Qué linda es!—me dijo Boisdragón señalándome con la mirada a una muchacha que atravesaba la playa.

Se trataba realmente de una joven encantadora. El tocado que llevaba sentada maravillosamente a su gracia, la completaba, la subrayaba. Se comprendía que aquella hermosa criatura estaba hecha para ir bien vestida. Recordé un momento y pude decir a mi amigo:

—Es miss Georgina Smollet, la heredera multimillonaria que ocupa la villa de Lianes, cerca del Grand Hotel.

—Ya lo sé—me respondió Boisdragón.—Me presentaron el otro día y bailé con ella en el casino.

La joven americana pasaba en aquel momento por delante de nosotros, y la saludamos quitándonos el sombrero respetuosamente.

—Sí, sí—repitió mi amigo;—es bonita. Y muy agradable también; tiene un ingenio delicioso, el ingenio de una francesa que tuviese dientes de inglesa. Temo haberme enamorado de ella locamente.

—Pues no tiene usted más que formar en la fila de pretendientes; con su nombre y su fortuna no se le puede acusar de ser un cazador de dotes. Ser marquesa de Boisdragón es cosa que viste en Nueva York lo mismo que en París.

...dos modos, en cuanto comprendiendo lo que aquel hombre debía ser y lo que quería, correspondióle al saludo y, una vez a su vera, sonriendo benevolente, le indicó el bagaje y se caló el sombrero, emprendiendo la marcha en su seguimiento, rumbo al hotel.

II

La paz que se experimenta en la campiña canaria es patriarcal. Los días allí pasan plácidamente: ajenos al ruido de la humanidad que brega en constante preocupación. Así es que, no es de admirar que, en este pueblo de Guía, en donde ocurrió lo que a narrar paso, todo suceso, por insignificante que sea, no deja de comentarse y de tenerse presente hasta que otro de más importancia borre la impresión del primero.

En consecuencia, la visita del forastero al lugar, fué divulgada en el acto y los socios del Casino, asiduos jugadores al tresillo, como los afiliados al dominó, concurrieron esa tarde al mismo mucho antes de la hora ordinaria para comentarla, para indagar el propósito que guiaba a aquel señor, que parecía un personaje, con su venida al pueblo.

Tartal, un mocetón de complexión hercúlea, coloradote, vistiendo traje de estameña de color de ratón, que pasaba por el más listo—y que, en efecto, lo era—no esperó más en saciar su curiosidad y allegóse, llevando el saludo de la sociedad, al forastero que se hospedaba en el hotel.

Una vez allí, y satisfecha la misma, regresó nuevamente al Casino y en medio del coro que lo esperaba, largó lo que había indagado:

—El señor era francés, comisionista de vinos, que habiendo perdido la combinación del vapor que hacía la travesía entre las Islas y Marruecos quiso, por curiosidad, in-

fecciones. ¡Cómo la amaba! Y estaba tranquilo. Es verdad que el príncipe Adriani iba a su casa con frecuencia y a diario la obsequiaba en el campo de polo pero a mí me pertenecía por las mañanas. Ibamos al golf y al tennis, los dos solos, como camaradas. Pero de pronto...

—¿Qué ocurrió?

—Una mañana, cuando de regreso nos dirigíamos al automóvil que esperaba a miss Smollet, vimos tres niñas, muy bonitas, que llegaron con sus raquetas, seguidas de una *miss* o de una *fraulein* cualquiera. De pronto pasó por entre ellas un perro. Como hacía calor, llevaba la lengua fuera y un poco de espuma le blanqueaba el hocico... Y he aquí que las niñas se asustan y que escapan gritando que el perro estaba rabioso. La institutriz alza la sombrilla, el perro quiere lanzarse sobre ella... y llega el instante de mi intervención, que fué rápida, pues bastó que yo me acercase al animal para que huyese. Las niñas y su acompañante se tranquilizaron. Pero cuando volví al lado de Georgina quedé estupefacto al encontrarla con las mejillas encendidas y los ojos llorosos, y de improviso tuve la sensación de

...del mohoso piano, Tartal, y allí fué el disloque y los aplausos mientras el pianista, poseído de su dominio del instrumento, arremetía la tocata de unas peteneras al estilo del país. El comisionista no pudo más de entusiasmo y alegría y, con un arranque espontáneo, abrazó a Tartal, llamándole ilustre e insigne músico.

IV

Se marchó el comisionista de vinos con rumbo a la ciudad.

Por aquel tiempo el diario "Le Petit Journal", de París, reproducía en uno de sus números el retrato del célebre compositor M. Camilo Saint-Saens y daba la voz de alarma sobre la desaparición del maestro, formulando una serie de hipótesis sobre el paradero más o menos probable; suplicando a quien lo supiera lo manifestara a la Dirección.

Esta alarma trascendió a la Gran Canaria y fué allí en donde se logró descubrir al maestro en la modesta personalidad del susodicho comisionista de vinos.

Descansaba el célebre autor de "Sansón y Dalila" de sus tareas y llegó hasta la Isla, internándose en sus campos, en busca de la tan anhelada paz.

Volviendo a Tartal, diré, que cuando se enteró por los diarios de la ciudad del verdadero nombre de aquel que tanto había aplaudido sus peteneras, su orgullo no tuvo límites.

Desde ese día, si algún extranjero aporta por el lugar, lo primero que hace el hotelero, después de huronearlo y salir a su encuentro, es manifestarle, antes que se le adelanten los socios del Casino, que allí, en aquel pueblo, nació y vive el ilustre músico Tartal, añadiendo a guisa de comentario: así lo llamó el célebre Saint-Saens.



que acababa de revivir una escena del pasado. Me vi en casa de mis primas, la de Lurtal, con María, Gabriela y Ana, asustadas por un toro que embestía contra ellas y que yo pude desviar fácilmente. Su institutriz, miss Mary, se desmayó en mis brazos. Yo nunca me había fijado en aquella muchacha insignificante..., y he aquí que de nuevo se presentaba ante mí,

con todo el esplendor de una ... joven y radiante, en la pers... Georgina.

Nuestras miradas se cru... relámpago surgió y miss Sm...

—Sí; soy yo; usted n... reconocido. Hace dos ... aún no había hereda... Smithson, y yo ... casa de sus pri... Pero usted n... nunca. Yo n... embargo... espero. ...ero

Se ir... ...viejo ensueño!

Hoy la he visto al pasar. Sus dulces ojos
lo mismo que dos mágicos cerrojos
me abrieron el portal de las quimeras.

Toda la tarde se llenó de aromas,
y hubo como un revuelo de palomas
sobre el olvido de mis primaveras.

Manuel PALACIOS.

Entre Ríos.

LA ARAÑA MAS VENENOSA

El latrodecto, muy abundante en Italia, donde le llaman "malmignatta" es probablemente la araña que ha dado origen a la fábula de la tarantela, basada acaso en las convulsiones que siguen a la mordedura del temible animalejo. En España existe también, notándose que es mucho más abundante en las regiones y años que abunda la langosta. Las hembras son realmente las únicas a que hay que temer; el macho, mucho más pequeño, no puede atravesar la piel humana con sus ganchos venenosos, y por consiguiente, es inofensivo. Son arañas de costumbres nocturnas, muy lentas en sus movimientos, y viven debajo de las piedras. Lejos de ser feroces, tratan de huir en cuanto se las molesta; pero no hay que jugar con ellas. Hace pocos años, una expedición científica estuvo estudiando las costumbres del latrodecto en las estepas de Rusia. El jefe de la expedición, después de pasar un mes cazando arañas y tratando en vano de hacerse picar por ellas, sacó en consecuencia que lo que se había dicho sobre su veneno era pura fábula, y determinó tomar algunas fotografías para probar su aserto. Para ello, puso seis arañas sobre el pecho desnudo de un hombre y empezó a preparar la cámara y los chasis. En medio de esta operación, una de las arañas echó a correr por el brazo de aquel individuo y le picó cerca de la muñeca. El infeliz empezó a gritar, temblando como un azogado, con los ojos fuera de las órbitas y acometido de espantosas convulsiones acompañadas de vómitos y sudor frío. Con mucha dificultad se le pudo salvar la vida, y tres semanas más tarde, todavía se encontraba débil y sufría frecuentes escalofríos.

Se supone que el terrible efecto de la picadura de esta araña se debe a que su veneno destruye los glóbulos rojos de la sangre. Sus efectos son rapidísimos, y a diferencia de los del veneno de la tarántula y del escorpión, no son locales, sino que afectan a todo el organismo. En cuanto a la violencia del veneno, se ha calculado que el de una sola araña sería suficiente para matar mil gatos. Según una estadística hecha ...nos, 600.000 to... 1896, fueron pi....000; Canadá, 26.000; A... en el Asia Sur, 194.000; España, 26.000; cuales muri... europeos, 44.000; Australos que res... Africa, 52.000; Asia, 51 caballos, ...sos, 8.000. Total, 1.115.000

Como re... e, los Estados Uni... picadura, se ...ncen en ... ...yección de hipoclorito de...



Viejos rincones olvidados

La casa de Balcarce

Por Germán GARCÍA HAMILTON



Un pintoresco rincón del patio.



Entrada principal de la casa de Balcarce, en la calle del mismo nombre N.° 161.



Ventana de la habitación en que nació el malogrado poeta Florencio Balcarce.

Nuestro calendario histórico, acaba de señalar un nuevo aniversario patrio: el día del nacimiento del general don Antonio González Balcarce, ocurrido el 13 de junio de 1775, en la vieja casa que aún se levanta, señalada con el número 161, en la calle que honra la memoria del prócer. En cuanto a las cenizas de este héroe de la independencia, cuyo fallecimiento se produjo también en su ciudad natal el día 5 de agosto de 1819, reposan en la iglesia de Santo Domingo.

Las exigencias, muy explicables, del progreso, y ese espíritu de incesante renovación, que caracteriza a todos los pueblos jóvenes, han hecho que nos merezcan muy poca consideración, los vestigios materiales de épocas pasadas. La especulación comercial, por otra parte, no entiende de sentimentalismos patrióticos ni de románticas evocaciones. De ahí que, tanto en Buenos Aires como en las demás ciudades del país, se conservan escasísimos restos de la edificación colonial, sobre todo en lo que se relaciona con la vida íntima de nuestros próceres y con los sucesos trascendentales en que aquellos actuaron.

Admitiendo que haya sido una imperiosa necesidad de nuestro embellecimiento urbano,—muy lamentable, por cierto,—la mutilación del viejo edificio del Cabildo, ... ser, en la actualidad, ... como museo histórico, por lo ... haber salvado, con ... ciones arqui... restos pa... que ...

... ras, que contribuyen a dar más arcaico matiz al cuadro intensamente evocativo. Una honda sugestión de época y ambiente, flu... de aquellos hierros enmohecidos ... pare-

ya la luz de tres centurias!...

En el rincón que cuadra al patio, a mano izquierda, álzase, sobre el cuerpo bajo del edificio, una pequeña habitación con ventana enrejada, donde, según la tradición familiar, nació el poeta Florencio Balcarce, muerto prematuramente en Europa, cumpliéndose así el triste presentimiento de aquella lírica despedida que comenzaba: "Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós!" Ingenuas y sentimentales estrofas, que hicieron derramar más de una lágrima a la romántica generación del malogrado vate porteño.

¿Por qué, nosotros, que tanto necesitamos fortalecer nuestro claudicante nacionalismo, no miramos con más amor estas cosas tan nuestras, volviendo de vez en cuando, una mirada hacia el pasado? Bienvenidas sean todas las progresistas innovaciones que nos llegan del exterior y que surgen del propio cosmopolitismo; pero a condición de conservar y enaltecer las grandes virtudes raciales, los fuertes rasgos matrices, las glorias y las tradiciones nativas. Hay que mostrar, a la curiosidad extranjera, como ocurre con los viejos pueblos de Europa, eso que fué genuinamente nuestro, que señala el origen de nuestra nacionalidad, que nos pertenece por derecho de herencia. Salvemos de la devastación y de la muerte, por lo menos a esas pocas reliquias ancestrales, que se mantienen todavía en pie, tambaleantes y tímidas, como avergonzadas de su decrepitud y de su pobreza, en alguno que otro rincón olvidado, de esta enorme cosmópolis.

El gobierno de la nación debería hacerse cargo de ellas, restaurándolas en lo posible, para que las futuras generaciones argentinas, pudieran comparar mejor el presente con el pasado.

La historia necesita documentarse no sólo con papeles que acrediten la veracidad de los hechos, sino también objetiva y arqueológicamente.



Placa conmemorativa, que señala el histórico edificio.

Pa... suerte ... una taba ... dos caras of... ganadora; como ... era siempre... pérdida.

El se había acostumbrado a ... adversidad constante, como se ac... tumbra el mancarrón del pobre a los lomillos herejes, a los pastos ruines y a los galopes inconsiderados. Sin embargo, de tiempo en tiempo, su desventura solía amargarle demasiado, generando como un conato de rebelión, un súbito deseo de corcovear que se extinguía de inmediato, y en un triste y resignado abatimiento de la cabeza... ¡Para qué!... Cada hombre nace con un destino, y pretender cambiarlo, es como intentar cambiarle de pelo a un animal. ¡El que ha nacido zonzo, será siempre zonzo, como será siempre "pangaré" el caballo que "pangaré" ha nacido!...

Y en una de las últimas noches de aquel invierno, Casiano sufrió como nunca del eterno desdén de la fortuna. Se jugaba fuerte aquella noche en el comedor de la pulpería de don Manuel. Se jugaba fuerte y se bebía fuerte: antes de las doce, Casiano había

... empecina... podido conocerse ... ma... arrastrada le llevaba el apunte! H... ta en ese cañadón barrioso le era imposible el baño que calmase las ardencias de su alma sensitiva y despreciada! ¡Miseria!...

Bajó la cabeza, y cuando la caldera "empezó a chillar", la cogió en silencio, y salió y atravesó el patio dando traspiés y murmurando con profunda amargura:

—¡Miseria!... ¡Miseria!...

...rrido
objeto ...
Un acred... de su consulta ... para hacer una op... ciudad cercana.

Pero a las dos horas present... un individuo en la consulta y dijo al ordenanza que se había encargado de reemplazar al ausente.

El ordenanza se convenció y le dejó entrar en el gabinete.

Todo el día permaneció en éste el sujeto en cuestión, y operó a 25 clientes.

Hizo extracciones y limpiezas y operó flemones maxilares.

Pero, no obstante las reclamaciones de los pacientes, negóse a aplicar anestésico alguno.

Contestaba invariablemente:

—No puedo. Es usted cardíaco.

Los gritos de los infortunados clientes llamaron la atención del ...

—¡Yo no ... para reemplazarme! — exclamó. ¿Quién será ese embustero?

Al poco rato empezaron a llegar clientes furiosos.

Todos tenían la cara hinchada y se quejaban de dolores agudísimos.

Se abrió una información y, poco después, se supo que el falso dentista es, en realidad, un loco escapado de un manicomio.

Varios de los pacientes a quienes operó se encuentran gravísimos.

El orgullo

Por Francisco de NION

Atardecía. El mar se coloreó súbitamente de malva, verde y rosa, y sobre la arena de la playa seguía el ritmo de las olas.

—¡Qué linda es!—me dijo Boisdragón señalándome con la mirada a una muchacha que atravesaba la playa.

Se trataba realmente de una joven encantadora. El tocado que llevaba sentada maravillosamente a su gracia, la completaba, la subrayaba. Se comprendía que aquella hermosa criatura estaba hecha para ir bien vestida. Recordé un momento y pude decir a mi amigo:

—Es miss Georgina Smollet, la heredera multimillonaria que ocupa la villa de Lianes, cerca del Grand Hotel.

—Ya lo sé—me respondió Boisdragón.—Me presentaron el otro día y bailé con ella en el casino.

La joven americana pasaba en aquel momento por delante de nosotros, y la saludamos quitándonos el sombrero respetuosamente.

—Sí, sí—repitió mi amigo;—es bonita. Y muy agradable también; tiene un ingenio delicioso, el ingenio de una francesa que tuviese dientes de inglesa. Temo haberme enamorado de ella locamente.

—Pues no tiene usted más que formar en la fila de pretendientes; con su nombre y su fortuna no se le puede acusar de ser un cazador de dotes. Ser marquesa de Boisdragón es cosa que viste en Nueva York lo mismo que en París.

fecciones. ¡Cómo la amaba! Y estaba tranquilo. Es verdad que el príncipe Adriani iba a su casa con frecuencia y a diario la obsequiaba en el campo de polo pero a mí me pertenecía por las mañanas. Ibamos al golf y al tennis, los dos solos, como camaradas. Pero de pronto...

—¿Qué ocurrió?

—Una mañana, cuando de regreso nos dirigíamos al automóvil que esperaba a miss Smollet, vimos tres niñas, muy bonitas, que llegaron con sus raquetas, seguidas de una *miss* o de una *fraulein* cualquiera. De pronto pasó por entre ellas un perro. Como hacía calor, llevaba la lengua fuera y un poco de espuma le blanqueaba el hocico... Y he aquí que las niñas se asustan y que escapan gritando que el perro estaba rabioso. La institutriz alza la sombrilla, el perro quiere lanzarse sobre ella... y llega el instante de mi intervención, que fué rápida, pues bastó que yo me acercase al animal para que huyese. Las niñas y su acompañante se tranquilizaron. Pero cuando volví al lado de Georgina quedé estupefacto al encontrarla con las mejillas encendidas y los ojos llorosos, y de improviso tuve la sensación de que acababa de revivir una escena del pasado. Me vi en casa de mis primas, la de Lurtal, con María, Gabriela y Ana, asustadas por un toro que embestía contra ellas y que yo pude desviar fácilmente. Su institutriz, miss Mary, se desmayó en mis brazos. Yo nunca me había fijado en aquella muchacha insignificante..., y he aquí que de nuevo se presentaba ante mí, con todo el esplendor de una b joven y radiante, en la perso Georgina.

Nuestras miradas se cruz relámpago surgió y miss Sm

—Sí; soy yo; usted no reconocido. Hace dos a aún no había hereda Smithson, y yo t casa de sus pri Pero usted no nunca. Yo no embargo...

donúa. Los modos en que comprendiendo lo que aquel hombre debía ser y lo que quería, correspondióle al saludo y, una vez a su vera, sonriendo benevolente, le indicó el bagaje y se caló el sombrero, emprendiendo la marcha en su seguimiento, rumbo al hotel.

II

La paz que se experimenta en la campiña canaria es patriarcal. Los días allí pasan plácidamente: ajenos al ruido de la humanidad que brega en constante preocupación. Así es que, no es de admirar que, en este pueblo de Guía, en donde ocurrió lo que a narrar paso, todo suceso, por insignificante que sea, no deja de comentarse y de tenerse presente hasta que otro de más importancia borre la impresión del primero.

En consecuencia, la visita del forastero al lugar, fué divulgada en el acto y los socios del Casino, asiduos jugadores al tresillo, como los afiliados al dominó, concurrieron esa tarde al mismo, mucho antes de la hora ordinaria para comentarla, para indagar el propósito que guiaba a aquel señor, que parecía un personaje, con su venida al pueblo.

Tartal, un mocetón de complexión hercúlea, coloradote, vistiendo traje de estameña de color de ratón, que pasaba por el más listo— y que, en efecto, lo era—no esperó más en saciar su curiosidad y allegóse, llevando el saludo de la sociedad, al forastero que se hospedaba en el hotel,

Una vez allí, y satisfecha la misma, regresó nuevamente al Casino y en medio del coro que...

...del mohoso piano, Tartal, y allí fué el disloque y los aplausos, mientras el pianista, poseído de su dominio del instrumento, arremetía la tocata de unas peteneras al estilo del país. El comisionista no pudo más de entusiasmo y alegría y, con un arranque espontáneo, abrazó a Tartal, llamándole ilustre e insigne músico.

IV

Se marchó el comisionista de vinos con rumbo a la ciudad.

Por aquel tiempo el diario "Le Petit Journal", de París, reproducía en uno de sus números el retrato del célebre compositor M. Camilo Saint-Saens y daba la voz de alarma sobre la desaparición del maestro, formulando una serie de hipótesis sobre el paradero más o menos probable; suplicando a quien lo supiera lo manifestara a la Dirección.

Esta alarma trascendió a la Gran Canaria y fué allí en donde se logró descubrir al maestro en la modesta personalidad del susodicho comisionista de vinos.

Descansaba el célebre autor de "Sansón y Dalila" de sus tareas y llegó hasta la Isla, internándose en sus campos, en busca de la tan anhelada paz.

Volviendo a Tartal, diré, que cuando se enteró por los diarios de la ciudad del verdadero nombre de aquel que tanto había aplaudido sus peteneras, su orgullo no tuvo límites.

Desde ese día, si algún extranjero aporta por el lugar, lo ... que ...



...espero.
...ero
Se ir... viejo ensueño!

Hoy la he visto al pasar. Sus dulces ojos
lo mismo que dos mágicos cerrojos
me abrieron el portal de las quimeras.

Toda la tarde se llenó de aromas,
y hubo como un revuelo de palomas
sobre el olvido de mis primaveras.

Manuel PALACIOS.

Entre Ríos.

LA ARAÑA MAS VENENOSA

El latrodecto, muy abundante en Italia, donde le llaman "malmignatta" es probablemente la araña que ha dado origen a la fábula de la tarantela, basada acaso en las convulsiones que siguen a la mordedura del temible animalejo. En España existe también, notándose que es mucho más abundante en las regiones y años que abunda la langosta. Las hembras son realmente las únicas a que hay que temer; el macho, mucho más pequeño no puede atravesar la piel human... sus ganchos venenosos, y ... guiente, es inofensivo... costumbres noctu... sus movimient... las piedr...

medio de esta operación, una de las arañas echó a correr por el brazo de aquel individuo y le picó cerca de la muñeca. El infeliz empezó a gri... temblando como un azogado, ojos fuera de las órbitas ... de espantosas convulsio... das de vómitos y suil... cha dificult... vida, v...

...na que nos la pida,
...odeína Montagu, y nos
...llas para franqueo.

..., Mauricio, de haber en... ...lo así en su casa.

—Al contrario. Es muy divertido.

—¡Qué tonta debo de haberle parecido!

—Está usted encantadora, y le agradezco que haya pensado en mí.

—¿Me da usted un poco de agua? ¡Tengo una sed!...

Mauricio abrió un armario y sacó unos vasos y una botella de Porto.

—Beberemos una copita.



Viejos rincones olvidados

La casa de Balcarce

Por Germán GARCÍA HAMILTON



Un pintoresco rincón del patio.



Entrada principal de la casa de Balcarce, en la calle del mismo nombre N.° 161.



Ventana de la habitación en que nació el malogrado poeta Florencio Balcarce.

Placa conmemorativa, que señala el histórico edificio.

Nuestro calendario histórico, acaba de señalar un nuevo aniversario patrio: el día del nacimiento del general don Antonio González Balcarce, ocurrido el 13 de junio de 1775, en la vieja casa que aún se levanta, señalada con el número 161, en la calle que honra la memoria del prócer. En cuanto a las cenizas de este héroe de la independencia, cuyo fallecimiento se produjo también en su ciudad natal el día 5 de agosto de 1819, reposan en la iglesia de Santo Domingo.

Las exigencias, muy explicables del progreso, y ese espíritu de incesante renovación, que caracteriza a todos los pueblos jóvenes, han hecho que nos merezcan muy poca consideración, los vestigios materiales de épocas pasadas. La especulación comercial, por otra parte, no entiende de sentimentalismos patrióticos ni de románticas evocaciones. De ahí que, tanto en Buenos Aires como en las demás ciudades del país, se conservan escasísimos restos de la edificación colonial, sobre todo en lo que se relaciona con la vida íntima de nuestros próceres y con los sucesos trascendentales en que aquellos actuaron.

Admitiendo que haya sido una imperiosa necesidad de nuestro embellecimiento urbano,—muy lamentable, por cierto,—la mutilación del viejo edificio del Cabildo, que debería ser, en la actualidad, nuestro museo histórico, por lo menos se pudo haber salvado, con muy pocas modificaciones arquitectónicas y sin grandes gastos para el erario público, la casa en que se juró la independencia argentina,—venerable construcción de la que sólo resta en pie la pequeña sala que sirviera de recinto a la memorable asamblea de 1816.

Aún no hace muchos años, esos vetustos muros tan llenos de recuerdos, se levantaban todavía, en Tucumán, donde nos fué dado contemplarlos, con respetuoso cariño, presenciando, más tarde, su caída.

¿Y qué decir de la casa en que nació el libertador de medio continente? ¡Da pena el pensar que ni siquiera se sabe hoy, a ciencia cierta, el lugar preciso en que vió la luz por primera vez el Gran Capitán de los Andes!...

No tan infortunado como el techo paterno del general don José de San Martín, ha sido el del vencedor de Suipacha. Sin embargo, cualquier día le veremos desaparecer también, estrechado y desalojado por los codazos del progreso, para dejar plaza a otras construcciones de no tan noble prosapia histórica.

Del antiguo caserón solariego en que nació el general Balcarce,—que llegaba hasta la calle de la Victoria,—sólo resta hoy la parte central, ocupada por algunos escritorios comerciales y por la familia encargada de la custodia del inmueble. Este ha pasado a manos de la Sociedad de Beneficencia; benemérita institución que la obtuvo por legado testamentario de una ilustre dama de abolengo patricio, vinculada a las familias del general San Martín y del héroe de Suipacha.

En las fuertes rejas coloniales que aparecen frente al amplio zaguán, de gruesas puertas centenarias, se enredan plantas trepadoras, que contribuyen a dar más arcaico matiz al cuadro intensamente evocativo. Una honda sugestión de época y ambiente, fluye de aquellos hierros enmohecidos y de aquellas descascaradas paredes, entre las cuales se respira un vaho de antigüedad y de leyenda.

Es lástima, sin embargo, que la fachada haya sufrido modificaciones modernizadoras que le quitan mucho de su carácter primitivo, típicamente colonial, suprimiéndole, entre varios otros detalles de estilo y ornamentación, su antiguo alero de musgosa teja española, que ha sido sustituído por un parapeto anacrónico.

El recio maderamen de las puertas, techumbres, etc., es el mismo, en su mayor parte, que ha visto ya la luz de tres centurias!...

En el rincón que cuadra al patio, a mano izquierda, álzase, sobre el cuerpo bajo del edificio, una pequeña habitación con ventana enrejada, donde, según la tradición familiar, nació el poeta Florencio Balcarce, muerto prematuramente en Europa, cumpliéndose así el triste presentimiento de aquella lírica despedida que comenzaba: "Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós!" Ingenuas y sentimentales estrofas, que hicieron derramar más de una lágrima a la romántica generación del malogrado vate porteño.

¿Por qué, nosotros, que tanto necesitamos fortalecer nuestro claudicante nacionalismo, no miramos con más amor estas cosas tan nuestras, volviendo de vez en cuando, una mirada hacia el pasado? Bienvenidas sean todas las progresistas innovaciones que nos llegan del exterior y que surgen del propio cosmopolitismo; pero a condición de conservar y enaltecer las grandes virtudes raciales, los fuertes rasgos matrices, las glorias y las tradiciones nativas. Hay que mostrar, a la curiosidad extranjera, como ocurre con los viejos pueblos de Europa, eso que fué genuinamente nuestro, que señala el origen de nuestra nacionalidad, que nos pertenece por derecho de herencia. Salvemos de la devastación y de la muerte, por lo menos a esas pocas reliquias ancestrales, que se mantienen todavía en pie, tambaleantes y tímidas, como avergonzadas de su decrepitud y de su pobreza, en alguno que otro rincón olvidado, de esta enorme cosmópolis.

El gobierno de la nación debería hacerse cargo de ellas, restaurándolas en lo posible, para que las futuras generaciones argentinas, pudieran comparar mejor el presente con el pasado.

La historia necesita documentarse no sólo con papeles que acrediten la veracidad de los hechos, sino también objetiva y arqueológicamente.

Así ha podido conocerse con mayor exactitud la característica de las más remotas civilizaciones, y el espíritu investigador de los pueblos cultos no cesa un solo instante de desenterrar vestigios de antiguas edades, porque esas piedras y esos monumentos, que vuelven otra vez a ver la luz, exhumados de sus seculares sepulturas, son otras tantas páginas de la historia universal, tan llena de útiles enseñanzas y de sensacionales revelaciones.



DE LA VISITA DEL PRINCIPE DE GALES A SUD AFRICA



El heredero del trono inglés, en Kumarsi, Esbanti, Africa, donde fué saludado por jefes que llegaron hasta él bajo un quitasol. El príncipe y su séquito, vestidos de blanco. Le fué regalada al visitante una espada de oro fabricada en el país.



Una bailarina indígena, bailando delante del príncipe de Gales, en Freetown, Sierra Leona.



"El Príncipe de Gales", fotografía de un cuadro de A. J. Mannings.



A la izquierda: Bongen, una famosa bailarina indígena, bailando ante los visitantes europeos.



El heredero inglés recibe un saludo de bienvenida de la ciudad de Bathurat. El príncipe está acompañado por el gobernador de la colonia, capitán Cecil Armitage.



Football

San Lorenzo de Almagro v. Liberal Argentino

Sportivo Barracas v. Boca Alumni



Vista de la tribuna popular del Liberal Argentino, durante el partido que jugaron los primeros equipos de ese club y de San Lorenzo de Almagro.



San Lorenzo de Almagro, ganador, por 2 a 1.



Liberal Argentino, perdedor.



Frente al arco de Sportivo Barracas, en el partido entre éste y Boca Alumni.



Otra incidencia del mismo match.



El team de Sportivo Barracas que empató 0 a 0.



Boca Alumni, adversario del anterior.

El partido no pudo terminar por haberse producido una incidencia que motivó su suspensión, a los 20 minutos del segundo período.

Fots. Gi[illegible]

ALREDEDOR DEL MUNDO



Uno de los últimos retratos del rey de Italia, quien recientemente festejó el XXV aniversario de su advenimiento al trono.



La entente cordial franco-inglesa. El soberano inglés coloca una corona en la tumba del Soldado Desconocido. Detrás de Jorge V, están el mariscal Foch y el general Gouraud.



Mapa de los Estados Unidos, formado con dos mil estudiantes de una escuela de estudios superiores de San Francisco de California. Diez jefes dirigían la movilización que requirió cuarenta y cinco minutos para terminarse.



Bailando la danza del avestruz. Las componentes del ballet Alexander Oumausky, ensayando el nuevo baile en que se imitan las actitudes y movimientos del avestruz.



En el centro de la Comunidad Judía en Washington.—El presidente Coolidge pronuncia un discurso en el edificio que ha sido inaugurado y que costó 500.000 pesos.



Estado en que quedó la Catedral de Santa Sofía, después de haber hecho explosión dos máquinas infernales que mataron a 200 personas e hirieron a infinidad más. El atentado se cometió mientras se realizaban los funerales por el general Georghieff, miembro de la cámara de diputados, quien había sido asesinado en las calles de la capital de Yugoeslavia.



DE LA BRILLANTE FIGURACION DEL VICE ALMIRANTE JUAN PABLO SAENZ VALIENTE, RECIENTEMENTE FALLECIDO



Ministro de Marina del presidente de la Plaza. — Dirigiéndose al Tedéum, en compañía de sus colegas de gabinete, los doctores Rosa y Mujica, y el señor Ezequiel Ramos Mejía.



Retirándose del destróyer "Córdoba", con el presidente Roque Sáenz Peña, del que también fué ministro de Marina.



En Palomar, con el ingeniero Alberto Mascías.



En el Arsenal de Río Santiago, con el almirante Domecq García y el contraalmirante Mario Martín.



Después de realizar una visita de inspección al transporte "Chaco".



En el cañonero "Paraná", frente a la isla Martín García, con el señor Juan José Biedma, y el auditor C. Risso Domínguez.

EN LA MASONERÍA ITALIANA



En el templo masónico de la calle Río Bamba, 48, durante las honras fúnebres a la memoria del ingeniero Tito Luciani.

DEMOSTRACIÓN AL INGENIERO FRANCO RE



Concurrentes al banquete ofrecido al ingeniero Franco Re, por la dirección y personal superior de las secciones artes gráficas de la Compañía General de Fósforos, con motivo de su viaje de estudio a los Estados Unidos.

VIDA ESTUDIANTIL



Alumnos de 3.er año del Colegio Nacional Buenos Aires, que en compañía del profesor de dibujo, señor Pedro Roca y Marsal, realizaron una excursión de estudio a La Plata. En esta fotografía aparecen los jóvenes Héctor D. Mari.., Miguel Solari, H. C. Malugani, A. Pagionatto, H. Pagniez, profesor Pedro Roca y Marsal, Enrique Lagrenade, Víctor Correa Luna, L. J. Urtizberrea, G. Galante, C. Casares y J. Rodríguez Aime.

GENTE MENUDA



Daniel Alejandro Blanco.

NECROLOGÍA



Placa colocada en la tumba de Vicente Albano, recientemente, obra del escultor Manuel Vercelli.



Señora Virginia B. de Roncoroni.



Señorita Carmen E. Domenech.



LA PAGINA DE LAS CURIOSIDADES



Una nueva forma de locomoción, ideada por la pequeña Karew Edwards, de Park Avenue. El perro proporciona la fuerza motriz.



MUSICA AÉREA. — Guy Stevick y Bob Carpenter, tocando harmónicas mientras son izados por la grúa hasta el piso 22 de un rascacielo de Manhattan, donde se estableció el ''récord'' de construir diez pisos en otros tantos días.





Lobo Gris, perro de policía perteneciente a la señora Morris Fitzgerald, de Springfield (Massachusetts), colocando una carta en un buzón de correos. Una de las habilidades que le han sido enseñadas.



Otro perro que no es manco, muerde un bastón en el cual se afirma un señor jove, de más talla.

Un conjunto brillante de artistas destacados, reunidos en un mismo escenario

El Circulo de la Prensa los congregó en su ya famoso festival, que este año alcanzó un éxito que puso bien en evidencia los prestigios de la entidad periodística.



Maurice Chevalier e Ivonne Vallée, del teatro Porteño, que la inolvidable noche de la fiesta obtuvieron en el Coliseo, un triunfo rotundo.



Al lado de Lola Membrives, la incomparable primera actriz, María Melato, famosa y consagrada en todos los escenarios; Angelina Pagano, una de las primeras figuras del teatro nacional; Blanca Pozas, la excelente tiple cómica; Gloria Bayardo y Mecha Delgado, formando uno de los tantos y variados conjuntos de la fiesta.



Clara Milani, una de las primeras tiples del Ideal y el cuerpo de baile y segundas tiples que tuvieron a su cargo el cuadro: "Hagan juego, señores...", de la revista "Con todas las de la ley".



Enrique Muiño, con su gracia inimitable cautivó al público recitando el monólogo "Lengua de trapo", que le valió una de las más grandes ovaciones de la noche. Le acompañan Manolita Poli y Rosa Catá, del teatro Nacional.



Nicolás Fregues, Angelina Pagano, Aníbal Betrone, Lola Membrives y Manuel Soto.



Vera Vergani, por tantos públicos consagrada primera actriz y Ruggero Lupi y Sergio Tofano, no menos famosos, cuyo valioso concurso en el festival, premió la sala con entusiastas aplausos.



De pie, de izquierda a derecha: Iris Marga, Clara Milani, Carmen Lamas; sentados: Arcady Boytler, Gloria Guzmán, Concepción Sánchez y Margarita Blanco.



José J. Podestá y sus compañeros del Hippodrome, que al bailar el pericón nacional, en forma impecable, pusieron una nota criolla de intensa emoción.



Otros ases: Eduardo Risler, Berta Singerman y Miguel Llobet.



La comisión del Circulo de la Prensa, organizadora del festival: Andrés Romeo, Ernesto Marchese, Ernesto Escobar Bavio, Emilio Dupuy de Lome y Angel Escobar Bavio; Paco Ruiz París, el director de escena, que cumplió la pesada tarea con toda eficacia y acierto, y José Bohr, el popular y aplaudido cancionista, anunciador oficial.



Un buen cuarteto femenino del teatro de la Comedia.



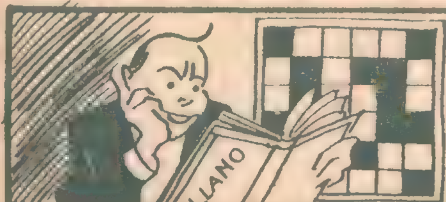
Angelina Pagano.



Espléndido motivo floral, hecho expresamente por "La Diamela". Fué uno de los adornos del teatro que mereció más entusiastas elogios.

Foto R. Otero



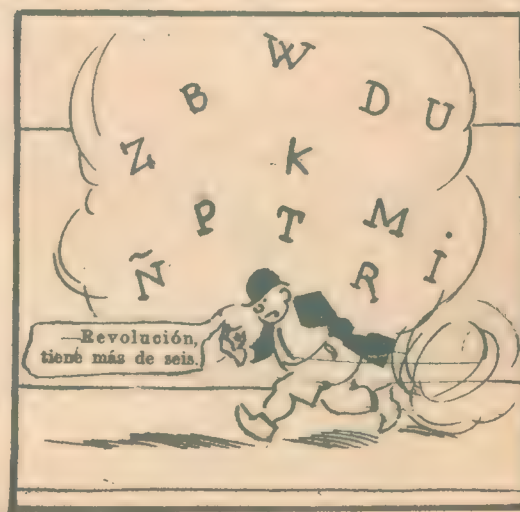


PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí, *por Blay*

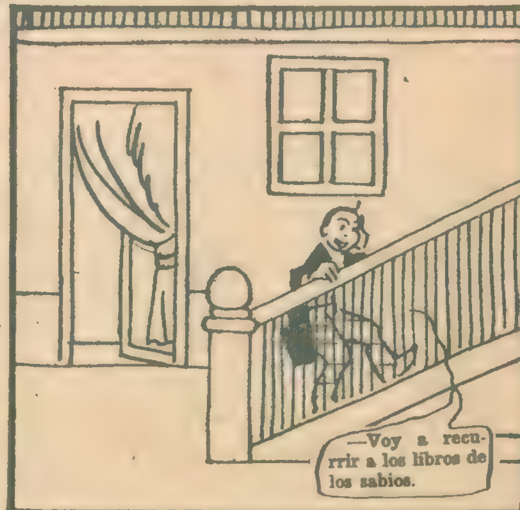


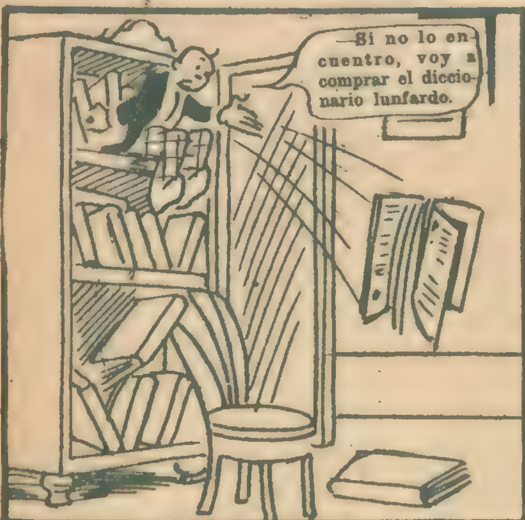


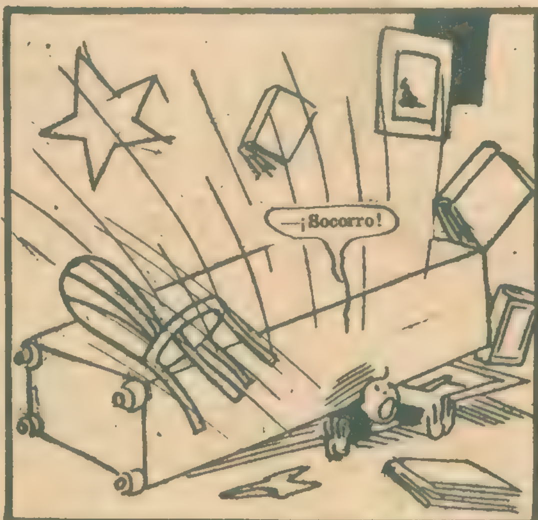


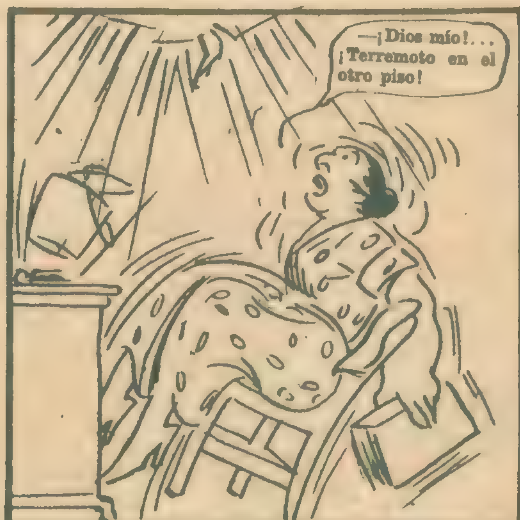




















El gobierno de Santa Fe.—Su primer año administrativo



El gobernador de la Provincia, señor don Ricardo Aldao.



Doctor Héctor S. López, ministro de Gobierno Justicia y Culto



Doctor Luis M. Urdániz, ministro de Instrucción Pública y Fomento

El gobierno que en la provincia de Santa Fe preside el ciudadano don Ricardo Aldao, acaba de cumplir un año de existencia. Los documentos oficiales relativos a la gestión realizada en ese período, dicen que ella no ha sido estéril, en cuanto ha logrado la efectividad de varias iniciativas progresistas que importan obras beneficiosas para el Estado. Todo esto a despecho de influencias contrarias al proceso normal de la labor administrativa que se vió entorpecida por la inercia de los cuerpos colegiados, desde que ninguna de las dos cámaras trabajó. El Ejecutivo, no obstante, mostró un plausible empeño para que no demorase el cumplimiento de las promesas que tenía contraídas, y así pudo satisfacer, en la medida que las circunstancias lo permitieron, muchas necesidades públicas señaladas con carácter de apremio. Construcción de nuevos edificios para escuelas fiscales, mejoramiento de los sistemas de vialidad con la extensión de caminos y apertura de otros nuevos, ampliación de los servicios del crédito oficial, mediante la creación de sucursales del Banco de la Provincia, reorganización de la enseñanza primaria, de acuerdo con lo últimos adelantos de la ciencia pedagógica moderna, selección de policías, creación de numerosos dispensarios médicos gratuitos para defender la salud de las poblaciones del Norte castigadas por las epidemías, todo eso acredita, en síntesis, que el gobierno del señor Aldao ha hecho obra útil. Podría agregarse que la administración está al día con todos sus servidores y que las obligaciónes correspondientes a las deudas interna y externa, se atienden con la mayor puntualidad, así como también que en la inversión de la renta domina una severa parsimonia.

No dejan de reconocer los gobernantes que los saldos del balance, a esta altura del período constitucional no responden del todo a las esperanzas con que llegaron a sus funciones. Hablando con el gobernador y sus ministros se obtiene de todos ellos la impresión de que los anima un honrado y patriótico anhelo de hacer más.

Leales al orden político que les dió sus investiduras, sería indiscreto pedirles que se pronuncien contra los causantes de la atonía que envuelve los resortes de la máquina fiscal. Y si pudieran hacerlo, acabarían por confesar lo que ya pertenece al común discernimiento, a saber: que las situaciones nacidas de los esfuerzos de la democracia hallan en los intereses que organiza este principio, el mayor obstáculo para moverse. Es fácil organizar en los llanos las multitudes y llevarlas a la conquista del Poder, pero es muy difícil gobernar exclusivamente con ellas.

Emilio Dehais, en su libro relativo al gobierno de Francia, afirmaba que la Democracia debía ser todo en un país; que si otra tendencia tomaba parte en la dirección de las cosas del Estado, no había ya Democracia en ese país. Y Guizot, para quien los males de Francia consistían en lo que él llamó "idolatría democrática", replicaba: "¡No! La Democracia no es todo en el hombre ni en la sociedad. Si usted pretende dar a la Democracia o a la aristocracia una denominación exclusiva, Dios se venga de la violencia que usted hace a su obra, es decir, a la constitución natural y primitiva de la sociedad como del hombre, y por premio recoge la Anarquía y la Dictadura."

De aquí se puede seguir que lo que le ocurre al gobierno del señor Aldao es un fenómeno común al de todos los gobiernos de su misma enjundia. La Democracia, que no tolera despotismos ni tiranías, al menos en estos tiempos, exagerando el espíritu de discusión respecto de lo que ella misma crea, da lugar a que se produzcan esas divisiones siempre fatales de los poderes que debieran actuar unidos, en razón de su origen idéntico. Ya no hay Ejecutivos capaces de hacer de las legislaturas instrumentos domésticos, con buenas o malas intenciones, ni parlamentos dispuestos a obedecerles, aun cuando sus miembros reconozcan las sanas inspiraciones de aquellos. Es por lo tanto ridículo cargar a la cuenta de un gobernador la parálisis de los organismos representativos como es injusto exigirle que haga en términos angustiosos una administración brillante sin la indispensable colaboración legal.

Llegará para los órganos de la opinión pública que ahora forman las oposiciones, la hora de turnarse en el manejo de la cosa pública, y habrán de luchar con las mismas dificultades que traban la acción del radicalismo.

Con un espíritu de modestia, que mucho le honra, el gobernador de Santa Fe, declinó los halagos de un homenaje colectivo que se pensaba tributarle en ocasión del primer aniversario de su mandato Declaró que no había llegado el momento de recibirlo y qué sólo se inclinará ante la voluntad de sus gobernados el día que abandone sus funciones con la satisfacción de haber completado la obra que se propuso realizar. Los antecedentes personales y públicos del señor Aldao abonan la sinceridad de sus palabras. Es un hombre íntegro e inteligente, a quien rodean las consideraciones conquistadas en una larga y prestigiosa actuación política y social. Llevado a raíz de un libérrimo pronunciamiento de todas las fracciones de su partido, a una posición que nunca ambicionó ha sabido asegurarse la colaboración de hombres ágiles para las disciplinas gubernativas que gozan de toda su confianza. Tiene en el vicegobernador, don Juan Cepeda, ciudadano enérgico, hábil y discreto, un elemento ponderable, cuyas felices inspiraciones contribuyen a la solución de graves problemas de gobierno.

Integran el gabinete tres hombres de vasta preparación: los doctores Héctor S. López, Luis M. Urdániz y Félix Roca. El primero que fué vicepresidente de la Cámara de Diputados de la Nación, goza de grandes simpatías populares. Se le quiere por la nobleza de sus sentimientos y el espíritu de justicia con que produce todos sus actos. Es una sólida reputación.

El doctor Urdániz posee la virtud del trabajo que orienta con el auxilio de una inteligencia vivaz. Tiene la obsesión de su tarea y una gran fe en la acción futura del gobierno.

Cabe decir, como el mayor elogio del doctor Roca, que en él ha encontrado esta situación oficial un puntal de primer orden, si ha de juzgárselo por el celo que pone en defender el tesoro y asegurar, con un régimen de extraordinaria economía, el reinado de los siete bovinos gordos del período faraónico.

Tres hombres jóvenes y de talento indiscutible acompañan a los ministros en las subsecretarías de los respectivos departamentos: el señor Carlos Alberto Pita y los doctores José Luis Busaniche y Jaime Soler. Tienen ellos la dirección de la complicada máquina interior de la administración y son, en las ausencias de los titulares, sus eficaces reemplazantes.

El Gobernador de la Provincia de Santa Fé

He puesto toda la honradez y sinceridad de mi vida en el ejercicio de las funciones del Gobierno; y no tengo como mandatario del pueblo, otro anhelo que el de contribuir á su felicidad.

Ricardo Aldao

Despacho Junio de 1925

Autógrafo



Doctor Félix Roca, ministro de Hacienda, y nuestro representante el doctor José Benedetti



Doctor José L. Busaniche, subsecretario de Instrucción Pública y Fomento.



Señor Carlos Pita, subsecretario de Gobierno, Justicia y Culto

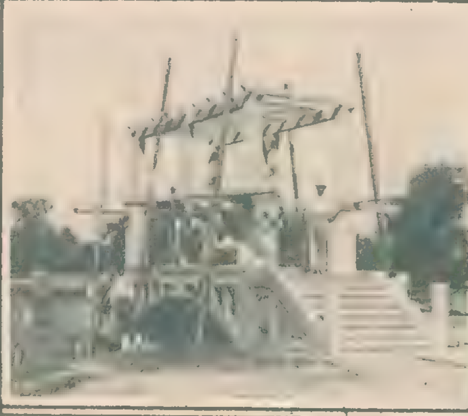


Doctor Jaime Soler, subsecretario de Hacienda.

PROGRESOS EDILICIOS DE LA CAPITAL SANTAFESINA



Ingeniero José Urbano Aguirre. Intendente municipal.



Parque "Juan de Garay". Puente sobre un arroyo artificial.



Detalle del muro de contención en el "Paseo Oroño".

Parece que Santa Fe quisiera rehabilitarse de su antigua denominación de "la ciudad de las largas siestas". Y, así, la sorprendemos, en el tumulto de un violento despertar, marchando aceleradamente,—como pretendiendo recuperar el tiempo perdido,—hacia una completa renovación. La vieja aldea, después de sobrepasar los cien mil habitantes, ha entrado en un período febriciente de labor, propio de los grandes organismos animados de potente vitalidad.

Un núcleo de hombres resueltos,—a cuyo frente encontramos, descollando en primer término, la personalidad, bien templada en las luchas del trabajo, del actual intendente, ingeniero José Urbano Aguirre, secundado por el activo secretario Néstor Soto y demás miembros de la comuna,—tiende, por todos los medios, a colocar la antigua ciudad de Garay, al nivel a que es acreedora tanto por su pasado histórico como por su posición estratégica para todas las manifestaciones del norte del país.

Exponentes sinceros de ese intenso empuje rejuvenecedor, son los grandes y numerosos edificios en construcción, entre los cuales, para realzar la nota de modernidad, la mole inicial de un soberbio rascacielo comienza a diseñar, de calle a calle, su imponente silueta en el norte de la ciudad, con frente sobre la arteria máxima.

Resultaría interesante seguir todas las fuerzas, que, en breve plazo, modernizando lo añejo, han transformado en ciudad nueva, llena de mercados, talleres, fábricas, usinas y chimeneas, los incultos campos circundantes, donde, hasta hace poco, corrían, al atardecer, las vizcachas y toda suerte de alimaña tenía sus guaridas en los primitivos pencales, allí existentes. Pero no siendo ese el fin de esta crónica, nos limitaremos poner de relieve una sola de esas fuerzas, sin duda la más decisiva: la acción desplegada por la intendencia actual, de la que se puede afirmar, sin deprimir la meritoria administración de las pasadas, que es la que acabadamente corresponde en un todo, al momento fecundo porque atraviesa aquel importante centro del litoral argentino.

Nada mejor para nuestro objeto que una recorrida por la ciudad, cosa que, de un extremo a otro, hacemos sobre asfalto, que, en menos de un año, ha invadido las calles céntricas y las plazas 25 de Mayo y España. Con los trabajos que se están realizando y con las nuevas licitaciones de más de cuatrocientas cuadras, entre asfalto, granito y adoquín de piedra, no sólo se llenarán las exigencias urbanas, sino que la pavimentación se alargará a la campaña vecina por el camino del cementerio, y por el que conduce a la pintoresca villa de Guadalupe a 5 kilómetros de distancia.

La urbanización del municipio con el trazado de avenidas, plazas, apertura de calles y regularización de diversas arterias ha sido motivo de especial atención por parte del D. E. Municipal. A ese fin se formalizaron numerosos contratos por expropiación de los terrenos necesarios, principalmente para delinear la gran Avenida Libertad, la no menos importante Avenida Córdoba desde el Boulevard Pellegrini a la calle General López; y para la ubicación de la plaza Sargento Cabral en las florecientes barriadas del Norte. Digno de elogio es el proyecto de una gran verja de hierro al Sud de la Avenida Alem, en dos calzadas y con jardines centrales, próxima a pavimentarse. Esta verja cerrará el límite de los terrenos del puerto en toda la extensión de la Avenida, y en su lado Norte se abrirán las calles del progresista barrio Candioti, actualmente clausuradas, en su desembocadura sobre dicha Avenida, por el F. C. S. F.

Las plazas y paseos públicos, desde hacía tiempo descuidados, han recibido un notable impulso como se observa, entre otros, en el Parque Juan de Garay, que, en una superficie de 36 hectáreas, constrúyese en el Este de la ciudad. Se ven ya terminados tres hermosos lagos artificiales, unidos por artísticos puentes, el trazo de las avenidas, las plantaciones de árboles, la construcción de los jardines y un espacioso rosedal. Este lugar de esparcimiento contará, además de grutas, islas y montañas artificiales, con una piscina de natación, un anfiteatro al aire libre y un gimnasio escolar.

Obra monumental de embellecimiento es la que se lleva a cabo en el Parque Oroño y sus alrededores, donde se está completando el rellenamiento de la extensión ganada a la laguna Setubal, sobre el muro de contención. El departamento de Obras Públicas activa la ornamentación del citado parque, de donde arrancará, hacia el Norte y a lo largo de la costa, la amplia Avenida Libertad; a este efecto se ha firmado contrato con la empresa Waytes y Fridman para la continuación del muro de contención, desde el soberbio puente de las Obras de Salubridad, próximo a inaugurarse, hasta el puente del F. C. S. F. Estas ampliaciones, que deberán concluirse en el plazo de un año, en doble planometría, a alto y bajo nivel, harán que la futura avenida tenga dos espléndidos paseos, uno para vehículos y otro para peatones, en medio de un ambiente lleno de seducciones y encantos ante el panorama siempre espléndido que ofrece la poesía de las islas y de las aguas.



Intendencia municipal.

Estos trabajos y los ejecutados en el primitivo Boulevard Gálvez, completamente metamorfoseado en sus jardines y total repavimentación de sus dos calzadas, y con la construcción de la gran pérgola, o rosedal, frente a la imponente estación terminal del F. C. Central Norte, dan una idea de la obra edilicia emprendida por el actual intendente y sus colaboradores.

Además del problema de los desagües, próximo a resolverse, y de la instalación de los cables subterráneos para el alumbrado en las Avenidas Alem, Libertad y paseos Gálvez y Oroño, preocúpase el Intendente de la luz para los suburbios. Debido a sus gestiones, la Usina de los tranvías llevará su red a los barrios Progresista, Osser, Francia, Pancheand y Kilómetro 2, y la Municipal a los de Roma, Centenario y todo el Oeste.

En otro orden de iniciativas podemos anotar el cambio de la actual numeración y nomenclatura del municipio por otra uniforme, la reglamentación de la anchura y carga máxima de los vehículos, el empadronamiento de todas las propiedades, la celebración de contratos con el puerto y Obras de Salubridad para el suministro de energía por la usina municipal, el diligenciamiento de los juicios tendientes a esclarecer los derechos municipales sobre los terrenos del Rincón, Colastiné y la Guardia y otros muchos que redundarán en beneficio de la comuna.

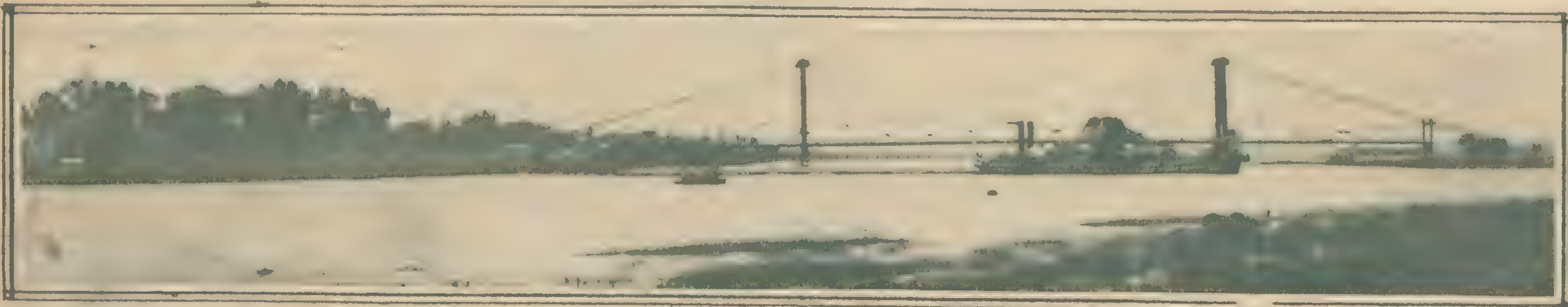
La higiene, ampliamente favorecida por los progresos consignados, se atiende por una de las asistencias públicas mejor organizadas del país, a cuyo frente se distingue el notable facultativo Dr. Echagüe Cullen.

Quien se compenetre del alcance de la obra reseñada, tendrá un concepto de las múltiples energías puestas en juego por el intendente, ingeniero José U. Aguirre, persona sencillísima, de exquisitos modales y que, durante su larga permanencia en Estados Unidos, supo acumular enseñanzas, que traducidas luego en reformas y adelantos positivos han tenido la eficacia de despertar a la ciudad, que parecía estar esperando al hombre que, comprendiéndola, la sacara del pesado rutinismo donde el recelo por toda novedad constituía una de sus principales características.

José BENEDETTI.



Dr. Echagüe Cullen, director de la Asistencia Pública.



"Paseo Oroño". "Avenida Libertad" y puente de las Obras Sanitarias sobre la Laguna Setubal.



BOX, TURF, AVIACION Y OTROS DEPORTES



Gine Tunney, cortando leña con un hacha durante sus ejercicios de entrenamiento para su combate con Tommy Gibbons, en el que resultó vencedor.



UNA INVENCIBLE COMBINACIÓN. — El caballo Larazen, de Mrs. William K. Vanderbilt, ganando el Dixie Handicap de Pinlico, con un premio de 25.000 pesos oro, con Spot Cash y Joy Smoke, detrás.



PAAVO NURMI BATE TRES RECORDS MUNDIALES. — El finlandés, situado en el extremo de la derecha, que resultó vencedor en la carrera de milla y media, en la de 1 y ¾ y en la de 2.000 yardas.



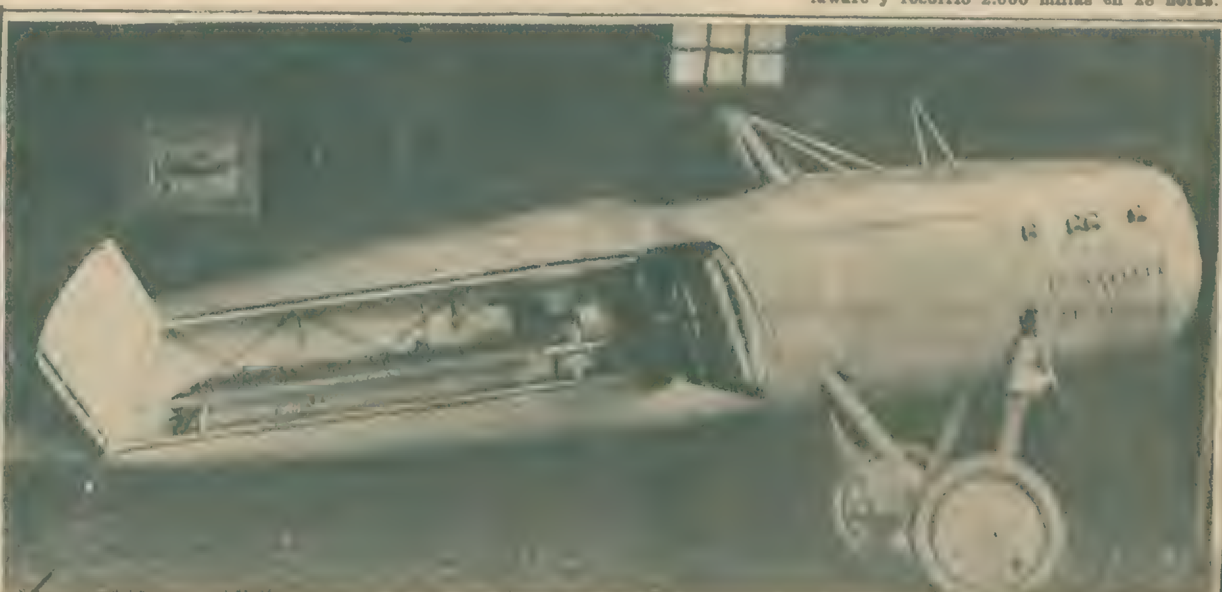
Practicando su deporte favorito. — Un miembro del Wenonah Canoe Club, de Nueva York, atravesando un salto en una canoa india durante la carrera de 40 millas.



Teniente C. H. Schildhaner, piloto del hidroavión P. N. G., que batió el "récord" mundial de permanencia en el aire. Voló sobre el río Delaware y recorrió 2.000 millas en 28 horas.



George Mastagilo, cruzando el primero la raya en una carrera de 440 yardas, en un torneo realizado en el Tech Field de Cambridge.



Una ambulancia aérea, exhibida en la Exposición Médica y Sanitaria de Val de Grace, en París. Se ve dentro la camilla para conducir a una persona.



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Dorothy Dalton y Charles de Roche, en una escena de ''La ley de los que no tienen leyes'', producción que Max Glücksmann presentó el domingo último.



William Desmond y Margarite Clayton, en una escena de ''Las buenas intenciones'', cinta que estrenará la Universal el 30 de junio.



Pauline Frederick y Conrad Nagel, en una escena de ''El flirt matrimonial'', cinta que la Corporación distribuye desde el sábado.



Edward Horton y Hellen Herone Eddy, en la comedia ''¡En vuestro honor, damas!'', que mañana estrenará la Paramount.



Escena de ''Ricitos'', producción Fox, con Shirley Mason como protagonista, que será estrenada el jueves próximo.



Escena de ''Buscándola en la vida'', cinta que distribuirá la New York Film, desde el 25 de junio, y de la cual son protagonistas Harrison Ford y Rosemary Davies.



En primer término: Ramón Novarro y Alice Terry, protagonistas de la superproducción de la Sociedad General ''Scaramouche'', cuyo próximo estreno dará una de las más serias notas de arte del año.

"EL MILAGRO DE LOS LOBOS"











En el Colón presentará próximamente Artistas Unidos la notable producción cinematográfica francesa "El milagro de los lobos", con música del compositor Rabaud, del cual nuestro público conoce la deliciosa ópera "Marouf, zapatero del Cairo". Con esta película el séptimo arte encontró consagración en el primer teatro parisiense: la Gran Opera, asistiendo a su estreno el gobierno y todas las notabilidades oficiales y artísticas de Francia. Nuestra nota gráfica reproduce: I, Vanni Marcoux, en el papel de Carlos "El temerario". II, Escena de la cinta interpretada por Romuald Jowe é Ivonne Sergyl. III, La protagonista Mlle. Ivonne Sergyl. IV, Luis XI, en medio de sus tropas, que le creían muerto. V, M. Mailly en el papel del Duque de Borgoña.

Solución del problema de palabras cruzadas.

"SCARAMOUCHE"

■	1 M	2 I	3 R	4 A	■	5 A	6 O	7 J	O	■
8 F	■	9 N	O	V	10 A	R	R	O	■	11 L
12 I	13 R	■	14 S	O	L	A	S	■	15 Ñ	O
16 L	A	17 R	■	18 S	E	R	■	19 L	U	Z
20 O	P	U	21 S	■	A	■	22 Ç	U	B	A
■	23 O	S	A	R	■	24 L	O	T	I	■
25 A	S	A	N	■	26 S	■	27 L	O	L	28 A
29 L	A	S	■	30 G	A	31 S	■	32 S	E	R
33 A	S	■	34 S	A	L	I	35 O	■	36 S	O
■	■	37 L	E	Y	■	38 L	I.	39 O	■	■
40 S	C	A	R	A	M	O	U	C	H	E

La sensación del año.

Programa AJURIA especial

SOCIEDAD GENERAL CINEMATOGRAFICA

"Fray Mocho"

en su número correspondiente al 30 del mes en curso, publicará

"JUGUETE DEL PLACER"

una novela corta, en base de la cual la Paramount presentará un film extraordinario, interpretado por la más célebre de sus estrellas: GLORIA SWANSON.



DEL INTERIOR



RUFINO. — Fiestas mayas. Grupo de niños de la escuela fiscal N.° 172, después de realizados los actos conmemorativos del día patrio.



REMEDIOS ESCALADA. — El presidente de la comisión de festejos patrios, concejal Venancio Minondo, con los demás miembros de aquella.



A la salida del Tedéum.



LUJAN. — Niños del primer grado, a quienes se sirvió la "copa de leche" en la Escuela N.° 2.



TUCUMAN. — Reunión del Centro de Almaceneros Minoristas, durante su visita a la Cervecería Quilmes.



NEUQUÉN. — El encargado del despacho de la gobernación, señor Staub, el juez letrado, Dr. Ortiz y demás autoridades escuchando los discursos al pie del monumento a San Martín.



SAN LUIS. — Procesión cívica, que organizada por los alumnos del 4.° año de la Escuela Normal se realizó el 24 de mayo, por la noche.

Fots. de Della Mattia, Vázquez, Martínez, Saccone, Rigaluppi y La Vía.



CON VALIOSAS ALHAJAS FINAS
de oro y brillantes y con espléndidos objetos de arte y fantasía, de evidente buen gusto, obsequiamos a las señoras consumidoras del acreditado
POLVO GRASEOSO
LEICHNER
mediante la entrega, en nuestras oficinas, de los cupones que contienen todas las cajas de este exquisito producto de belleza facial, insuperable para aclarar y suavizar el cutis femenino.
PERFUMERIA MENDEL
En Buenos Aires: Calle GUARDIA VIEJA, 4439
En Rosario, Santa Fe: Calle ENTRE RIOS, 864
NOTA.—Estos mismos regalos los tiene establecidos, en Montevideo, el POLVO GRASEOSO MENDEL.



El tronco

Un cuento de **Fernando Díaz ALONSO**

—Qué, ¿no me conoce usted?—preguntaba con extrañeza un joven elegante, correcto en el vestir y alhajado con mesura, al señor Rosendo Trescalés, hombre tan bueno como rudo, dedicado en pequeña escala a la cría de caballos en una finca de la riente campiña andaluza.—En cuanto yo le diga quién soy, va usted a abrir, del asombro, un palmo de boca. Como que me ha conocido usted así (señalando a la altura de sus rodillas), y no me ha visto nacer por pura casualidad.

—Pos no le conozco, zeñó, o no m'acuerdo, ar menos por zu título. Ezo der Cascabé... No me zuena.

—Vaya, señor Rosendo. ¿No se acuerda usted del conde de Asta de Búfalo?

—¿No vi a acordarme? ¡Pos no es ná, reconcho! Ar zeñó conde lo apreciaba yo como a un hermano!

—Pues el señor conde era mi padre, y yo soy el menor de sus hijos. Vine casi recién nacido al cortijo de Los Matorrales.

—¿Osté? ¿Osté Irnaziyo? ¡Quién lo penzara! Zi ze pazaba osté la vía en mi deheza. ¡Y poco que le queríamos tos en esta caza, reconcho! Como a zu hermana Aurora y a zu hermano Jaime. Pero vino pa zu familia la mala hora, y ze fueron ostés por ayá, por terrenos gayegos... ¿Cómo iba a conocerle, zi entonces ze podía osté escondé debajo d'un ceazo?

—Sí; me llevaron muy niño de estas benditas tierras, llenas de sol y de alegría. Yo tampoco me acordaba de usted, es natural. Pero mi madre me ha encargado mucho: "No dejes de visitar al señor Rosendo; él te enseñará el cortijo que fué nuestro y donde pasaste tus primeros años."

—Míeloste ayá. Los Matorrales, a un tiro d'escopeta d'aquí. ¡Güena finca! Cuando pienza uno en las güertas que da er mundo...

—Para nosotros fué la vuelta bastante penosa; pero, al fin, nos repusimos con la herencia del abuelo y con algunos negocios de suerte.

—Más vale azín. ¿Y que fué der zeñó conde?

—El pobre papá murió de pena hace diez años. Figúrese; tener que estar a cara de sus padres, él, que era tan suyo... Y, sobre todo, ver padecer a mamá, que se había criado tan espléndidamente.

—Cuéntemelo osté a mí. En ezos Matorrales ze vivía a qué quieres, boca. Gloria divina que ze antojara a zu mamá, gloria divina que tenía, manque tuvian que zubí a por eya a la luna. Y que doña Aurora tenía gustos finos. Pero murieron zus viejos y...

—¡Bah! Dejemos eso. Siempre son recuerdos tristes.

—No z'ofenda osté, don Irnazio, zi le digo que la ruina de zu padre no fué toa por desgracia, que tamién tuvo un poquitín de curpa zu mala cabeza. ¡Que Dios no l'haiga tomao en cuenta argunas coziyas!... Debilidaes de los hombres. Cuando ze despidió, me dijo: "Güervo a mi tierra, Rosendo. Ya no nos veremos más." Y azín fué. Dende ayí m'escrebió un par de veces, yo l'escrebí tamién, y aluego... "L'auzencia cauza orvío", ya lo dice la copla.

Es verdad.

—Pero... ¿za entristecío osté? ¡Ze vea picá mi lengua!...

—No es nada, señor Rosendo. En fin, hablemos de otra cosa.

—Hablemos. M'está dando zartos hace rato en la punta e la lengua una preguntiya. ¿De aude ha zacao osté zu título?

—El Cascabel que a usted no le sonaba, ¿eh? Pues verá. Usted sabe que había varios títulos en mi familia: el condado de Asta de Búfalo, el vizcondado de Mochuelo, el marquesado de Ala de Cisne... El Asta de Búfalo pasa a mi hermana Aurora. Menos mal. Mi hermano Jaime carga con el Mochuelo...

—¡Ocurrente, zí zeñó! Clavao a zu agüelo por parte de madre.

—A mí me tocaba el Ala de Cisne; pero tuve a bien ahuecar el Ala, y, como ahora hay pesetas, compré la baronía de Cascabel, que es cosa más alegre. Ni Búfalo, ni Mochuelo, ni Cisne... Son demasiados animales para una sola familia.

—¡Hay gracia! Yo no m'atrevía a decirlo, don Irnazio; pero lo penzé muchas veces. Cudiao qu'hay nombres de bichos en caza der zeñó conde; paece tarmente el arca de Noé.

—Veo que también usted gasta buen humor. Ya me lo había dicho mi madre.

—Este chavó que l'acompaña, ¿es gayego?

—¿Este? Es Posturas, el andaluz más pinturero y menos formal que ha nacido bajo estos cielos. Lo tomé a mi servicio en mi anterior viaje a Andalucía. ¿Qué quiere usted? Les tengo ley, como dicen por aquí, a mis paisanos.

—Argunos lo valen. Y osté disculpe mi curioziá. ¿Qué vientos le traen por estas tierras? Porque a verme a mí no habrá venío osté dende Galicia.

—Sólo a eso, claro que no. Vine a



—Mi marido está en un Banco.
—¡Qué casualidad! ¡Como yo!

ver a mi novia, una señorita madrileña que está de temporada en Córdoba, en casa de unas amigas.

—Y que zerá tamién de título, como zi lo viera.

—También, señor Rosendo; pero ese no cabe en el arca de Noé.

Este diálogo, prolongado sin límites hacía detalles que no interesan a nuestra narración, fué precedente del hospedaje del barón y de Posturas, durante una semana en la finca del señor Rosendo quien, por la antigua amistad y embobado con "las zalidas y ocurrencias de don Irnazio", trató a amo y criado "a qué quieres, boca", dándoles "gloria divina" que pidiesen.

Uno de aquellos días, visitando el barón el ganado con el señor Rosendo, se enamoró de un caballo alazán.

—¡Vaya lámina de animal! Le juro a usted, señor Rosendo, que en mi vida he visto estampa más bonita... ¡Este es para mí!

—Pa osté es to lo qu'hay en mi caza, don Irnazio.

—Un buen landó tirado por un tronco de caballos como éste sería para pasearlo con orgullo por el mundo entero. ¡Lástima que no haya otro igual!

—Lo había, ¿zabe osté? Y, manque era d'otra cría, tarmente paecían merguizos. La mesma arzá, er mesmo braceo garbozo, er mesmo lucero con tres puntas, como hecho con morde; la mesma finura de cabos... Pero ze lo yevó er año pazao don Gaspá, prendao, como osté, der animalito.

—¿Don Gaspar? ¿Es alguien de por aquí?

—¡Zimple de mí! L'estoy hablando a osté como zi no hubiamos dejao de vernos nunca. Don Gaspá Arcocé es un zeñó miyonario, qu'ha zío diputao, y ha zío zenadó y no ha zío ministro porque no l'ha dao por zerlo. Lo qu'er dice: no quié más cartera que la zuya. Ze retiró de la política, y vive unas temporás en Zeviya y otras en zu quinta de Los Armeces.

Cerróse el trato. El barón adquirió el caballo en tres mil pesetas; y al intentar pagarlo el señor Rosendo protestó, indignado.

—¿Quiosté cayá, don Irnazio? Un hombre que cazi le ha visto nacé. Osté ze yeva er cabayo, y la ganaería entera, zi la quiere. Osté me pagará argún día.

—Pero, señor Rosendo...

—¡No hay pero que varga, reconcho! ¿Nos conocemos d'ayé? Na, qu'osté me manda er dinero dende Córdoba cuando pueda o cuando le venga bien, y en pa.

—Acépteme siquiera estas mil pesetas como señal, o deshacemos el trato.

—No lo dezhacemos.

—Que sí, le digo a usted.

—¡Que no, reconcho!

Y costó Dios y ayuda hacer que el ganadero tomase las mil pesetas.

Cuando, unos días después, el barón de Cascabel partía con el magnífico alazán, el señor Rosendo Trescalés le despedía así:

—Y aquí me tiosté, ziempre en la deheza, cudiando de las potrás, zelerzionando pa mejorá la raza y viendo de zacá a esto er mayó produrto. Píamosté lo que quiera, dinero o conzejos, don Irnazio. Yo estoy pa zervirle hasta mi úrtima hora, que no andará mu lejos... ¡Ahora que tié uno experencia de la vía!...

Desde este momento una serie de breves cartas dará más cabal idea de lo que ocurrió entre barón y ganadero que todas las incoloras descripciones de mi pluma.

"8 de octubre.

Sr. D. Rosendo Trescalés.

Mi querido amigo: Como suponía, mi novia está encantada del caballo, que es una prenda, y quiere a todo trance el otro de ese señor Alcocer, para formar tronco. Dé a Posturas una carta para dicho señor, a ver si quiere venderlo, por lo que sea. Mi criado se lo dejará a usted, porque ha de salir para la provincia de Jaén a ver unos olivares que trato de comprar, y yo iré a recogerlo a su aviso, llevándole el precio de los dos caballos.

Su siempre buen amigo, **Ignacio Riveiro**, barón de Cascabel."

"10 de octubre.

Sr. D. Gaspar Alcocer.—Sevilla.

Muy señor mío: Le agradeceré que, si lo tiene a bien, venda el caballo que me compró al dador de ésta, que es criado del barón de Cascabel, a quien quiero servir. El señor barón no reparará en el precio.

Su afectísimo seguro servidor, **Rosendo Trescalés.**"

"12 de octubre.

Sr. D. Rosendo Trescalés.

Le mando la carta que el señor Alcocer me da para usted. He visto a ese señor Ochotorena (un apellido que parece una corrida extraordinaria). El "gachó", como ve que hay ganas, se aprovecha. Me ha pedido seis mil pesetas por el caballo. Usted dirá si le escribo al señor barón que me mande el dinero, si es que a usted le parecen mucho arroz tantos miles.

Su seguro servidor, **Manuel Menéndez** (Posturas)".

"14 de octubre.

Sr. D. Rosendo Trescalés.

Muy señor mío y amigo: Siento de veras no poder complacerle en lo que me pide. El caballo comprado a usted lo cambié hará unos tres meses (abonando una diferencia respetable) a don Hilario Ochotorena, por un par de yeguas pías que hacían un lindo tronco para mi coche. Le he dado la dirección de dicho señor al portador de su carta.

Desea poder servirle en otra ocasión su afectísimo seguro servidor y amigo, **Gaspar Alcocer.**"

"16 de octubre.

Sr. D. Manuel Menéndez (Posturas).—Sevilla.

He recibido su carta, y como no conozco a ese señor que tiene el caballo, hoy mismo le mando las seis mil pesetas con un yegüerizo. Ni al que asó la manteca se le ocurre preguntar si le pide el dinero a su amo. No es usted tan vivo como él se figura.

Venga en seguida con el caballo para que yo escriba al señor barón.—**Rosendo Trescalés.**"

"19 de octubre.

Sr. Barón de Cascabel.—Córdoba.

Mi querido don Ignacio: Acaba de llegar Posturas con el caballo, y en seguida saldrá para Jaén. El mismo se llevará esta carta para echarla en la estación del pueblo.

Está usted servido, porque todo se vence con buena voluntad. Venga a recoger el caballo cuando le parezca, y verá que es exactamente lo mismo que el que se llevó. Harán un tronco que quitará la cabeza.

Como siempre, está a sus órdenes su seguro servidor y amigo **Rosendo Trescalés.**"

"23 de octubre.

Sr. D. Rosendo Trescalés.

Inocente ganadero: Las pesetas que mandó usted a Posturas, aunque no le cree vivo, eran para comprarme el mismo caballo que yo me traje. No puede usted quejarse, porque ha perdido mil pesetas menos de las que merecía perder y aun le queda el caballo. Será inútil que me denuncie usted, porque ni estoy en Córdoba, ni soy Ignacio Riveiro, ni existe tal barón. Aprenda a aprovecharse mejor de su "experiencia de la vía".

Ahora sí le sonará a usted el Cascabel de mi falso título un rato largo.

El tronco debía usted formarlo con el alazán; pero no es posible, porque no hacen buena pareja un caballo y un burro.

Gastaré a su salud las cinco mil pesetas.—**X. X. X.**"

Y el señor Rosendo sólo puso un comentario a la cínica epístola:

—Toa la vía aprendiendo..., ¡y no zabe uno tanto azín de la vía!

Las bodas de oro

Por Francisco SANTA COLOMA

Había sido el acontecimiento social de más trascendencia en aquel invierno, la hermosa fiesta con que los esposos Smart celebraban el 50.º aniversario de su casamiento.

El soberbio palacio, la regia mansión que durante medio siglo había cobijado a felices viejos, padres de varias generaciones, presentaba el aspecto lujoso y alegre que cuadraba a tal fecha, única en la vida. Por todas partes profusión de flores y de magníficos obsequios; cientos de regalos de múltiples clases y valores, desde el soberbio cronómetro de oro, traído por el hijo, que ya era abuelo, hasta el artístico ramo de violetas y jazmines, que con su carita llena de gracia y de vida, aportaba la rubia nietecita.

Aquella mañana, llena de sol y de perfumes, los viejos esposos habían oído la solemne misa en "acción de gracias". Por la noche, después de la comida "de orden", se dió el gran baile. La animación y suntuosidad de la fiesta, habían templado los ánimos: todos reían y participaban del contento y satisfacción de la numerosa familia.

Mucho hablaron los periódicos de aquel baile. Mucho se dijo también en él, de los esposos Smart: "Se habían casado muy jóvenes. Sus coetáneos señalaban a la señora Smart como la mujer más bella de su tiempo. No hay, afirmaban las viejas amigas de la gran señora, no hay ninguna entre las presentes que hubiera podido competir entonces con su hermosura y elegancia. El doctor Smart siempre el mismo gentilhombre, el caballero cabal y el amigo franco. En su juventud había sido un poco calaverón, especialmente después de los diez primeros años de su matrimonio; pero eso no importaba. Ya hacía tiempo que era un anciano honorable; la reliquia venerada de la familia."

A las cuatro de la madrugada no había ya nadie en el salón. Después de muchos besos, de muchísimos besos y millares de felicitaciones, parientes y amigos se habían retirado. Los esposos quedaron solos en el enorme palacio cuyos salones, jardines y habitaciones habían escuchado durante tantos años, voces juveniles, risas de niños, algarabías de chicos, melodías de amor, cantos de juventud, coloquios de novios, de todos aquellos hijos que hoy formaban otro hogar o habían partido para el eterno viaje.

Solos, muy solos quedaron los viejos. La mañana llegaba ya, pálida y fresca. Ellos, silenciosos, sentados cada uno en un sillón, parecían ver desfilar el pasado, un pasado tan lleno de acontecimientos.

Dos lágrimas muy gruesas brillaron en los ojos de la anciana señora de Smart; dos lágrimas seguidas de un movimiento rápido para ponerse de pie, dirigirse hasta su esposo, caer de rodillas, tomarle las manos enflaquecidas y decirle:

—¿Y ni ahora... ni ahora me perdonarás? ¿No te cansa ya esta vida de aislamiento que llevamos? ¿No te han fatigado cuarenta años de simulación, de engañar a nuestros hijos y a la sociedad haciendo creer que somos felices? ¡Cuarenta años que tus labios no han tocado mi frente, ni tu mirada ha dejado de acusarme! He faltado, es cierto; pero fué muy breve mi falta. Me convencí de tu nobleza y de mi infamia y te amé, te amé más, mucho más y tú no me creíste, no aceptaste mi arrepentimiento, no has querido perdonarme... El poco tiempo que nos resta de vida, ¿por qué no lo hacemos más feliz? ¡Hemos sufrido tanto ya! ¡Qué triste pasado! ¡Tu perdón, sí, será el más precioso regalo en nuestras bodas de oro!

El doctor Smart, achacoso, sin poder moverse casi desprendió sus manos de aquellas otras que imploraban su piedad. Desprendiólas lentamente y lentamente tomó la cara rugosa y amarillenta de su esposa para decirle con voz apagada por la emoción:

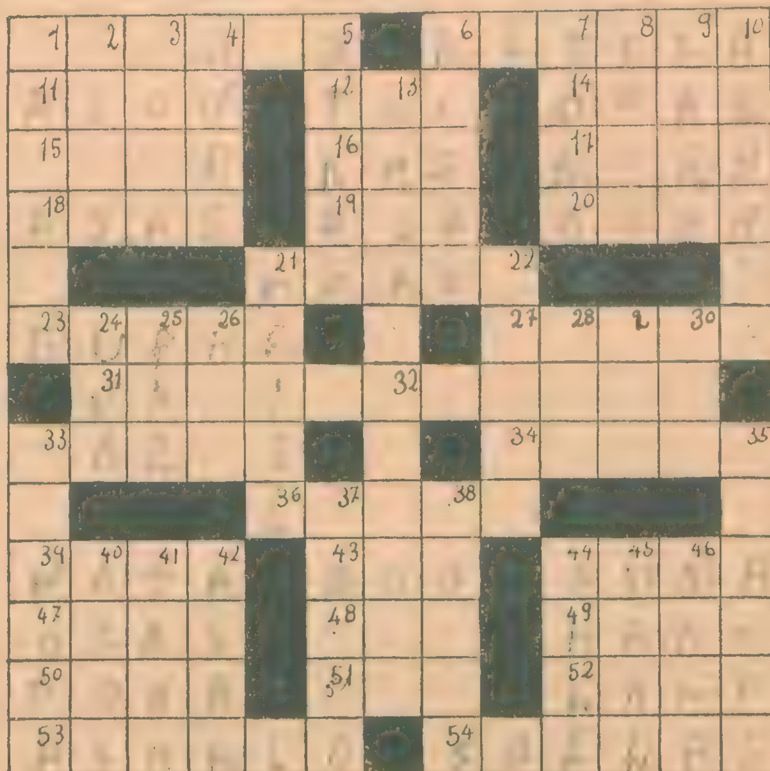
—Hace mucho... mucho que te perdoné, pero quise hacerte expiar tu falta. ¡Pobre amiga mía! Yo fuí el cruel; debía haberme acordado que el espíritu humano es accesible a las pasiones. ¡Perdóname tú!...

Sus rostros se acercaron y sus labios se volvieron a unir, como en aquellos diez felices primeros años de casados. Se unieron en un beso lleno de infinita ternura, casi ardiente, como si renaciera por un segundo la vaga reminiscencia del placer.

Ella reclinó su cabeza blanca sobre el pecho del anciano y éste la suya en el respaldo del sillón. Los dedos flacos y huesosos continuaron entrelazados.

La mañana llegó con su sol tibio y sus bullicios alegres. Pero el sol no quiso penetrar en aquel cuarto y se detuvo entre los cortinados de damasco. No quiso turbar el sueño de los dos viejos que reposaban tranquilos y satisfechos, agobiados por el desvelo, por el desvelo de la fiesta de sus bodas de oro.

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1—Modo de hacer con orden una cosa.
6—Uno que tasa por segunda vez.
11—Ala sin plumas.
12—Prefijo de tres.
14—Segundo califa árabe.
15—Agraviada.
16—Jefe de abisinio.
17—Tiempo de un verbo sinónimo de habitar.
18—Partes salientes de una vasija.
19—Miembro superior de las aves.
20—Capital de Argelia.
21—Lo que se hace con un costillar.
22—Ayudar a subir.
27—Vestido.
31—Dejar vacío.
32—Existir una enfermedad.
33—Hija de Argos.
34—Voz media entre la de contralto y la de barítono.
36—Liquidar enteramente una cuenta.
39—Substancia que produce la leche.
43—Composición que se canta o toca entre dos.
44—Agregado de muchas cosas y más comúnmente de dinero.
47—Expresado con la palabra.
48—Iniciales de un partido popular argentino.
49—Remover la tierra con el arado.
50—Indios de la región norte.
51—Nombre de mujer.
52—Pelo de las ovejas y carneros.
53—Lo que haría uno con un corderito para comérselo.
54—Parte del calzado que toca el suelo.

VERTICALES

1—Península de la Indochina.
2—Varias letras que tienen el valor de cincuenta en la numeración romana.
3—Lo que nadie quiere que le hagan.
4—Indios de la Tierra del Fuego.
5—Adjetivo demostrativo en plural.
6—Lo que predomina donde hay alegría.
7—División de una obra que forma, por lo común, un volumen completo.
8—Pasión, inclinación de un sexo a otro.
9—Nombre de mujer.
10—Ciudad española.
13—No granar bien las uvas.
21—Signo del Zodíaco.
22—El que se libra de lo que puede perjudicarle.
24—Fruto de la vid.
25—Uno de los principales alimentos del hombre.
26—Adverbio de lugar.
28—Décimasexta letra del alfabeto.
29—Lo que aplica a todos los santos.
30—Onomatopeya cuando se quiere tararear una canción.
32—Lo que brilla.
33—Lo que indica o señala algo.
35—Varios capotes de monte.
37—Turno de riego.
38—Varias mujeres del mismo nombre.
40—Varios anillos.
41—Astrágalo.
42—Alero del tejado.
44—El que se va de su casa.
45—Río de Rusia.
46—Brotar un líquido.

Solución del problema del número anterior

■	C	O	N	T	U	B	E	R	N	I	O	■
P	O	B	R	E	P	A	I	S	E	S	T	E
U	T	■	E	L	P	I	D	I	O	■	E	S
R	O	A	■	A	U	N	E	R	■	O	S	O
A	R	M	A	■	A	T	A	■	M	I	A	S
M	U	F	L	O	■	E	■	C	U	R	U	L
E	L	H	O	M	B	R	E	T	R	A	M	A
N	O	V	E	S	■	V	■	V	I	V	A	C
I	R	I	S	■	V	E	N	■	O	I	R	A
I	E	S	■	T	E	N	I	A	■	R	E	Y
R	A	■	M	I	T	I	C	O	P	■	S	O
A	S	L	A	N	U	D	O	D	O	I	O	S
■	M	E	L	O	Y	A	L	V	E	A	R	■

Amuletos de ayer

Ninguna superstición más universal que la del amuleto. Esos pequeños objetos que todavía hoy usamos, con cierta credulidad mal disimulada, como dijes o como imperdibles, han gozado en todos los pueblos y en todas las épocas de la más buena fama imaginable.

El "Libro de los muertos" de los antiguos egipcios tiene ya algunos capítulos consagrados a los amuletos. Cada uno tenía su virtud especial, no sólo para los vivos, sino también para los muertos, a quienes protegían si eran enterrados con ellos. Estos amuletos egipcios eran de amatista, de jaspe, de lapislázuli, de vidrio; sus formas eran variadísimas: los había representado al dios Tot, de cabeza de mono; otros eran columnas, dedos, la cruz con asa, símbolo de la vida, el corazón en forma de puchero, el ojo simbólico, el tocado de Haton, compuesto del disco solar y dos plumas de avestruz. Pero el amuleto egipcio por excelencia era el escarabajo; los había de todos tamaños y de todas las materias, y durante la dinastía XI estuvo en moda llevarlos engarzados en una sortija en la mano izquierda. Simbolizaban la continua renovación de la existencia, la vida humana y las transformaciones del alma en el otro mundo, y no sólo se usaban como amuleto externo, sino que además se colocaban dentro del cuerpo mismo de las momias, ocupando el sitio del corazón.

Del Oriente, el amuleto llegó a Grecia y a Roma. Los romanos llamaban "phisica" a ciertos amuletos que se empleaban para curar o precaver ciertas enfermedades cuyas causas, por ser desconocidas, se tenían como sobrenaturales.

La cara de Gorgona, la mano con uno o dos dedos extendidos y el ojo, de origen egipcio, gozaban de especial favor. Grecia, y sobre todo la Etruria, copiaron de Egipto la moda de los escarabajos.

El cristianismo no pudo acabar con los amuletos, aun cuando la Iglesia condenara su uso. En las catacumbas se han encontrado amuletos que pueden calificarse de cristianos; unos tienen el monograma de Cristo, otros la figura de una liebre.



La inscripción latina

Por

Eugenio Julio IGLESIAS

(Del libro "Claudio Torregrís", recientemente aparecido)

El señor Claudio Torregrís, que vivía, como ayer monsieur de Joubert, "atormentado por la ambición de encerrar todo un libro en una página, toda una página en una frase y esta frase en una sola palabra"; se desesperaba buscando una inscripción que resumiese la vida y la obra del señor Manuel Morando, un hombre muy bueno que murió después de haberse dedicado a enseñar matemáticas. Deseaba una frase feliz y elegante, apropiada para el basamento de una estatua; pero, comprendiendo que era en vano el intentar hallarla, se resignó, pensando: "es inútil tarea correr tras una imagen que nos huye; la posesión violenta de una forma obscurece la claridad de nuestro pensamiento". Y se enfrascó en la lectura de unas fábulas de Oriente ilustradas por Dulac.

El venerable catedrático de Historia del Arte había sido designado por la comisión de homenaje a la memoria del señor Morando para la construcción de una inscripción latina, que se grabaría sobre la piedra gris del basamento de la estatua a erigirse en el peristilo de la facultad. Esa designación le honraba pero no le halagaba; sentía adversión por la mediocridad y no ignoraba que los mediocres honran a un semejante para honrarse a sí mismos, y para indicarles a los que han de sobrevivirles que es una bella costumbre la de perpetuar la memoria de quienes se propusieron perpetuar la de aquellos que pasaron. Y el señor Morando había sido una mediocridad, como los que ansiaban dedicarle un recuerdo material y duradero.

Debió haberse negado a pensar la inscripción latina, pero era tímido y piadoso, y aceptó, no obstante haber manifestado al señor Villafranca, presidente de la comisión de profesores, que el señor Morando "sólo supo, como todos los fracasados, dar consejos, sin poseer el ascendiente respetable de los que fracasan sin merecerlo".

Al recordar este concepto vertido el día anterior, cerró el libro, acarició su rizada barba de guerrero asirio y, meneando su canosa cabeza, se dijo: "la mayor de las crueldades es aquella que cometemos sin intención de ser crueles". Y, después de entornar la ventana de su cuarto de estudio, salió a la calle, ansioso de buscar en la biblioteca de la facultad las obras del señor Morando, para estudiarlas con detención.

Mientras caminaba, supuso que los dioses han de permanecer impasibles ante la muerte de un hombre bueno y serio y que sólo sonreirán cuando un espíritu inquieto deja de ser. En ese momento un "chauffeur" le gritó:

—Viejo idiota, ¿no ve por dónde va?

II

Leyó los índices de las revistas del Centro de Estudiantes, buscó en todos los estantes de los armarios los libros del señor Morando o aquellos que a él se referían; y en vano: ni las revistas ni los libros hablaban del que había sido profesor de matemáticas; en torno al espíritu de la figura desaparecida reinaba un silencio sepulcral, y ese silencio proclamaba la muerte de quien murió al exhalar el último suspiro.

El señor Torregrís acercóse al bibliotecario, un hombrecillo vestido de negro y con un cuello muy sucio.

—¿Conoció usted al señor Morando?—preguntóle.

El otro alzó la cabeza, se quitó las gafas, miró a su interlocutor y luego, pausadamente y con voz chillona, refirió del extinto muchas cosas sin importancia.

—Fué un hombre bueno.

Eso lo sabía el señor Torregrís, pero tenía el convencimiento de que los hombres buenos carecen de historia, como las mujeres honestas, y que un hombre, con la exclusiva virtud de la bondad, no salva nunca los límites de la vida material.

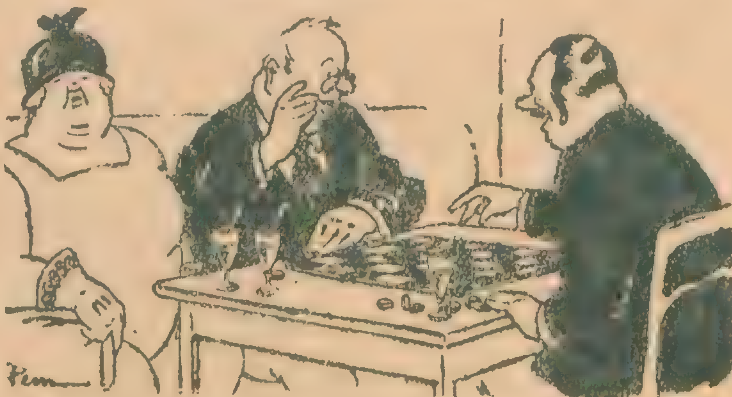
—Según sus colegas—afirmó el bibliotecario—fué un buen compañero.

—¿Y según sus alumnos?

—¡Oh, los alumnos siempre hablan mal de sus buenos profesores!

—Está usted en un error, amigo bibliotecario; los alumnos son los únicos que pueden juzgar a sus maestros; sé es estudiante cuando se posee un espíritu travieso, un corazón desbordante de optimismo y un alma ingenua; y cuando la travesura, el optimismo y la ingenuidad se juntan en un hombre hacen de él un ser generoso y tolerante.

"Pasados los años de la mocedad, nos tornamos serios, abominamos de los que ríen, propendemos a lo solemne, adoptamos un tono mesurado, etcétera; y entonces castigamos o premiamos injustamente y convencidos de que hacemos justicia, y lo que hacemos es juzgar con la severidad odiosa de quienes han dejado morir la hora de su alegría. No pueden juzgar aquellos que no saben reír; lo justo no es lo exacto; la justicia reside en la tolerancia.


UN MARIDO BROMISTA

—Una de tus dos damas está perdida. ¿Cuál quieres que me lleve?
—La tercera.

"Hoy, después de cuarenta años, puedo decir a usted que, no obstante haber evolucionado en todos mis pensamientos, el que tenía acerca de mis profesores no ha variado en nada.

El bibliotecario no estaba de acuerdo, y afirmó que los alumnos del señor Morando eran perversos cuando decían, refiriéndose al consejero desaparecido, que había sido un pobre hombre.

"Bueno... pobre hombre..."—meditaba el señor Torregrís—"Bueno... pobre hombre..." Y, lentamente, salió de la biblioteca, sin despedirse del viejecillo miope. —"Un pobre hombre... un hombre bueno"... Acerca de esto no se me ocurre ninguna inscripción.

III

Oprimió con timidez el botón del timbre y, después de haberse hecho anunciar, arrepintióse de ello. Pero era tarde. Fué introducido en una pequeña sala, amueblada modestamente y engalanada con un retrato al óleo, muy malo, del catedrático extinto. A los pocos minutos, estrechaba, vacilante, la mano de la señorita Alicia Morando.

—Le conocía a usted de nombre—le dijo ésta;—mi hermano solía hablarnos de usted.

El exaltador de los primitivos flamencos explicó el motivo de su visita: una inscripción latina.

—Deseo que usted me facilite los manuscritos de su querido hermano.

Sonriendo dulce y tristemente, con esa dulzura que sólo hemos visto en las vírgenes botticelianas, Alicia repuso:

—He revisado todos los cajones de su mesa de trabajo y no he hallado manuscrito alguno. Manuel rara vez escribía; le gustaba sentarse en su silla giratoria, cruzar las piernas y divagar; se acostaba muy temprano, porque era muy dormilón, y por las mañanas era poco afecto a estudiar. Eso sí, siempre fué muy metódico.

Y explicó al anciano profesor de cómo su hermano había sido toda la vida fiel a sus costumbres, y a sus cariños; y de cómo, diariamente, los hablaba de asuntos muy importantes.

—La lucha por la vida era su tema predilecto.

El señor Torregrís no sabía. Todos los hombres le hablaban de lo mismo: de la lucha por la vida. Es el tema que inspira el sentido común, la pobreza cultural, la escasez de genio o de ingenio. Había llegado a decirse: "Creen que luchar por la vida es procurar satisfacer plenamente las más bajas exigencias de nuestro cuerpo, el poder cumplir con las exigencias fisiológicas; llaman luchar por la vida a lo que sólo es trabajo por retardar la muerte de la materia. Solamente lucha por la vida quien se perpetúa en obra a través de los tiempos".

—Pero—prosiguió la suave Alicia,—nunca tuvo suerte; rara vez realizaba con felicidad un negocio; probablemente porque lo pensaba mucho. ¡Pobre Manuel! ¿Quiere ver usted su cuarto de trabajo?

Era una habitación de reducidas dimensiones, húmeda, sin cortinas en las ventanas, con sillas viejas e iluminada por una bombilla eléctrica. El señor Torregrís se detuvo ante la biblioteca, firmemente convencido de que a los hombres ha de juzgárseles a través de los libros que leen, o que han leído. No había en ella una sola obra interesante: en el estante de las novelas imperaban los nombres de Alejandro Dumas y de Jorge Onhet; en el rincón de las poesías los de los mejicanos románticos; y en materia filosófica aquella biblioteca demostraba carecer de conocimientos.

—¡Pobre Manuel!—volvió a decir Alicia.—¡Tan bueno, pobre, para con todos! Nunca tendremos palabras para agradecerle cuanto ha hecho por nosotros. ¡Qué hombre más honesto!

Y aseguró que jamás había bebido excesivamente.

—Hasta en el cigarrillo era muy sobrio.

—Efectivamente—sentenció el comentador de Van Eyck;—bebía poco, fumaba poco; era discreto en todo, hasta en su cátedra. Hombre sin vanidad, jamás ambicionó la gloria ni el halago de las gentes; sus colegas le querían por lo moderado; sus ideas eran acatadas sin discutirse, por lo razonables; no inspiró burlas ni caricaturas; todos le palmeaban cariñosamente y le decían: "¿qué cuenta, mi buen Morando?" En verdad, fué un hombre bueno, y serio. Señorita, comprendo su pena.

Horas más tarde, nervioso, en su despacho, el señor Torregrís preguntaba a Rabelais, víctima de las moscas en aquella tarde de verano: "¿Puedes dictarme una inscripción latina para la estatua de un hombre bueno?" El abate de Meudon, por toda respuesta, le sonrió diabólicamente desde su vieja cartulina ocre.

IV

El señor Osvaldo Villafranca, presidente de la comisión de profesores, declaró, apenas iniciada la sesión, que la estatua había sido fundida.

—Es, por cierto, una obra de arte. Aparece nuestro compañero de pie, dirigiendo la palabra desde su sitial catedrático. En el basamento, dulcemente reclinada, la abundancia prodiga los dones de su cuerno y la industria esgrime un martillo. Es una estatua digna de nuestro tesoro escultórico nacional.

Y recordó algunas esculturas de la ciudad.

La llegada del señor Claudio Torregrís interrumpió al orador. El profesor de Historia del Arte anunció que traía la inscripción latina y que se marcharía muy pronto, pues tenía que concluir un trabajo acerca de los prerrafaelistas.

—Me ha parecido estéril crear una frase. Para los hombres como el señor Morando la lengua latina nos ha legado frases maravillosas; por ejemplo: "Propatria et labor", "Labor omnia vincit", "O sancta simplicitas", etcétera.

Y manifestó a sus colegas que, después de haber investigado detalles de la vida privada y docente del señor Manuel Morando, a quien deseaba paz eterna, había llegado a la conclusión de que para la estatua de un hombre discreto, bueno, razonable, que no había dejado obra alguna, la mejor inscripción era:

"Finis coronat opus"

—En pocos casos como en este de hoy la muerte corona la obra.

Por una mayoría de diez votos contra uno, fué rechazada la inscripción latina propuesta, para la estatua del señor Morando, por el profesor de Historia del Arte, acerca del cual se afirmó, una vez que se hubo retirado, que poseía escasos conocimientos de latín.

Trafalgar y Jutlandia

Por Fabián VIDAL

Continua en todos los países que sostuvieron la gran guerra la revisión de las reputaciones. Y esa revisión, hecha a golpe de documentos, es muchas veces implacable.

En la Gran Bretaña, la polémica entre beattistas y jellicoistas, lejos de calmarse, se agudiza. Y se explica que así sea. El dominio de los mares ha sido siempre considerado por los ingleses cuestión de vida o muerte.

Su *Rule Britannia* lo proclama con jactancia magnífica. Mientras Britania mande en las olas los britanos "nunca, nunca, nunca serán esclavos".

Bien es verdad que el autor del himno no había previsto los submarinos ni la navegación aérea...

El libro de Jellicoe, vizconde de Scapa, que ha traducido con tanta fidelidad al castellano el comandante de infantería de marina don Manuel O'Felan, y que se titula *La gran flota británica*, ha sido contestado, comentado, glosado, combatido, apoyado y ratificado por numerosos y eminentes especialistas navales. Y el gran público sigue el debate, que no lleva trazas de terminar, como antes digo, con creciente atención. Las opiniones continúan divididas. ¿Hizo bien Jellicoe siendo prudente? ¿Hizo bien Beatty resistiendo con fuerzas débiles, horas y horas, todo el empuje de la escuadra alemana de alta mar?

Jellicoe, en su ya citado libro, defendióse con habilidad y fortuna. Demuestra que la superioridad naval de los ingleses sobre los germanos no era tan grande como se había dicho. Demuestra también que la Gran Bretaña tenía en Jutlandia casi todo su poder marítimo, y que una derrota hubiera determinado automáticamente la victoria total de los imperios centrales.

Los beattistas recuerdan a Nelson. Nelson, en Trafalgar, atacó a fondo. Buscaba el triunfo definitivo, y lo consiguió, si bien a costa de su vida. Jellicoe, en Jutlandia, no imitó la conducta del inmortal amigo de lady Hamilton. Bien es verdad que los alemanes esquivaron el encuentro todo lo que pudieron, y que en Trafalgar franceses y españoles se batieron hasta el fin...

¿Podía Jellicoe hacer lo que Nelson? Cuando Trafalgar, Nelson y Collingwood disponían de 26 navíos y 19 fragatas. Figurémonos que los francohispanos de Villeneuve y Gravina hubieran vencido. Quedaban todavía a Inglaterra para continuar la lucha en los mares las escuadras de Keith, Saumarez, Cornwallis y Gardner, amén de las reservas, es decir, 47 navíos de líneas, 50 fragatas y 155 corbetas y buques menores.

Jellicoe, el día de Jutlandia, reunía en el mar Norte, a sus órdenes directas, 39 "dreadnoughts" y cruceros de batalla y 32 cruceros de línea y cruceros ligeros.

El resto de las disponibilidades navales inglesas consistía en 13 acorazados antiguos y cinco cruceros ligeros, amén de 60 destróyers y las otras fuerzas sutiles.

Se comprende la perplejidad de Jellicoe. Tenía en sus manos, en el día histórico de Jutlandia, no sólo los destinos del imperio británico, sino los del mundo entero. Si seguía a la escuadra teutona en su retirada y se aventuraba en la bahía de Heligoland, nido de submarinos y de minas, trampa temible tendida por el almirantazgo del kaiser a la audacia de Albión, podía ver sus admirables navíos, última palabra, muchos de ellos, de la arquitectura naval aplicada a la guerra, destruídos en unos minutos, no como el "Queen Mary" y el "Indefatigable", por la acción de la artillería enemiga, sino hundidos por los torpedos o las explosiones de los ingenios submarinos, sembrados sabiamente por los minadores germánicos.

Los hechos le dieron la razón. El combate, que comenzó por una sorpresa y acabó en una caza, repartió por igual los daños entre ambas flotas. Los alemanes, la noche de Jutlandia, lanzaron al mundo un comunicado de victoria. No confesaban sus pérdidas y aumentaban las efectivas del adversario.

El "Warspite", por ejemplo, que era y es un "dreadnought" de excelente modelo, no sufrió sino ligeras averías. Y lo dieron como echado a pique.

Luego se fué sabiendo poco a poco que perdieron dos "dreadnoguhts", el gran crucero de batalla "Lutzow", un acorazado tipo "Deutschland", cinco cruceros, nueve destróyers y algunos submarinos.

Uno de sus críticos navales, Persius, en noviembre de 1918, dijo en el "Berliner Tageblatt": "Nuestras pérdidas, el día de Jutlandia, fueron muy graves. El 1.º de junio de 1916 era cosa muy clara para toda persona competente que la batalla de Jutlandia debía ser y sería la última. En los centros autorizados así lo afirmaban abiertamente".

Jellicoe, frente a las críticas de muchos de sus compatriotas, escalona las cifras y los sucesos.

La escuadra alemana no quiso, después de Jutlandia, combatir más. Y se la llevaron, al acabar la guerra, prisionera a Scapa Flow.

Oigamos ahora a los beattistas. Sostienen que Jellicoe no llegó a tiempo y que pudo haber llegado.

Sostienen igualmente que no comprendió que se le presentaba la ocasión suprema, que titubeó, que vaciló, que, abrumado por la responsabilidad, osciló entre la prudencia y la acometividad heroica, y se decidió, a la postre, por la primera.

Beatty peleaba a la desesperada. Hood, el descendiente del gran almirante, se arrojó a la batalla con su división de buques no "dreadnoughts", sin contar los navíos enemigos. Lo mismo hizo con sus frágiles cruceros protegidos "Warrior" y "Defence" sir Roberto Arbuthnot. "¡Es la tradición naval inglesa!", dicen los beattistas. Y Jellicoe responde: "Hood y Arbuthnot murieron víctimas de su arrojo excesivo y arrastraron a la muerte a millares de hombres jóvenes. Beatty pudo haber muerto igualmente sin provecho ya que no sin gloria. Yo, en cambio, conservé intactos mis "dreadnoughts", asesté al enemigo golpes terribles, barrí el mar y decidí la guerra."

Jellicoe tiene razón contra Beatty. El valor más difícil y admirable es el valor que se vigila, que se contiene, que pone al corazón a las órdenes de la cabeza, que pesa el peligro y la utilidad de arrostrarlo.

La valentía impulsiva, de gesto y de aparato teatral y espectacular, es común. La otra abunda menos. Inglaterra, en Jutlandia, tuvo la suerte de que Jellicoe fuera un valiente así.

LA REACCION SELLHEIM

Desde tiempo inmemorial existen hipótesis más o menos convincentes para determinar el sexo de la criatura en el seno materno, pero todas se han desvanecido ante la realidad.

Sellheim, en Halle, especialista en ginecología, ha expuesto en una sesión de la sociedad médica berlinesa "Gesellschaft fuer Sexualwissenschaft u. Konstitutionsforschung" una sencilla reacción bioquímica de la sangre que permite averiguar el sexo del feto.

Este método fué encontrado por Sellheim y sus colaboradores, Luettge y von Mers, y consiste en lo siguiente: la sangre de la madre muestra cierta reacción cuando el feto es masculino; la reacción falta, es negativa, cuando la criatura es de sexo femenino.

Esta reacción es casi infalible: en 150 casos de las clínicas de Halle dió por resultado 83 niños varones y 67 hembras. Su nacimiento trajo la confirmación absoluta de lo indicado por la reacción.

El método de Sellheim se basa en una reacción serológica descubierta hace algunos años por el fisiólogo Abderhalden y que tendía a determinar la existencia o no existencia de la maternidad. Esta reacción ha sido refinada y perfeccionada por Sellheim y sus discípulos hasta llegar a fijar el sexo del fruto.

La reacción es positiva, porque el niño varón forma químicamente ciertas substancias de acomodamiento en el organismo maternal. La reacción es negativa, porque cuando el feto es hembra no necesita la madre acomodarse a él.

Sellheim llama al organismo humano un laboratorio químico, cuyo trabajo puede observarse en las reacciones de la sangre que se le extrae. En este sentido hay que considerar como una gran conquista la reacción ahora descubierta aunque haya quien juzgue superflua la averiguación prematura del sexo del embrión. "Una espera paciente nos da a conocer a su debido tiempo el sexo del niño", dice el mismo Sellheim.

Tiene, con todo, el problema un lado muy práctico. El descubridor de la nueva reacción lo experimentó. Un médico creyó necesario interrumpir la gestación en una enferma y el cónyuge asintió—si el feto era hembra; si era varón se negaba a ello—. He aquí un caso de gravísima trascendencia. Con razón pide Sellheim que no se permita hacer de la reacción un medio para determinar a voluntad el sexo de la sucesión.

DON REMIGIO

Por

Leonidas ANASTASI

El:

Largo, más largo que la familia del rey de Siam o que trámite de expediente en nuestras oficinas administrativas; de masas musculares, a pesar de la absorbente intromisión de la longitud, fuertes y vigorosas, dando al conjunto robustez hercúlea; rostro atezado; frente amplísima que, en sus aspiraciones imperialistas, usurpaba los dominios reservados a los cabellos, los cuales, aunque mermados, no conservaban el suficiente vigor para resistirla; ojos mal educados, descorteses con la luz, de quien, como de cobrador impertinente, huían, refugiándose en el fondo de unas cuencas más dilatadas que las de aquel gran río americano que fertiliza la región de los trópicos; nariz roja, que proclamaba desde lo alto principios igualitarios y se encorvaba ligeramente, tal vez para mirar a los oprimidos de abajo; amplia boca, que con su prolongada expansión pondría en peligro la integridad de la cara, si dos arrogantes y fieles orejas, a manera de las columnas de Hércules al osado navegante que intentara aventurarse en el undoso océano, no exclamaran: ¡non plus ultra! Los pómulos salientes y las mejillas más hundidas que ciertos "gauchócratas" al abandonar el teatro de sus fechorías, ambos coloreados con algo semejante al rosicler, completaban el cuadro. Esto afuera. Adentro: sensibilidad exquisita, voluntad fuerte, inteligencia clara y fácil, imaginación rica y exuberante, memoria prodigiosa, poderosa observación, espíritu fino y selecto, en una palabra, apto para dar multiplicidad extraordinaria a sus facultades. Digamos, antes de pasar adelante, que los rasgos aquí anotados eran los de don Remigio Mazales, grandeza enorme de Cangrejal, donde desempeñaba las más variadas funciones. Baste decir que sus indoctos vecinos le figuraban monumento majestuoso, fuente en la cual todos iban a beber, diccionario enciclopédico ambulante.

"El", escribimos en la primera de estas líneas y aun no hemos hablado del femenino correspondiente que, nuestros lectores barruntarán, ha de corresponder a alguna Onfala que haya horadado el corazón de este Hércules con la acerada saeta del niño vendado, cuyos efectos, según diz, no son detenidos por los preservativos baños de ninguna Thetis.

Hablemos, pues, de

Ella:

Como una odalisca, permanecía metida en el fondo de la mansión de don Remigio. No cubrían sus formas ligeras y flotantes gasas, ni la custodiaban negros eunucos, ni se alojaba en regio departamento. Eran sus vestiduras varios trozos de papel de diarios; sus guardianes, buen número de miriápodos y arácnidos; su morada, el estante de una vieja biblioteca que rodando por este mísero mundo donde hombres y cosas participan de las vueltas de la rueda de la fortuna, había venido a dar a un obscuro y sucio chiribitil, metamorfoseado en tosco y grosero almacena-cachivaches. Se trata, para concluir, de una botella de ginebra que como al tonel sin fondo de las Danaides, para no agotar su contenido, llenaba continuamente nuestro hombre, no porque sobre él recayera pena divina, sino porque una ardiente pasión abrasaba su alma y cegaba sus ojos, convirtiéndola en objeto de su más puro amor, al que dedicaba todos sus momentos libres, todas sus expansiones; que llevaban, como corolario imprescindible, magnas borracheras.

Vaya uno a imaginarse los motivos de la brusca transición que sufrió la conducta de Mazales, cuya sobriedad era proverbial diez leguas a la redonda. Y no mentemos ninguno, pues tememos pecar de avaros. Pasaban de unidad de segundo orden los que aducían los ingenuos ciudadanos de Cangrejal para explicarse, primero el génesis, luego el aumento gradual e incesante del extraño amor, observado en el ignicolor de la porción facial cada vez más pronunciado. Contemplaban con asombro, y no sin cierto dejo de conmiseración, que su "arbiter elegantiarum" se hacía árbitro de lo andrajoso y de lo desarrapado: el clásico jaquet se apropiaba del verde de las praderas; la camisa, como Göethe al expirar, pedía luz, más luz; por ello pugnaba a fin de salir al exterior, guerreaba furiosa, contra un chaleco cuyos botones y cuya limpieza habían tomado las de Villadiego; los pantalones confundíanse con paletas de pintor; los impúdicos dedos de los pies mostrábanse desfachatadamente a través de los restos mortales de unos que en vida fueron zapatos y que aun no habían logrado el reposo que anhelaron.

Con todo, en Él habíase arraigado la firme convicción de que el extravagante cariño que profesaba a Ella no trascendía al público y que, por tanto, el nimbo de prestigio que le acompañaba, conservaba su nitidez. Mas, las hablillas corrían—para ellas de asfalto están pavimentadas las calles de los pueblos de tierra adentro—y más tarde el lastimoso espectáculo que ofreció paseando su execrable beodez dió a todos la conciencia del hecho real.

Así fué como después de haber oído repetir un centenar de veces que don Remigio "andaba con la mona", "tenía una mona de buen tamaño", "llevaba una buena mona", etc., se despertó en mí la curiosidad, intensa como tenía que serlo en un cándido chiquilín de siete años, el deseo de ver el ya famoso animalito. En la primera oportunidad decidí interpelar al supuesto dueño, y al mismo tiempo, solicitarle su anuencia para visitar a la simia de marras.

No pasaron muchos días sin que me hallara con él. La serenidad que poseía indicaba a un ojo experto que aun no había cumplido con sus deberes de sacerdote de Baco. Después de los saludos acostumbrados le dirigí la palabra:

—Señor Mazales: todo el mundo dice que usted tiene una mona que, debe ser muy grande; que va siempre con ella y otras cosas así. ¿Podría usted tener la bondad de concederme permiso para verla? Le agradecería mucho...

Sucedió un cambio de fisonomía que no supe a qué atribuir. Empero, se repuso y, forzadamente, sonrió. Por último, farfullando algunas palabras, dióme a entender que accedía a mi pedido...

Sólo más tarde comprendí el grave mal que le causé. Don Remigio pudo columbrar el inmenso abismo que su insensatez había cavado, el báratro hacia el cual había rodado su reputación. Privado de ella, avergonzado de sí mismo, encerróse en su hogar de solterón; jamás hízose ver en Cangrejal, desde aquel instante en que un niño inconsciente le señaló su verdadera situación. Aniquilado, moral y físicamente, transcurrieron pocos años hasta el momento en que se partió el ya tenue hilo de su vida. Un día el sol de la vida iluminó su frío cadáver, allí en la misma habitación de su singular amante. Si Ella hubiera sido una Cleopatra, también habría iluminado la pueril vanidad, dibujada en su rostro, al presenciar la caída de El, el potente roble de los bosques.

DISCURSOS IMAGINARIOS

Por Vicente ALLENDE

(Del libro que, bajo este mismo título, acaba de aparecer)

Hay estrellas tan lejanas, que su luz recién tiembla, como una piedra preciosa, en la serenidad de la tarde. de la vida y de los sueños. cuando hace ya muchos siglos que están muertas.

Hay estrellas que laten, como azucenas vivientes, en las aguas profundas de los espejos, y que sería inútil perseguir en las rutas abandonadas del tiempo y del espacio, porque se apagaron en la nada, porque ya no existen, y porque, acaso, no existieron jamás.

Y hay, también, palabras así.

Hay palabras pronunciadas en el crepúsculo, venidas de quién sabe dónde, y que ya no existen, y que uno mismo. que las dijo, se pregunta. acaso, si vivieron jamás.

Rayas del espectro en que se descompuso la luz lejana de una estrella invisible; palabras cuyas huellas de plomo quedan en las páginas húmedas de los libros como una música desvanecida; palabras de amor y de esperanza que temblaron en los oídos, llenando con su prestigio la tarde y el silencio; luz ardiente que llenó los ojos alucinados. en la penumbra, como una promesa en un maravilloso destino; palabras de lo que uno pudo ser, y no fué; voces muertas u olvidadas; luz. que uno quiere. ahora. aprisionar en palabras de plomo, como esas lamentaciones de los álamos en la noche, que, al amanecer, dejan todas las hojas vestidas de lágrimas.

Yo no sé si he dicho estos discursos. o si son imaginarios. residuos ardientes de los sueños. acentos de almas invisibles que vivieron en mí, voz del silencio con que la calandria va creando su música fugitiva en el cristal, transparente, del alba.

En una medalla de oro duerme una elástica garra de león. Y, a veces, el timbre de la medalla va despertando. en la garra cautiva, un alma obscura y doliente, mientras la tarde, el viento, los cielos inmensos, el océano, la selva, las estrellas lejanas, los sueños alucinados, lo que he sido y lo que ya nunca, jamás, seré, cantan, no sé qué, en ese timbre de oro...

Yo he visto el rubí, color de fuego, y el zafiro profundo y azul, y el topacio como la luz del sol, muriéndose, poco a poco, como una flor de seda, en la sombra; y he visto, también, palabras, como piedras volcánicas, apagadas en las tinieblas y creyendo. todavía, que están alumbrando. no sé por qué. las ciudades maravillosas del porvenir.

Y en estos discursos, hechos de arcilla y de sueños, he quedado, melancólico, como un cenobita alucinado, mirando el fondo de la cisterna sin agua y esperando que broten, en sílabas metálicas, las maravillosas palabras que nunca dije...

Volad, cual golondrina

¡Qué ansias de volar tiene mi alma
esta mañana azul...! ¡Qué no daría
por prenderle dos alas gigantescas
y decirle: Volad, cual golondrina!
¡Haz tuyo el firmamento, sol y nubes,
sonoros vientos, perfumadas brisas,
y retorna después con el acopio
de mil cosas divinas!

¡Qué ansias de volar, tiene mi alma
en este claro día
de octubre, que la sangre me parece
que el cuerpo me calcina,
que recobra el paisaje más encanto,
que el arroyuelo tiene poesía
en sus rumores y hay en lo profundo
de las bellas pupilas
de la amada a quien canto
una estrella prendida!

¡Qué ansias de volar tiene mi alma
esta mañana azul...! ¡Qué no daría
por sacarla del seno de los hombres,
liberarla de tanta baja insidia,
y prenderle dos alas gigantescas
y decirle: volad, cual golondrina!

Félisa R. Visillac

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS

(Continuación)

Tuberculosis pulmonar crónica. — Síntomas: 1.° Período de comienzo. Tos frecuente, pero con expectoración casi nula; fiebre ligera de cuando en cuando; acentuación progresiva de los síntomas precursores, principalmente de la falta de apetito; dolores de costado, principalmente en los vértices del pulmón.

2.° Período de estado.—La tos aumenta, con expulsión de esputos formados por una masa espesa y opaca que nada en un líquido claro; las mejillas y las sienes se hunden, el enfermo se siente oprimido y duerme mal.

3. Período de las cavernas.—Aumento de la cantidad de esputos, que contiene mucho pus, fiebre notable, sobre todo después de las seis de la tarde hasta media noche, con sudores profundos; vómitos de sangre roja, llena de espuma, que pueden prolongarse un tiempo variable; diarrea; vómitos; a menudo existe una alteración de la voz.

Evolución.—La duración de la enfermedad puede oscilar entre un año y veinte años, con intervalos de salud más o menos satisfactoria o curación completa, las cavernas pequeñas pueden cicatrizar por sí solas.

Tuberculosis pulmonar aguda. — Síntomas. Pueden ser los de la tuberculosis crónica, pero evolucionan en algunos días. Por último se puede observar una de las formas siguientes:

Forma sofocante. — Opresión extremada, creciente, que generalmente conduce a la muerte en unos quince días.

Forma tifoidea. — Caracterizada, sobre todo, por el decaimiento y modorras rápidos del enfermo.

Forma cerebral. — Pérdida brusca de conocimiento, seguida de modorra.

Consultorio del hogar

LAS PROVISIONES

El hacer provisiones tiene su utilidad y su inconveniente. La señora de casa, experta, compra sus provisiones y las distribuye metódicamente y sin exageración. La que es menos entendida dilapida sus provisiones. Hace un verdadero derroche y la economía realizada sobre la compra desaparece ante la profusión.

Es evidente que se realiza cierta economía al comprar las cosas. en cantidad. El ir a los comercios para comprar por fracciones no sólo ocasiona una pérdida de tiempo sino que es más caro. Sin embargo, hay señoras que tienen que arreglarse así, su moderación no sería bastante grande para pesar cada cosa en su peso; otras están obligadas de vivir al día pues nunca tienen en caja la suma suficiente para llenar su casa de provisiones.

Cualquiera que sea la situación, es preciso saber dispensar sabiamente las cosas. Si se tienen provisiones hay que asignarles una duración relativa, almacenarlas en un sitio en que no se estropeen y ponerlas fuera del alcance de un hurto. A la señora de la casa le toca vigilar el bien de la comunidad y su vigilancia se encontraría en falta si se cometiera alguna depredación. Por eso, sin manifestar una desconfianza excesiva, sin afectar sospechas que puedan ofender, está permitido cerrar la despensa y los armarios y llevar colgando de la cintura las llaves.

Consultorio femenino

María Luisa R. Lomas.—El agua oxigenada tiene por objeto decolorar el cabello, pero no da ningún tinte propio.

Entre los colorantes en rubio, es preciso citar, además del henné la solución de potasa al décimo o también la potasa concentrada adicionada de cerveza, según la siguiente fórmula:

Solución de potasa concentrada	100 gramos
Cerveza	1 litro

El agua de camomila tiene por efecto volver rubio el cabello. El palo de Panamá les da un reflejo rojo y, con el agua de cal, se obtiene una coloración rubia muy hermosa. El agua de cal se emplea con el agua oxigenada en una proporción de 100 gramos de agua oxigenada por 200 gramos de agua de cal. Se agrega a esta mezcla el jugo de cuatro limones pasados.

Rosaura M. La Plata.—Mantenga sus cejas untuosas y suaves. Cuando tenga que permanecer al sol, al polvo o a la intemperie, recurra a la pomada siguiente, que se pasará por medio de un cepillito fino y blando por las cejas:

Lanolina.	5 gramos
Agua destilada.	5 „
Thymol biyodado.	0.25 „
Clorhidrato de cocaína . .	0.20 „
Vaselina	10 „

Magdalena G. San Martín.—Para la piel seca, debe elegir una crema untuosa que no contenga más que substancias suavizantes, tales como la siguiente:

Aceite de olivas	250 gramos
Agua de rosas	250 „
Cera blanca	15 „
Manteca de cacao. . . .	15 „
Esencia de rosas	10 gotas

Se hace fundir a fuego suave la cera y la manteca de cacao. Mezcle bien y agregue el agua de rosas revolviendo sin cesar. Agregue finalmente el aceite de olivas y la esencia de rosas.

María Manuela C. Avellaneda.—Si tiene las encías irritadas, hinchadas, se encontrará bien haciendo un enjuague general de la boca con agua yodada en la dosis de una cucharada de café de yodo para un vaso de agua hervida.

Una lectora de "Fray Mocho". — Las lociones con jugo de fresas, frambuesas, naranjas mezcladas con una cucharada de aguardiente que se haya hecho arder antes de usar es un precioso combatidor de las arrugas.

Una subscriptora.—Una buena agua de belleza es la siguiente:

Benjuí	8 gramos
Flores de azahar	40 „
Agua de rosas	40 „
Esencia de limón. . . .	5 „

NOTA. — Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

Secretos de tocador

CUIDADO DE LAS MANOS

Las manos agrietadas.—Cuando se tienen las manos agrietadas se untan cada noche con grasa de chancho sin sal mezclada en partes iguales con grasa de carnero; el todo se adiciona con un poco de cera amarilla, o también se aplica dos veces por día la siguiente preparación:

Lanolina.	50 gramos
Mentol	0.75 „
Aceite de olivas	5 „
Salol	0.50 „

Las decocciones de eucaliptus, seguidas de aplicaciones de una pomada con óxido de cinc son muy recomendables.

Glicerolato de almidón. .	50 gramos
Óxido de cinc	5 „
Ácido bórico	3 „

Las fricciones prolongadas durante 15 minutos, más o menos, en agua adicionada de una cucharada de aceite de olivas y una cucharada de harina de lino son también excelentes.

Esta pomada es muy buena y que podréis componer en casa, perfumándola a gusto.

Se hacen fundir en bañomaría las substancias siguientes:

Aceite de almendras dulces.	60 gramos
Blanco de ballena	5 „
Cera blanca	10 „
Raíz de orcaneta	10 „

Se tritura, para mezclar bien, y se agrega:

Sulfato de cinc	1 gramo
Agua de rosas	10 gramos

Se bate hasta que el agua se haya incorporado y que la mezcla sea perfecta.

Sudor de las manos.—Muchas personas no pueden desembarazarse de esta poco elegante incomodidad. El uso constante, entre nosotros, del apretón de manos la hace aparente y se la considera, generalmente, como el indicio de una higiene defectuosa.

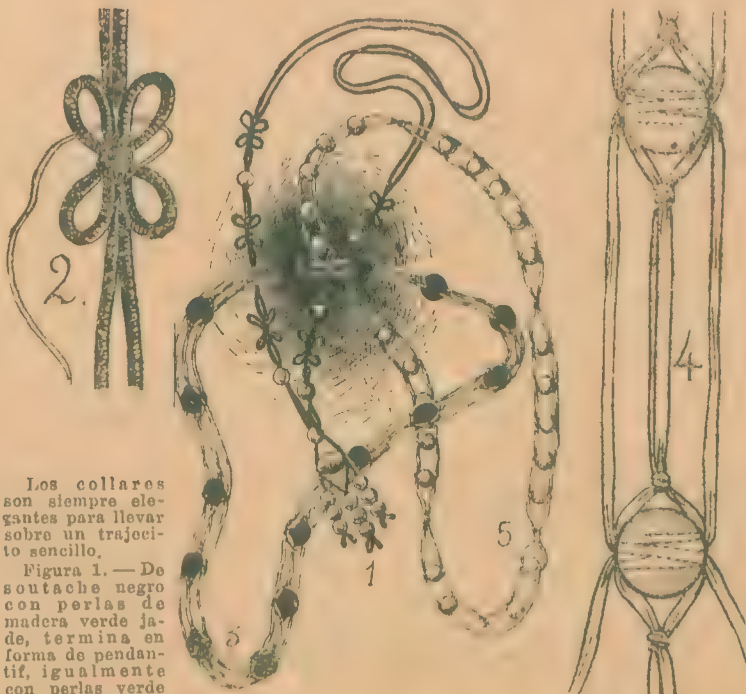
Antiguamente se combatía el sudor de las manos por medio de las fricciones de azufre. Las unturas frecuentes de aceite de mirta tenían también sus partidarios, pero hoy día somos más incrédulos y recurrimos a procedimientos más enérgicos y más racionales.

En las personas jóvenes, el sudor de las manos es, a menudo, signo de anemia. Entonces se imponen los fortificantes. Consultad al médico.

Voy a indicar, sin embargo, diversos medios que pueden ser eficaces en ciertos casos.

Se deben locionar, noche y mañana, con agua de colonia adicionada de tintura de belladona en 10 partes por cien, o también con el ácido crómico 10 partes por 100. Este último procedimiento colorea las manos en amarillo, pero algunos lavajes son suficientes para hacer desaparecer esa coloración.

Collares



Los collares son siempre elegantes para llevar sobre un trajecito sencillo.

Figura 1. — De soutache negro con perlas de madera verde jade, termina en forma de pendantif, igualmente con perlas verde jade y lacitos de soutache negro, los que pueden verse en detalle en la fig. 2.

Figura 3.—Este otro collar está compuesto por grandes perlas negras, sujetas con gruesas sedas amarillas; el detalle de la fig. 4 muestra la unión de cada perla que se unen por sedas anudadas por arriba y por abajo de cada perla, pasando en seguida las dos sedas del borde. Pueden espaciarse más las perlas y acercarlas más para formar la parte delantera.

Figura 5.—Este último collar es muy simple, las perlas son de ámbar, montadas sobre un cordoncillo de seda o de soutache, de tono verde obscuro. Los cordoncitos atraviesan cada perla de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, anudándose muy cerca de cada una con el fin de mantenerlas sujetas, cada cinco o seis perlas, en un espacio de 10 a 12 cm., se anudan los cordoncillos uno con otro.

El largo de los collares varía de 90 cm. a 115 cm.

Es útil cortar los cordones más largos, teniendo en cuenta los nudos y el cruce de ellos en las perlas.

Un sanatorio hispano-alemán para tísicos

En la primavera de 1923 se construyó en Alfaguara, cerca de Granada, por iniciativa de la señora Bertha Wilhelm y con fondos arbitrados por particulares, un sanatorio para tísicos, cuya dirección está a cargo de ilustres médicos españoles. La administración económica está confiada a una hermana de la Cruz Roja alemana. Acogida encuentran en el instituto enfermos del pulmón pertenecientes a la clase pobre, para lo cual se cuenta con 12 camas para hombres y 12 para mujeres. Anexa al sanatorio existe una colonia para curas climáticas en que durante el verano encontraron acogida 12 muchachos y 13 niñas pobres ligeramente tuberculosos. La manutención y el trato médico fueron gratuitos y además se adoctrinó a los pequeños en los principios de la higiene. Los resultados fueron sumamente satisfactorios.

Para la gente de campo

CULTIVO DEL AZAFRAN

El azafrán prefiere terrenos de consistencia media, más bien sueltos y algo profundos. Los impermeables son muy malos, lo mismo aquellos que se invaden de malezas. Dos aradas y dos rastreadas le son indispensables; luego se nivelará el terreno con todo esmero antes de efectuarse la siembra. Esta puede empezarse desde los primeros días de agosto a fines de septiembre, se hace por bulbos en líneas, a 45 centímetros entre línea y línea, y de 25 centímetros entre planta y planta, a una profundidad de 10 a 15 centímetros. Antes de hacer la siembra es bueno seleccionar los bulbos, eliminando aquellos muy chicos, los machucados y enfermos. En una hectárea entran de 4000 a 8000 bulbos o sea más o menos en peso de 40 a 50 kilos. Los cuidados culturales se reducen a carpidas y limpiezas de yuyos.

Son de mucha utilidad en ese cultivo los aparatos Planet.

En lugares de vientos secos, fuertes y calientes, se hará el cultivo con abrigo o en caso contrario, se le proporcionará por algún cultivo alto. Las flores aparecen desde enero más o menos y dura la floración (cosecha) un mes. La cosecha se efectúa a la mañana, antes de las ocho; hacerla después es algo peligroso, el sol produce un efecto sobre la evaporación del rocío, que hace desmerecer en mucho el producto. La cosecha es un trabajo que debe hacerse por mujeres o niños, provistos de bandejas o canastos, recorren las líneas cortando a cada planta, todas las flores abiertas, las que se llevan a piezas o galpones, donde se separará el estigma (que será el azafrán) del resto de la flor. Este trabajo se hace a mano, tomando totalmente el estigma y teniendo cuidado de no dejar en su parte inferior, el pequeño fruto o sea esa parte de color verde. Juntados los estigmas se colocan a secar sobre láminas de carbón. La desecación tiene más importancia que lo que se cree. Se la puede hacer a la sombra, al sol y en hornos a muy baja temperatura 40° a 50° C). La primera es la mejor, el azafrán resulta con buen color y de olor muy agradable. Cuando se nota que ha terminado la desecación o sea cuando ha perdido unas dos terceras partes de su peso, se guarda sin molerse hasta la venta o empleo, en lugares secos y abrigados. Una hectárea puede producir, siempre que se hagan los cuidados culturales, de 20 a 25 kilos. El segundo a tercer año de hecha la plantación, el cultivo es de mayor rendimiento

Las enfermedades del azafrán son pocas, la principal: la "Phizotonia violácea", que es un hongo que ataca las raíces a los bulbos, causando la putrefacción de los órganos atacados. Contra éste es bueno arrancar las plantas enfermas y quemarlas, desinfectando con sulfuro de carbono el terreno en el lugar que ocupaban. Los ratones, peludos, etc., también atacan al azafrán y esto se evita, teniendo completamente limpio el cultivo de malezas.

INDICACIONES PARA LA CONFECCIÓN Y MANTENIMIENTO DE LOS ALMACIGOS DE TABACO

1.º—Elegir un lugar abrigado, relativamente elevado, de fácil drenaje y preferentemente expuesto hacia el noroeste o nordeste.

2.º—Hacer platabandas de aproximadamente un metro de ancho y 10 centímetros de altura con un martillo fértil constituído por tierra liviana conteniendo una pequeña proporción de materia orgánica a la cual deberá agregarse una buena dosis de estiércol bien descompuesto. La semilla deberá sembrarse en estas platabandas pero jamás en los surcos.

3.º—Sembrar a razón de un gramo de semilla de tabaco por metro cuadrado, como máximo. A menos que la temporada sea muy avanzada, es completamente inútil hacer hinchar o germinar la semilla antes de sembrarla.

Mezclar la semilla íntimamente con arena en la proporción de una parte de semilla por cada 500 a 1000 de arena, operando por pequeños paquetes y a medida que se utilice, de manera que la mezcla permanezca siendo bien homogénea.

4.º—Después de la siembra no cubrir las semillas, es suficiente apretar sobre la superficie del almácigo con una tablita bien lisa.

5.º—Regar ligeramente pero con frecuencia. El agua nunca debe correr sobre la superficie de los almácigos, sobre todo, en los primeros días siguientes a la siembra.

6.º—La germinación puede efectuarse a la sombra; por consiguiente, durante los primeros días, dejar el almácigo cubierto, completamente al abrigo del sol.

7.º—En lo posible utilizar abrigos de telas livianas, ramas, etc. Evitar siempre el contacto inmediato de los abrigos con la superficie de los almácigos, cuya consecuencia es la obtención de plantitas con tallo demasiado delgado.

8.º—Arrancar, sin demorar demasiado, las plantitas en las partes de los almácigos, donde a pesar de las precauciones adoptadas para obtener una distribución uniforme de las semillas, resulten demasiado tupidos.

9.º—La extracción de las malezas que germinan conjuntamente con la semilla de tabaco puede efectuarse cuando ha desaparecido el riesgo de desarraigar las plantitas de tabaco situadas en la inmediata vecindad.

La práctica de dejar estas malezas con el objeto de proteger las plantitas debe ser abandonada. Con este fin deben utilizarse los abrigos indicados en el consejo 7.º

ESTABA PROVISTO



—¿Necesita usted una máquina de lavar la ropa?
—Gracias. Ya tengo.

DESTRUCCIÓN DE LA LANGOSTA "TUCURA"

La langosta "tucura" es plaga declarada y como tal debe combatirse, rigiendo para su destrucción las mismas formalidades que determina la ley 3708 para la extinción de la langosta "migratoria".

Referencias biológicas. — La "tucura", aunque más chica que la "Schistocerca paranensis", se caracteriza por su gran voracidad desde que nace hasta que muere. En este sentido puede decirse que es tanto o más peligrosa como la "paranensis".

Los adultos depositan sus huevos en el otoño, en el suelo o en las raíces de los pastos más fuertes, en forma de pequeñas peras envueltas en una capa impermeable y delgada, en cuya parte superior tiene un canutillo lleno de una substancia esponjosa que evita e contacto directo del aire y los defiende de la humedad.

Con los primeros calores fuertes nacen las larvas que se alimentan de la vegetación tierna; por eso es que son más abundantes donde hay humedad y vegetación verde. Dentro de las tres semanas después de nacida la larva, según las condiciones del tiempo, se transforma en saltona. En este estado generalmente se agrupa formando pequeñas mangas, que a su paso concluyen con la vegetación y dejan en el lugar algo que molesta a la hacienda, la que pasa mucho tiempo antes de volver a pastorear en él.

Dentro de los cuarenta días se transforma en adulto y un mes más tarde empiezan a acoplarse. Poco tiempo después de ser puestos los huevos, nace la segunda generación de "tucuras" que al mes y medio son adultos.

Cuando el tiempo les favorece puede haber una tercera generación, pero si los fríos empiezan temprano, los desoves quedan en incubación latente hasta la próxima primavera.

Medios preventivos.—El medio más indicado para evitar la "tucura" sería arar la tierra a poca profundidad a principios del invierno en los puntos donde hubiera desovado y en seguida pasar un rodillo y rastrear bien, a fin de desmenuzar perfectamente la tierra y exponer los desoves a la intemperie.

Medios de destrucción.—

Afrecho.	100	kilogramos
Arsénico.	4	"
Melaza	8	"
Naranjas o limones. . . .	24	unidades

Mézclese bien el afrecho y el arsénico. En un recipiente separado póngase la melaza y échese el jugo de los limones o naranjas. Píquese bien fina la fruta ya exprimida con cáscara y pulpa y agréguese a la melaza. Disuélvase la mezcla en un poco de agua y mézclese todo en un recipiente y agréguesele agua hasta que quede fácil de amasar y húmedo. Esta cantidad de preparado puede usarse en 30 ó 40 hectáreas.

Debe tenerse presente que la fruta es esencial en el preparado y si no se pone, se pierde el 75 % de la eficacia. Deberá desparramarse en el campo como quien siembra trigo al voleo, muy temprano a la mañana, antes de la salida del sol. Conviene echarla en lonjas separadas por un espacio dos veces el ancho de éstas, a fin de evitar que los animales, cuando vuelvan a pastorear, ingieran de esta mezcla lo menos posible, por los trastornos que podría ocasionarles.

Esta operación tendrá que repetirse dos o tres veces, según la cantidad de "tucura".

Para los alfalfares se usa mucho en Estados Unidos y Canadá lo que llaman mezcla Criddle, que da los resultados más satisfactorios en los establecimientos del oeste. La mezcla se compone de medio barril más o menos de estiércol fresco de caballo, al que se le agrega medio kilogramo de verde de París y medio kilogramo de sal común, Si el estiércol de caballo no fuera fresco, la sal se disuelve en suficiente cantidad de agua y se mezcla con el estiércol y el verde de París. Esta mezcla se distribuye como quien siembra trigo al voleo u otra semilla fina, en los parajes donde abunda más la "tucura", la que se siente atraída a la mezcla, la devora y se envenena.

Esta mezcla es menos peligrosa que la anterior, porque generalmente con el primer aguacero el verde de París de la mezcla es arrastrado al suelo, en parte, donde los animales no lo pueden ingerir. No obstante, si los animales ingieren dicha mezcla, pueden sufrir disturbios intestinales.

Otra forma práctica que podría dar resultado, si el campo de pastoreo no es muy pastoso, sería pasar un rodillo de empujar, por la mañana muy temprano, cuando la "tucura", con el fresco, está casi inactiva. Una vez que calienta el sol, se hace más difícil matarla. En caso de que no hubiera rodillo, podría pasarse una rastra de ramas muy ancha y pesada, que también destruye bastante.

CONSEJOS A LOS AGRICULTORES

No siembre más trigo que haya tenido "Carbón Volador" durante la última cisecha. porque ni el sulfato ni otro desinfectante (fuera del agua caliente cuyo uso es delicado) evitará que su trigal tenga este año más "Carbón Volador" que el año anterior; hemos visto trigales del último año con más de 30 % de "Carbón Volador", lo que representa una pérdida de 3 a 8 quintales por hectárea. Es necesario en ese caso cambiar semilla, comprándola a un vecino cuyo trigal se haya visto espigar y que estaba libre de "Carbón Volador".

Si compra semilla nueva, pase una bolsa por una zaranda para separar toda la basura, y si entre ella encuentra pedazos de "raspas" de espigas con manchitas negras, ese trigo ha tenido "Carbón Volador" y tendrá más este año. No lo siembre.

El otro carbón, que se debe llamar "Caries", es curable con sulfato de cobre, 2 kilogramos por cada 100 litros de agua, y los otros desinfectantes, así como con los desinfectantes en polvo que se usan a seco; cuide que el sulfato no queme la semilla haciendo secar la semilla curada, en seguida y pronto; siembre 100 granos para ver cuantos brotan.

Semilla limpia, libre de granos chuzos y de yuyos es la que se debe sembrar; cada cooperativa debe tener su limpiadora de semillas, como ya lo hacen algunos.

No siembre semilla limpia en un rastrojo que no haya sido arado con tiempo para hacer nacer los yuyos, entre ellos la terrible "cebadilla" (avena negra), porque sería trabajo inútil; limpie la semilla y el rastrojo también.

Are temprano, así nacen los yuyos y después los destruye con rastra de disco.

El arado y la rastra deben andar acollarados, porque el arado ablanda la tierra pero la abre y le hace perder la humedad y si no fuera por la rastra que la cierra y conserva la humedad, las cosechas serían pobres.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre. .	$ 2.50	Trimestre .	$ 3 00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre . .	„ 5.00	Semestre. .	„ 6.00	Semestre. „ „	4.00
Año. . . .	„ 9.00	Año. . . .	„ 11.00	Año. . . „ „	8.00
N.º suelto. .	20 cts.	N.º suelto .	25 cts.		
N.º atrasado.	40 „	N.º atrasado.	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

El brillante robado

Por Enrique KISTEMAECKERS

El señor Escartepont, el excelente abogado de D..., tan conocido por sus insuperables hazañas gastronómicas como por su fina interpretación de los textos de las leyes, se dirigía aquella mañana a la pequeña aldea de Coves, donde su presencia era requerida por un intrincado asunto de límites en las propiedades de dos vecinos. El mismo conducía su pequeño automóvil, y como el aparato funcionaba admirablemente, el señor Escartepont mostraba una expresión alegre y complaciente. Su enorme abdomen se balanceaba siguiendo los movimientos desacompasados del carruaje. El camino parecíale el de la gloria, pues sin dificultades la máquina "hacía" 30 kilómetros por hora.

De pronto distinguió en el camino la sombra alargada de unos brazos abiertos y en seguida al hombre que los agitaba haciéndole señas de que se detuviese. El señor Escartepont, algo inquieto por las trazas y el rostro del individuo, apretó los frenos maquinalmente y se detuvo. Quiso volver rápidamente, pero en su aturdimiento maniobró de tal suerte, que el motor hizo explosión. Y el señor Escartepont sintió que por la frente le corría un sudor frío, pues poseía un espíritu romántico dado a imaginarse las escenas más trágicas.

El caminante acercóse respetuosamente. Tenía todas las apariencias de un bandido terrible y siniestro. Sin embargo, el tono de su voz era dulce:

—Disculpe, señor, si le interrumpo en esta forma su paso. Será cuestión de dos minutos apenas. Me he permitido hacerlo para ofrecerle esta sortija por la módica suma de cinco francos.

Y sacó de uno de sus bolsillos un anillo de oro con un magnífico solitario. Entre sus dedos nudosos y sucios la piedra brillaba como un astro.

—Cinco francos. Es regalada. Por otra parte, yo realizo un excelente negocio cediéndosela en este precio irrisorio. Yo no puedo usarla. La robé anoche y, como usted comprenderá, no puedo ofrecerla en ninguna joyería de la ciudad. Y, además, no tengo mucho aspecto, que digamos, de ser poseedor de gemas de este valor... Y como hace tiempo que he perdido la costumbre de usar alhajas y como, además, tengo un hambre de perro flaco...

El señor Escartepont permanecía silencioso, estaba hipnotizado por las facetas del brillante.

—Es inútil insistir—observó el desconocido—en que la posesión de esta alhaja lo puede comprometer a usted en lo más mínimo. Ni siquiera tiene necesidad de venderla. Puede hacer usted un regalo y quedar muy bien... ¿Cinco francos? ¿Está dicho?

El abogado hizo memoria de algunos artículos del código aplicables al caso, recorrió el camino con una mirada circular y tendiendo la mano derecha, metió la izquierda en el bolsillo del chaleco. Pero advirtió que no poseía más que una moneda de oro.

—¡Es una torpeza—díjose a sí mismo—pagar diez francos por una cosa que me ofrecen por cinco!

—¡Demonio! ¡La policía!

Esta exclamación lo detuvo. Volvió la vista y vió a dos gendarmes que avanzaban al trote largo de sus cabalgaduras. Enrojeció, saltó hacia un costado y bruscamente tomó al bandido por detrás y le paralizó los brazos.

—¿Qué hace usted?—dijo el hombre.

—¡Ya lo verás!—respondió el señor Escartepont en un tono heroico y con cierta expresión de ironía.

Y dirigiéndose a los gendarmes:

—¡Apuraos! ¡Ya no puedo más!... ¡Las cadenas!... ¡Es un ladrón!...

La llegada a la gendarmería de Coves fué sensacional. A la entrada del caserío, el substituto de D..., dos colegas del señor Escartepont y otras personalidades citadas para tomar parte en la cuestión de los linderos, aguardaban con impaciencia la llegada del abogado. Se quedaron estupefactos cuando le vieron aproximarse, triunfante, precediendo a los gendarmes entre los cuales marchaba el bandido, atadas las manos, con aire indiferente y tardo andar.

El señor Escartepont explicó lo sucedido con toda modestia y en pocas palabras:

—¡En el camino, este sujeto ha osado detenerme para ofrecerme en venta una alhaja admirable que ha robado anoche!

Sin titubear, salté, me eché sobre él y tras una breve lucha pude dominarle hasta que llegaron los gendarmes... Perdonad, señor substituto, que os haya traído, bien involuntariamente por cierto, este trabajo extraordinario...

Las manos se tendieron hacia el señor Escartepont y estrecharon las suyas con entusiasmo.

—Por otra parte, me alegro que estéis presente... Podéis hacer un interrogatorio sumario, ¿no es cierto?

El substituto hizo un signo de aquiescencia y ya en el interior de la gendarmería, se dispuso todo para levantar el sumario con las formalidades que la justicia requiere.

—No tengo inconveniente ninguno —dijo el preso— en someterme a un primer interrogatorio, pero con una condición: que todos estos señores asistan al acto y me den sus nombres.

Nadie se opuso, sobre todo teniendo en cuenta que de esa manera podrían escuchar sin violencia las declaraciones del criminal.

Cuando todos estuvieron en sus sitios, dijo el bandido:

—Me preguntaréis mi nombre, apodos, profesión y domicilio. He aquí mis papeles que contienen cuantos datos a ese respecto necesitáis. Pero antes, ¿quiere usted decirme, señor (volviéndose hacia el abogado), ¿por qué me ha hecho prender? Y ustedes, señores (dirigiéndose a los gendarmes), ¿por qué me han puesto las cadenas?... ¡Ustedes (dirigiéndose a todos los presentes), son testigos de que he sido arrestado,—debido a la denuncia de este caballero, que se ha echado sobre mí,—por estos señores que me han puesto las cadenas y que me han paseado por el pueblo en la forma que se conduce a los malhechores más peligrosos!

—¿Y el anillo?—interrumpió el señor Escartepont sonriendo.

—¿Qué anillo?—respondió el pícaro.

—¡El que usted ha robado!

—Señores; todos son testigos, una vez más, de que este caballero me acusa de haber robado una alhaja... Ahora, señor substituto, si lo tenéis a bien, examinad mis papeles: ellos os dirán que me llamo Pedro Brezin, que vivo en la calle Rivoli, número 30, en París, y que soy representante de la casa X, fábrica de alhajas y piedras de imitación. Soy un ciudadano que cumple con sus deberes, considerado como uno de los mejores entre mis colegas, y persona a quien todo el mundo respeta en el barrio. Viajo por cuenta de la casa X con las mercaderías que veréis...

Y sacó del bolsillo y puso sobre la mesa un puñado de relucientes piedras.

—...imitan perfectamente el brillante y son accesibles por su precio a todos los bolsillos: cinco francos, nada más. Gano dos en cada piedra, lo que, sin ser excesivo, me permite un rendimiento diario de cien a ciento cincuenta francos. Señor substituto, sírvase ponerme en libertad y hacer que se labre un acta en la que conste que depongo contra este caballero por haber hecho una denuncia calumniosa. Si me he permitido tomar vuestros nombres (a los demás circunstantes), es para apelar a vuestro testimonio próximamente. Mi detención se ha realizado en circunstancias de excepcional publicidad, y he debido hacer resaltar tales circunstancias a fin de que sean eficaces en la acción civil que, por daños y perjuicios, iniciaré en contra de mi denunciante...

—¡Pero, señor!... ¡Señor!—objetó M. Escartepont sofocado.—Usted me dijo... Usted me dijo...

—¡He dicho! ¡He dicho!... He dicho lo que se me antojó decir,—replicó secamente el sujeto.—Hay que ponerse al nivel de nuestra época, que es muy complicada. Y para vender con facilidad mis alhajas, debo apelar a los buenos sentimientos de la burguesía. ¡No hay que tener tantos escrúpulos!... ¡Es el secreto de mi fortuna! ¡Servidor de ustedes, señores!...

Y pasó altivo y dignamente por delante de los gendarmes que estuvieron por presentarle las armas...

La ausencia

¡Qué extraña melancolía
hay en las calles desiertas
y en las grandes plazas yertas
de la capital vacía!

¿Por qué no se encuentra aquí
cediendo a mi loco empeño
la marquesita de ensueño
que está tan lejos de mí?

Quizá, en tristezas iguales,
recordando nuestras citas,
deshoja las margaritas
de mis locos madrigales.

O en las nubes de arrebol,
deletreando mis deseos,
me manda sus coqueteos
sobre una flecha de sol.

Que entre su caricia alada
transporta a veces la brisa,
con pétalos de sonrisa,
reflejos de una mirada.

Y que gracias a los vientos
que ayudan nuestros amores,
seguimos cambiando flores
en forma de pensamientos.

Pero a pesar de la huella
que dejan los corazones,
no todas mis ilusiones
pueden llegar hasta ella.

Y cuando abandona el día
sus alegres vestiduras,
ronda en las calles oscuras
la vieja melancolía.

Manuel UGARTE.

El dragomán

Por Ewald BANSE

En las fondas de los puertos y grandes ciudades orientales tropieza el extranjero generalmente con indígenas que, por de pronto al menos, tienen algo de misterioso e inexplicable para él.

Están vestidos medio "alla franca" medio "alla turca", algunas veces muy a la europea o completamente a la oriental, siempre con el "fez" escarlata cubriendo su ensortijada y negra cabellera. Su piel es cetrina o morena, y sus ojos admirablemente rasgados miran al viajero con humildad, deferencia y hasta con cariño.

Siempre andan mangoneando en el portal, en la escalera o en los pasillos. Doquiera que vaya el viajero topará con alguno de estos tipos. Usted sube por la escalera y puede estar seguro de que en el mismo momento aquel individuo viene bajando por ella. Usted se dirige a su cuarto y—aparentemente por casualidad—sale él de la puerta próxima. Usted se para en la calle, en seguida se le aproxima él con aspecto preocupado. Usted parece estar buscando algo y ya está él ofreciendo sus servicios.

En pocos casos le llama la atención al viajero que el amable turco se encuentre siempre en los alrededores de su posada. Tan sólo al cabo de cierto tiempo el novato se da cuenta de que ha caído en una red bien urdida. Después se entera de que el gremio de los dragomanes — gremio organizado como ningún otro—ha dispuesto de su persona desde el momento de su llegada y muchas veces aun antes, adjudicándolo como objeto de explotación a uno de sus socios.

Hay varias clases de dragomanes: unos que sirven de guía en la ciudad y sus proximidades; otros que se dedican a organizar viajes importantes. Los conocimientos de aquéllos se limitan al chapurreo más o menos cómico de uno o varios idiomas extranjeros; éstos, en cambio, conocen el país y el pueblo a fondo; han realizado grandes viajes, mantienen relaciones con tribus nómadas y pueden considerarse como gente de respetable instrucción. Ambas clases tienen de común el afán de aliviar la bolsa del extranjero y la sola diferencia está en que el dragomán "local" suele cobrar sumas relativamente modestas, mientras que su avisado colega acostumbra calcular con números de tres o cuatro cifras. Pero las ganancias del dragomán "local" también pueden ser apreciables si llega a persuadir a su víctima a que haga grandes compras; en este caso le pagan los comerciantes una comisión de un quince a veinte por ciento.

Son verdaderamente asombrosas las maniobras del dragomán para estafar al extranjero, pero más extraordinario es todavía la manera fácil con que éste cae en el garlito. Todos los libros de viaje, todas las guías le previenen de antemano contra los embustes de los dragomanes; pero el viajero no se convence y cree a pies juntillas que su dragomán es hombre decente, pues él mismo le advierte los peligros que le amenazan y le cuenta algunos trucos empleados para engañar al forastero. La víctima no comprende que el astuto individuo lo hace todo para desviar la atención de sus propias maniobras preparadas con mucha maña. Principalmente las señoras suelen caer fácilmente en el lazo que se les ha tendido.

¡Qué de trampas ya han puesto estos habilidosos para explotar a sus víctimas! No hay artilugio que no valga cuando se trata de conseguir este fin.

Un ejemplo: un viajero recién llegado al Cairo manifiesta el deseo de cazar leones. (El león más próximo, fuera del que está en el jardín zoológico de Giseh, se halla a dos mil kilómetros de allí). El dragomán menea pensativamente la cabeza y dice que esto tiene sus dificultades. Sin embargo, el europeo insiste tanto que el guía se declara dispuesto a emprender la expedición para una de las próximas noches de luna, bajo la condición de que nadie se entere de ella.

Armados hasta los dientes salen ambos en la noche concertada de la bulliciosa ciudad con dirección al desierto, que se extiende silencioso y blanco cual si estuviese cubierto de nieve. Viejos paredones ostentan aquí y allá sus fantásticas siluetas, y a lo lejos se divisan las gigantescas pirámides. Se oye el crepitar de la arena, el aullido de un chacal, y una brisa nocturna refresca la atmósfera. Una fuerza mística e invisible invade el ambiente y aumenta la lobreguez de la escena.

Los dos jinetes no cambian una sola palabra. El mismo dragomán está algo nervioso porque le "inquieta" la naturaleza durante la noche. Pero el oro es un poderoso aliciente y le promete por meses una vida regalada.

Por fin se detienen entre peñas y arenas. Es el lugar por donde el león acostumbraba pasar a media noche. Se agachan. Cuchichean inquietos. Preparan los fusiles y la munición. El guía empieza a comer pan y cebolla. Su masticación es el único ruido que se oye.

Después de un rato se oye, a lo lejos, un rugido. Los hombres se llaman mutuamente la atención. El forastero echa mano al fusil y sus ojos se desorbitan para perforar la obscuridad que los envuelve. El rugido se repite, pero esta vez más cercano. Se oye que algo se aproxima entre los peñascos. El dragomán empieza a dar diente con diente y se agarra angustiado al brazo del europeo, el cual con trabajosa respiración procura desasirse de él. Por un momento cruza su mente la conciencia de la superioridad de su raza.

De repente se levanta sobre el peñasco una figura grisácea y difuminada. El europeo levanta el fusil, el dedo al disparador—¡pac!

Espantoso rugido seguido de un sordo y jadeante estertor, y luego un silencio profundo, un silencio espeluznante y aterrador... El forastero quiere levantarse, pero el dragomán se agarra a él y le suplica en voz baja que se quede quieto ¡por Alá! Los leones heridos son más temibles que los sanos. Ahora hay que esperar tranquilamente hasta la mañana para buscarle después que se haya desangrado. Dice que así proceden todos los "musjuhs".

Apenas sale el sol, se levantan medio entumecidos y se acercan cautelosamente a los peñascos con el fusil zafarrancho. De repente se detienen. Un charco de sangre coagulada. Los nervios tensos por la excitación, continúan los dos su camino. Aquí y allá, huellas de sangre; de vez en cuando, mechones de pelo amarillo. En un sitio arena removida, indudablemente el lugar donde se ha revolcado el animal en tremendos dolores. Al fin las huellas se pierden entre las peñas. Se recorre el terreno en todos los sentidos, pero no se encuentra nada. El animal, según parece, ha tenido fuerzas suficientes para escaparse. Apesadumbrado y no obstante orgulloso por haber matado a su primer león, el cazador vuelve a su posada. Mientras allí restaura sus fuerzas y sueña en victorias, enseña el dragomán a sus amigos sus libras de oro y todos se ríen de ese gran señor blanco que se deja engañar por el grito de una voz humana y un poco de sangre de carnero.

Algunas veces los dragomanes proceden con mayor desfachatez. Un día ocurrió lo siguiente: un ricachón se hizo acompañar de un dragomán para hacer una correría por el país. Solamente una excursión de pocas semanas y por regiones sin peligro. El dragomán alquiló animales, tiendas de campaña, camas, etc., y se encargó de todo el equipo incluso los víveres y hasta de procurar los portadores. Con todo esto ya había ganado tanto que veía en su patrono una mina de oro. Como era un canalla y además se sintió fastidiado por algunas costumbres caprichosas de su señor, decidió hacerle una mala pasada para conseguir de una vez una fortuna.

Salieron de la gran ciudad y atravesaron el país, unas veces entre montes cubiertos de vegetación, otras por entre estepas onduladas y por último por lugares áridos y medio desiertos. Por el día galopaban alegres, la servidumbre cantaba y fumaba, el señor charlaba con el dragomán, o perseguía alguna gacela, una vez con éxito, lo que le indujo a recompensar al guía con una libra de oro. Por la noche acampaban en el desierto o entre algunas tribus de beduinos.

La temperatura no era muy calurosa, cantaban las alondras, relinchaban los caballos, los criados estaban de buen humor—y el señor se sentía tan a su gusto como nunca en todos los días de su vida.

Por fin llegaron a un terreno baldío lleno de trozos de lava. Hacía un calor abrasador y la senda era tan estrecha que muchas veces los jinetes tenían necesidad de recoger las piernas en la montura para poder pasar por entre las peñas. Por primera vez enmudeció la caravana y se arrastraba penosamente. Hasta el dragomán, con ser tan hablador, cabalgaba en silencio.

De repente se vieron rodeados por una cuadrilla de desconocidos que agitaban sus rifles e hicieron una gran algarabía. El viajero los miró sorprendido, y preguntó al dragomán qué significaba aquello. Este sin contestar llamó a gritos a uno de los desconocidos que iba bien vestido. Los criados se apiñaron temblorosos y dejaron caer sus palos. No habían salido nunca de la gran ciudad marítima y tenían mucho miedo de los bandidos.

Después de largas discusiones, durante las cuales el señor había alistado su arma sin que los desconocidos se lo impidiesen, el dragomán dió la explicación. Se trataba, según dijo, temblando de miedo, de una expedición de venganza de los Beni. Hacía unos días fueron asesinados por un europeo dos individuos de su tribu; ésta clamaba venganza y había jurado matar a cualquier blanco que se les pusiera delante. A las protestas indignadas que hiciera el señor objetando que él no podía salir culpable de crímenes ajenos, el dragomán se encogió de hombros por contestación y volvió a renovar la perorata con los bandidos.

El dragomán ya había contado al viajero casos horripilantes de esta costumbre bárbara de venganza. Este se dió cuenta de que nada le valdría apelar a las armas, cerrado como estaba por toda una cuadrilla de bandidos. Así es que se calló, maldiciendo de sus correrías y haciendo votos de no volver a meter sus pies en ese país si salía con vida de esta aventura.

Después de más conferencias con el árabe, de las cuales él naturalmente no entendía nada, dijo su guía con lágrimas en los ojos que los ladrones pedían su vida y le intimaban que se rindiese sin resistencia.

El desgraciado señor prorrumpió en lamentaciones y se entablaron nuevas negociaciones. Al fin dió el guía un suspiro de alivio y comunicó al extranjero que los indígenas se contentarían con una compensación pecuniaria siempre que el señor jurase que él no tenía nada que ver con el asesinato. Como a buena conciencia pudo prestar este juramento y como, quieras que no, tenía que acomodarse a las pretensiones de los salteadores, recobró el atacado ánimo consolándose con la idea de que el dinero puede recuperarse, pero la vida no.

Nuevamente se discutió hasta que por fin se fijó la suma en mil libras de oro, exactamente la cantidad que llevaba consigo el caballero. Después de entregado el dinero, los bandidos se despidieron con cortesía y se retiraron.

Al forastero se le fueron las ganas de nuevos viajes. En la próxima ciudad pagó al dragomán que no cesaba de quejarse de la desgracia y que al principio rehusó toda retribución. Hasta tuvo que insistir el señor en que aceptase la generosa propina por su heroica intervención.

Que este asalto fué una maniobra de tramoya no lo supo nunca.

Así son los dragomanes del Oriente. De un simple intérprete, como lo dice su nombre, se ha hecho un guía, un intermediario, un rufián, una hiena que arranca a su presa la última moneda. Cuanto mejor entiende el dragomán su profesión tanto menos lo nota la víctima. Dragomanes que entablan querellas con sus señores son tontos o honrados, y entre Marruecos y Afghanistán apenas existe esta categoría.

Los peores dragomanes no son los guías del Cairo o de Damasco, de Túnez o de Constantinopla, sino aquellos que guían a los peregrinos en la Meca, el centro del Islam. Estos malvados no retroceden ante actos de violencia para esquilmar a sus víctimas. De esta manera echa el Oriente ceniza en sus propios ojos.



JULIO II — ROMA

Por el conde de GOBINEAU

(Traducción de Sara Fabregat)

ROMA

Un jardín, cipreses, macizos de rosales; un banco de marmol en medio de hierbas y flores; detrás del banco una estatua antigua de Venus. Rafael y sus amigos.

Francisco Penni.—Maestro, aquí está el Bramante. Viene a hablaros con gran prisa.

Rafael.—Alcánzame un cartón y carbonillas. ¿Dónde están mis alumnos?

Fattore.—Muchos en los dos talleres; el mayor número en el Vaticano; los unos ejecutan lo que tú has mandado en los frescos de la sala de la Signatura, los otros adelantan los bosquejos de Heliodoro. Muchos han partido temprano y trabajan en casa del señor Agustín Chigi en los cuadros de Psiquis.

Rafael.—¡Di a todos que voy a ir dentro de un momento!... Iré a mis talleres, al Vaticano y a casa del señor Chigi. ¡Dame los carboncillos! *(Empieza el retrato de Beatriz d'Ecle).*

Bramante.—Buen día sobrino. El Papa quiere hablarte. Nota que los trabajos no adelantan nada. Tienes que sostener un rudo asalto, pero no te pongas demasiado en guardia.

Rafael.—Antes terminaré este croquis. ¡Lo tengo en la cabeza! Así no se me escapará. Siéntate, pues, tío mío... aquí, a la sombra de estos laureles rosa. Aquí hay una linda sombra para vos. ¡Que le traigan una limonada al señor Bramante!

Bramante.—El hecho es que estoy fuera de mí de fatiga. Esta vida a mi edad, no es tolerable.

Rafael.—La vida es admirable para vos como para mí. Si ella nos violentara menos, cómo languideceríau nuestras almas.

Bramante.—Puede que tengas razón para ciertos momentos; pero para otros no la tienes. Julio II es un maestro grandioso; su exigencia es como su genio.

Rafael.—El no nos dirige; pero es fácil para él. Seguramente no. Es eso lo que nos hace tener buen humor. Aquí tenéis un croquis que no me hará enrojecer, según creo. Ella palpita en mi alma y se presenta viviente bajo el carbón... En cuanto al Papa, en cuanto a mí, yo haré lo mejor. ¿Qué tiene que reclamar? La Sala de la Sagrada Firma está casi terminada; lo que falta lo haré prontamente. El cuadro de la Teología, como yo lo he compuesto de acuerdo con las ideas del conde Castiglione y del señor Luis Ariosto, está terminado. Dejaré descansar un poco de tiempo el de la Filosofía porque me he entusiasmado con la misa de Bolsena y esta composición me interesa en tal forma que no descansaré hasta que no resulte bien. No sabré ir ligero; el Santo Padre se queja injustamente; le hacemos bellas cosas.

Bramante.—Es precisamente por eso que se irrita, y cuando se lo digo se enoja jurando que es porque él sabe que somos capaces de mucho que nos obliga. El se queja de ti, de Miguel Angel, de Sansovino, de Sebastián del Piombo, de todos los artistas que hace venir a Roma, de mí, del universo entero. No ve en todos los humanos más que tortugas; el globo terrestre no da vueltas lo suficiente pronto sobre su eje, y por todo y sobre todo, y para cada uno, quisiera doblar y triplicar el movimiento. Esperando, está en guardia, su gusto particular lo inclina hacia el Buonarotti. No quisiera que, con el pretexto de negligencia de tu parte, te retirara de los trabajos para dárselos a Caligorante.

Rafael.—Tío, te lo repito, hago lo que puedo. Pero aquí llegan los amigos que se dignan visitarnos. Llama a los sirvientes. ¡Hola! ¡Limonadas, frutas, pasteles! ¡Asientos, asientos! ¡Por todo!

(Los sirvientes, ricamente vestidos, traen sillones, sillas plegadizas; otros presentan refrescos de toda especie. Entran el señor Bibbiena, Agustín y Segismundo Chigi, los arquitectos Baccio Piritelli y Baltazar Peruzzi; Santiago Sansecondo, el músico; Tibaldeo, el poeta; Marco Antonio Raimondi, el grabador y otros).

Agustín Chigi.—¡Y bien, maestro, siempre trabajando! ¡Qué hermosa figura! da verosimilitud, quiere contemplarse él mismo en medio de esta gran justicia y de ese poderoso tumulto de otros tiempos?

Rafael.—Es verdad. Anoche dibujé el cartón. Tráelo, Francisco. Vosotros lo veréis y me daréis vuestra opinión.

Agustín Chigi.—El potentado que reduciendo a la nada los pequeños príncipes, piensa venir a Italia bajo la tutela de San Pedro y librarnos para siempre de los devastadores extranjeros, ese potentado, nuestro pontífice, no ha podido contenerse de alegría, cuando ha recibido de vuestra mano, Rafael, ese espectáculo de los impíos echados del templo por la espada de fuego del ángel del Señor! ¡El mismo es ese ángel!

Bibbiena.—Aquí están los cartones. *Los sirvientes colocan los cartones sobre caballetes bajo la dirección del Fattore).*

Rafael.—¡Reverendísimo señor, magníficos señores, mis nobles amigos, sed bienvenidos! ¡Todos alegres, contentos! ¡Sentaos, os lo ruego! ¿Me permitís que continúe lo que he empezado? Necesito terminar hoy y tengo apenas tiempo, pues Su Santidad me llama.

Bibbiena.—Continuad, maestro. Los momentos que te distraigamos será un robo odioso hecho a la posteridad, como a nuestros más nobles placeres.

Tibaldeo.—¿Es verdad que Su Santidad está tan encantado con vuestro cuadro de Heliodoro que, contra to-

Segismundo Chigi.—El Papa está asombrosamente parecido.

Sansecondo.—¡Qué bien está su actitud fiera y amenazadora frente a sus enemigos!

Peruzzi.—¿Te reconoces tú, Marco Antonio? Eres uno de los portadores de la silla pontificia.

Marco Antonio.—No es a mí solo a quien Rafael ha hecho tal honor. ¿A que no habéis visto nunca a mi compañero?

Tibaldeo.—¡Pardiez! ¿No es ese el señor Juan Pedro de Foliari, de Cremona?

Baccio Piritelli.—¿Cuál? ¿El secretario de los memoriales?

Marco Antonio.—El mismo. El pobre hombre está loco de alegría y lo va contando a toda la ciudad.

Bibbiena.—Tiene razón. Habéis hecho por él, maestro, lo que Dios nos ha rehusado a todos; lo habéis hecho inmortal.

Bramante.—Lleva contigo estos cartones al Vaticano. Ese será el mejor medio de calmar al Papa. ¿Adelantas tu croquis? Es hora de partir, el sol se pone.

Rafael.—Estoy pronto Fattore, hazme llevar, te lo ruego, hijo mío, esta querida cabeza a mi dormitorio, trabajaré en ella esta noche cuando vuelva. ¡Mi capa de terciopelo azul! ¡Mi birrete con el cordón de perlas! ¡Di a una docena de los míos que me acompañen! ¡Tú vendrás con nosotros! Señor Bibbiena, vosotros todos, amigos míos, quedaos y divertiros. ¡La casa es como su dueño, os pertenece! Señor Agustín, iré a veros cuando salga del Vaticano y veré eso que hacen mis discípulos.

Agustín Chigi.—Corro para recibiros. Yo también quiero hablaros de los trabajos de mi capilla de Santa María di la Pase. ¿Cuándo los empezaréis?

Rafael.—Eso será la semana próxima sin falta. No olvidéis, Micer, que hoy es la Santa Ana. Nosotros comemos en casa de nuestro digno Allemand, Johannes Goriaus.

Agustín Chigi.—La señora Imperia ha de ir. No debemos temer que el señor Bibbiena falte.

Bibbiena.—Seguramente, no; pienso que puede decirse lo mismo de vos. Imperia tiene un imán en los ojos que atrae a las gentes. *(Entra un discípulo de Bramante).*

El discípulo.—Señor, corred al Vaticano. ¡Ha ocurrido una desgracia!

Bramante.—¡Sangre de Cristo! ¿Qué dices?

El discípulo.—El muro de la nueva galería del Belvedere acaba de agrietarse en todo el largo y amenaza ruina.

Bramante.—¿Cómo puede ser eso? ¡El Papa nos apura tanto! ¡Hay que trabajar de noche, y apenas sabe uno lo que hace!

Rafael.—Yo podría decir otro tanto. Los revoques mal hechos se desprenden con las pinturas o mal preparados alteran los colores. Adiós, señores, os acompaño, tío.

Bibbiena y los otros.—Esta noche entonces, en casa de Gorinus.

Rafael a Bramante saliendo del jardín. —Ante todo, vamos ahora, de paso a la Sixtina. Necesito entrar. Ese Miguel Angel ha realizado milagros; preciso comprenderlos bien para no quedar rezagado. ¡Qué encanto! ¡Qué maestro es ese Buonarotti!

Bramante.—¡Ha hecho prodigios, el más grande que se me presenta, es ciertamente el de haber doblegado en tal forma al Papa que sin él no haría tantos cumplimientos a Dios Padre!

Rafael.—¡Nosotros no tenemos porque quejarnos, tío! ¡Trabajos no nos faltan!

Bramante.—No faltan a nadie. Julio II no tiene bastantes brazos, piernas, corazones, cabezas para emplearlos en lo que él quisiera ejecutar. Sin embargo, Miguel Angel permanece el preferido. ¡Recuérdalo bien!

Rafael (riendo).—Vamos a reparar esas grietas. Venid, tío mío, vosotros, seguidme! *(Sale dando el brazo a Bramante rodeado de sus alumnos y de sus servidores).*

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

EL VALOR DE LA VIDA, de Pedro B. Aquino, en el "Sarmiento".

Dentro de la producción que viene constituyendo el repertorio del teatro Sarmiento, la comedia estrenada últimamente por la compañía Ratti, señala una variante. Claro está que no era discreto llevar al juicio del público burgués del Sarmiento una obra de tesis, ni un problema psicológico o social sólo apto para filósofos. Este género de teatro únicamente puede ser representado por series de seis funciones a lo sumo, en un teatro de lujo y con tres filas de plateas llenadas por invitación o a veinte pesos la butaca, pues en estas cosas profundas ocurre que hay que darlas gratis o a un precio exagerado.

La comedia de Pedro B. Aquino, "El valor de la vida", es un boceto ligero y amable, en el que el autor trata de demostrar, aunque sin gran empeño, que el valor de la vida se aprecia cuando una nueva pasión viene a despertar con su estímulo energías latentes o adormecidas. Como se ve, la cosa no es muy profunda, pero es en cierto modo exacta, a pesar de los razonamientos del protagonista, que no hace nada en pro de la tesis mantenida por el autor. Verdaderamente, una pobre chica florista de alma completamente vulgar, que cambia un café con leche por una cena opípara y cuyo estómago agradecido está propicio a concesiones más o menos sentimentales, no es un argumento kantiano para entrar a filosofar sobre la vida y la muerte.

No reprochamos al autor la superficialidad del asunto, porque de otro modo no podía hacerse a causa de lo que ya antes expusimos, pero en cambio le elogiamos la discreta realización de la pieza, en la que la nota amarga está bien armonizada con la sentimental y la humorística, produciendo en el espectador ingenuo y bien avenido con la vida una sedante impresión de que en verdad es un disparate preocuparse de la muerte.

La heroína de la obra es la Chela Cordero, que interpreta con gran acierto el papel de la florista en las diversas emociones que en ella va despertando la inesperada aventura. Pepe Ratti, correcto, aunque un poco indeciso en las largas tiradas, que parece no le convencieran. Los demás, bien.

UNA GRAN FANTASÍA

No nos referimos a la unión de las fracciones radicales, ni a los fabulosos sueldos que algunas empresas aseguran pagar a ciertos artistas de su elenco. Se trata de algo que siendo fantástico, tiene sin embargo cierta realidad. Porque en el teatro la fantasía es generalmente una cosa real, a diferencia, por ejemplo, del amor, en el que la mayor realidad es apenas una vaga fantasía. Pero no divaguemos...

Queríamos hablar de la fantasía lírica de Ernesto Marsili y Miguel Félix de Madrid, música del maestro Isaías A. Pittaluga, que con el título "La caja de Pandora", ha debido de estrenarse en el teatro de la Comedia.

Conocida es la forma lujosa y competente en que sabe la empresa de este teatro encuadrar la presentación de esta clase de espectáculos, de suerte que esperamos tener que hablar bien de esta obra en el número próximo, cuando hagamos el comentario correspondiente.

¿LLEGARA?

Es la pregunta que se hace Ballerini a solas, cuando piensa en las cincuenta de "Gigolo". El, dice a todo el mundo que no la hará caer del cartel del Smart mientras no registre ese número, que es la cifra más modesta de los éxitos. De atenernos a esta versión, no habrá en algunos días más ninguna novedad en esa sala. No queremos apurarnos a anunciar modificaciones. "Gigolo" se mantiene bien y nosotros no queremos amargar a Ballerini sus buenos propósitos. Hagan fuerza, muchachos.

SE ENSAYA...

En el Ideal se trabaja. A pesar del gran éxito de "Con todas las de la ley" y de "De punta a punta", ya está en cartera y ensayándose detenida y cuidadosamente una nueva revista. Sus autores son los de la casa. La pieza no tiene título, pero eso es lo de menos, mayormente en esta temporada en que todos se parecen. ¿Quieren uno? Podría ser "Señores, salió la quinta" o "Quinta y recreo el Ideal", o cualquier otra cosa por el estilo.

SE ESTRENÓ EN EL MAIPO

Un nuevo éxito agregó la compañía que actúa en el Maipo, a su feliz temporada de revistas. La estrenada con el título de "Las alegres chicas del Maipo", resultó movida y alegre, como para durar en el cartel un rato largo. Nos limitamos hoy a dejar constancia del hecho y en el número próximo daremos detalles.

BUEN CARTEL

El cartel del Mayo resulta más movido que una calesita. Se estrena, se reprisa, se repone y aquello es un mosaico, pero un mosaico interesante, porque todo es de ley. "¡Valiente amiguito!", de López Silva y Llanderas, resultó una pieza un tanto ingenua por su asunto, pero muy eficaz por su diálogo chispeante. Se repuso "Trianerías" de Muñoz Seca, Pérez Fernández y el maestro Vives, zarzuela muy aplaudida y que renovó sus legítimos éxitos anteriores. El sábado pasado debió estrenarse "La vuelta de Juanillo", de Manuel del Olmo y música de Panella y hay en preparación otro montón de cosas, como para que no sorprendan a la compañía con las manos vacías. Unido ésto a la labor que realizan los elementos acaudillados por la simpática Blanquita Pozas, se explica que el teatro Mayo tenga siempre un promedio que se acerca mucho a la máxima.

EN EL BUENOS AIRES

El teatro del popular ambo Muiño-Alippi sigue explotando con acierto la revista "Atención al fogonazo", de Alippi, Contursi y Terés, bien presentada y con graciosos cuadros de sabor criollo.

Se prepara para en breve otra revista, titulada "Palabras cruzadas", y sus autores son Dupuy de Lome, Botta, Alberti y De Bassi. Con ella se rendirá tributo a la actualidad de las palabras cruzadas que tiene ocupados a los que de nada se ocupan, vale decir, señoras jóvenes sin hijos, niñas burguesas que esperan la primera representación de la comedia del amor y empleados nacionales, provinciales y municipales en vías de jubilación por la simple acción del tiempo.

"SE VA A CORRER LA TERCERA"

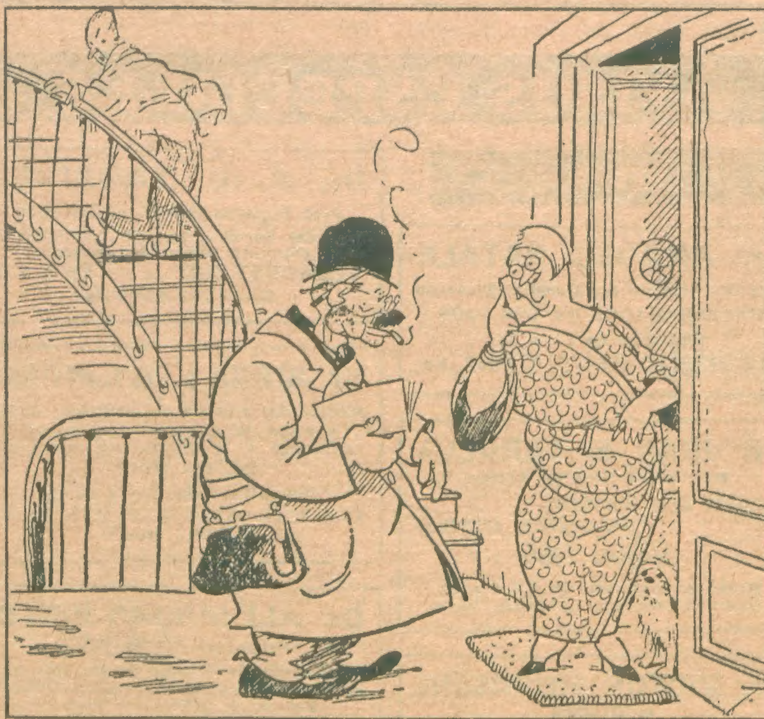
Los carreristas, es decir, los dos millones de habitantes que a diario nos codean, pararán la oreja evocando las justas equinas, que no siempre tienen resultados justos. Pero no engañarse, queridos "turfmen". Es el título de la nueva revista estrenada en los dominios de Miguelito Gea, el más italiano de los empresarios teatrales. Nueva revista y a mejor construída y más interesante de las que dió a conocer la flamantísima compañía del Marconi.

Hay en ella cuadros muy agradables y, sobre todo, tiene mayor agilidad la pieza, mayor soltura que las anteriores. Esto, que es una de las condiciones necesarias para este género de producciones, ha sido cuidado por los autores y, además, el elenco, más familiarizado con esta clase de espectáculos, rindió resultados de mayor eficacia.

No hay nada nuevo en "Se va a correr la tercera", pero algunos "sketchs" son bonitos y los hacen bien los elementos de la compañía. Tales "Los criollos se han dao güelta", "Las amazonas", la parodia de Chevalier y el cuadro alusivo a la ley 11289, todos muy aplaudidos por el público que llenó la sala la noche del estreno.

La Chinchilla estuvo muy discreta, igual la Ferrer, destacándose entre los actores... el apuntador.

DE LA VIDA INTENSA



El cobrador del inquilinato.—¡Señora, pocos recibos me quedan ya por cobrarle!

La inquilina.—¿Qué me dice usted? ¡Ahora que empezaba yo a cobrarle simpatías!

LOS DE VACCAREZZA

En el Apolo, con la acertada de "El candidato", el gracioso sainete de Fasio y Folco, que gusta mucho, no se duermen. A pesar de que dicha pieza atrae mucho público, para llenar un espacio en el cartel, hemos visto ensayar—y ya quizás se haya estrenado—la nueva pieza de Octavio P. Sargenti, "Bienvenido del Campo", que nos ha hecho reír en los ensayos, esperando que al darse al público habrá sido un suceso, como lo espera Vaccarezza y los de la compañía.

"LA FIESTA DEL CORAZÓN"

Posiblemente a estas horas figurará en el cartel del Liceo esta pieza de Armando Moock, que la Pagano y los suyos venían ensayando esmeradamente para sacarla "bordada" la noche del estreno. Parece que tiene factores de éxito que no fallan. Así sea. Ojalá las comedias anulen a las revistas; lo desea toda la gente discreta.

LA MELATO

La notable actriz italiana, que recientemente trasladóse al Politeama con su compañía, viene logrando pleno éxito en sus funciones, singularizadas por la excelencia de las obras que interpreta el elenco, del que hay que nombrar al actor Betrone.

Prepara la Melato, para en breve, estrenos de piezas que trae para hacer conocer a nuestro público.

EN LOS DOMINIOS DE CASAUX

Salvo razones imprevistas, ya habrá pasado al archivo "Trifón y Sisebuta", la comedia de figurón de Velloso que hicieron triunfar Casaux y la Dealessi, logrando mantenerla 120 veces en el cartel, con públicos siempre nuevos, pues según nos ha manifestado un montón de gente, es pieza para ser vista, por curiosidad, vale decir, sólo una vez.

"La fórmula Kaddenbach", de Quesada y Mertens, ha debido estrenarse el viernes pasado, esperando aludir a ella nosotros en la próxima edición.

NOVEDAD EN EL NACIONAL

La compañía de Carcavallo renovó su cartel, dando a conocer "Puente Alsina", pieza de bajo fondo de Samuel Linnig. El hecho se produjo en momentos de cerrar esta edición, razón por la cual tenemos que diferir el comentario para el martes próximo. La espera, lector, no puede despertarte ansiedad. El mundo no habrá cambiado después de ese suceso. Por todos los puentes se pasa, inclusive por el del señor Linnig.

PARA LAS PECADORAS

De Rosas, luchando con la indiferencia del público, nunca tan injusta como en la temporada que desarrolla en el Argentino, ha dado en la flor de atraer a todo el mundo pecador—que ha de ser, salvo error, la población entera de Buenos Aires—con la pieza de Gpsy traducida con el título de "El perfume del pecado". Es en el original, inglés, una pieza deliciosa, más por la intención que por lo que en ella se hace. La recomendamos al público como algo de "primera agua" en el género. Es el mejor remedio para curar la hipocondría. En otra edición comentaremos la versión castellana.

LAS REVISTAS DEL FLORIDA

Como es público y casi notorio, la bombonera del pasaje Güemes ha engrosado el número de salas consagradas al espectáculo de revistas y para ser más franca que las demás, una de las producciones del género de las dos en cartel, se titula "Desnudos artísticos", lo cual aclara debidamente toda duda. Ello no quiere decir que se trate de algo que las chicas sólo puedan ver tapándose la cara. Los "desnudos" aludidos, lo mismo que "Colores y colorinches", son dos revistas visibles para todos los ojos, aún para los de las inocentes de las escuelas, si las hay...

CASINO

Una arroba de novedades se ha registrado en este teatro. Dos estrellas de los teatros de varietés de París, Cristiane y Duroy, debutaron con excelente acogida.

Pegy Leblanc, una artista que imita en la caracterización a Carlitos Chaplin y los acróbatas equilibristas Les Garinis, se presentaron también recogiendo muchos aplausos. El cartel de esta sala es, sin duda, de gran atracción.

GRAND SPLENDID

Un éxito rotundo resultó el estreno de la superproducción francesa "París", hecha conocer en carácter de estreno para Buenos Aires, en esta grandiosa sala que administra con indiscutible acierto el señor Carmelo Carbone, persona muy conocida y apreciada en el ambiente. El público supo aquilatar los grandes méritos de la película, que se repitió con igual aceptación.

Recordamos que los martes y miércoles las veladas son de moda y que los jueves la matinée es dedicada al mundo infantil.

CAPITOL

Después de haber pasado muchos días la famosa cinta "Los diez mandamientos", este conocido y acreditado cine ofrecerá en esta semana destacadas películas de las mejores marcas. Las funciones se ven concurridas por buenas familias.

LA MODA ACTUAL

MODELOS DE
"LA GIRALDA"
CARLOS PELLEGRINI, 539













La bebida preferida de nuestros abuelos sigue hoy deleitando los paladares

Hace más de 60 años que Hesperidina, la tradicional bebida argentina, prodiga ese riquísimo e inimitable sabor a corteza de naranja que tanta preferencia le ha dado en los hogares.

Hesperidina hace de las comidas un placer. Preparada con soda o en cocktail, constituye el aperitivo más sano, estimulante y agradable que se conoce. Tomada sola, como licor, Hesperidina es de una finura y delicadeza sin igual, por su moderado porcentaje de alcohol.

Se vende en botellas de 3/4 de litro y 1 litro



HESPERIDINA

BÁGLEY

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.